

1511/04 17

Literatura Chilena

ES PROPIEDAD

LITERATURA CHILENA

Por SAMUEL A. LILLO

PROFESOR DE CASTELLANO EN EL INSTITUTO NACIONAL

Obra aprobada por la Facultad de Humanidades y adoptada por la Universidad para la Enseñanza en los Establecimientos de Instrucción Secundaria.

3.^a EDICION



EDITORIAL NASCIMENTO
AHUMADA 272 — SANTIAGO

OBRAS DEL AUTOR

Poesías.—1900.

Antes y Hoy.—Poema, 1905.

Canciones de Arauco.—1908.—4.^a edición, 1917.

Chile Heroico.—1911.—2.^a edición, 1917.—Poesías premiadas en los certámenes del Centenario. (Santiago y Valparaíso).

La Concepción.—Poema, 1911.—2.^a edición, 1911.—Premiado en el Certamen del Centenario (Consejo de Letras).

La Escolta de la Bandera.—Poema, 1912.

Canto a la América Latina.—1913.—Primer premio en los Juegos Florales de Tucumán. (República Argentina).

Canto a Vasco Núñez de Balboa.—1914.—Primer premio en el Certamen del Consejo de Instrucción Pública.

Canto Lírico a la Lengua Castellana.—1916.—Primer premio en los Juegos Florales Cervantinos de Valparaíso.

Literatura Chilena.—Un volumen, 1918.—2.^a edición.

PROXIMAS A PUBLICARSE:

A Isabel La Católica.—Canto lírico premiado con la flor de oro en los Juegos Florales de la Raza, en Concepción, 1916.

Bajo la Cruz del Sur.—Poemas de las regiones australes.

Millaray.—Poema.

BIBLIOGRAFIA

- Historia General de Chile.*—Diego Barros Arana.
Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena.—Domingo Amunátegui Solar. (1)
Historia de la Literatura Colonial de Chile.—J. T. Medina.
La Araucana.—J. T. Medina.
Movimiento Intelectual de Chile.—Alejandro Fuenzalida G.
Lastarria y su tiempo.—Alejandro Fuenzalida G.
Recuerdos Literarios.—J. Victorino Lastarria.
La Poesía Chilena.—Adolfo Valderrama.
Obras de M. L. Amunátegui.—Ed. de la Universidad.
Diccionario Biográfico.—Pedro Pablo Figueroa.
Antología Chilena.—Pedro Pablo Figueroa.
Diccionario Biográfico Americano.—J. D. Cortés.
Flores Chilenas.—Poesías Líricas. J. D. Cortés.
Historia de la poesía Hispano-Americana.—M. Menéndez Pelayo.
Pláticas Literarias.—P. N. Cruz.
Parnaso Chileno.—Armando Donoso.
-

(1) Debo al Sr. Amunátegui Solar, además de los datos tomados de su obra, algunas valiosas indicaciones que me han servido para aclarar varios puntos dudosos.

Teatro Dramático Nacional.—Prólogo de D. N. Peña
Munizaga.

Producción Intelectual de Chile.—Jorge Huneeus.

Recuerdos del Pasado.—V. Pérez Rosales.—Prólogo de D.
Juan Larraín.

Oradores Sagrados Chilenos.—M. A. Román.

Obras de don J. Joaquín Vallejos.

Discursos de Isidoro Errázuriz.—Prólogo de don Luis
Orrego Luco.

ADVERTENCIA

Sin perder su caracter escolar y conservando la forma breve y sumaria que la escasez del tiempo destinado a su estudio requiere, esta tercera edición de la «Literatura Chilena» contiene autores y materias que no figuraban en las anteriores y que el programa de la Universidad no contempla.

Estos agregados se han hecho para que la obra sirva no sólo a los estudiantes sino también a todas aquellas personas que deseen tener una corta, pero exacta noción de nuestra literatura nacional.

No figuran en este libro, sino los autores fallecidos. Se mencionan sí especialmente aquellos escritores vivos que, por su actuación sobresaliente y reconocida, están ya fuera de discusión.

La literatura chilena puede dividirse en tres períodos:
El 1.º comprende las épocas de la conquista y la colonia hasta 1810; el 2.º, llamado de la Independencia, empieza en 1810 y dura hasta 1842; y el 3.º abarca la producción literaria desde este año hasta nuestros días.

PRIMER PERIODO

En la literatura colonial hemos incluido no sólo a los autores que nacieron en Chile, sino también a los peninsulares que en esa época escribieron en el país algún trabajo sobre asuntos chilenos.

Según esto, figurarán en la literatura colonial de Chile, Ercilla y los demás poetas que trataron sobre el mismo tema de Arauco. Entre los cronistas e historiadores irán también los españoles que vivieron en la colonia y relataron algunos de los acontecimientos de su tiempo.

Si fuéramos a considerar solamente el lugar del nacimiento, no habría propiamente literatura colonial chilena, pues todos los autores nacidos durante esa época en el Reino de Chile son legalmente españoles.

Por eso, prescindiendo de la circunstancia del nacimiento del escritor, son para nosotros obras nacionales *El Arauco Domado* y *La Araucana*, sobre todo este último poema que, aunque escrito por un peninsular, es la epopeya de nuestra raza y la base de un ciclo poético de nuestra literatura.

Ercilla ha sido el padre espiritual de todos los poetas que han cantado las hazañas de nuestros héroes.

Los géneros más cultivados en esta época fueron la Historia y la Poesía narrativa. Las obras históricas eran *historias y crónicas*, y las poéticas consistían en *poemas* imitados de la Araucana, *romances* sobre algunos asuntos de actualidad e *improvisaciones* hechas por poetas cultos y por palladores.

La poesía colonial fué pobre y sin originalidad. Puede decirse que sólo hubo poetas mediocres.

Las causas principales de esta escasez y mala calidad de producción, fueron entre otras, el atraso de la colonia, la vida aislada y monótona de sus habitantes, y la falta de libertad de pepsamiento. A Chile no llegaban libros extranjeros porque su importación era prohibida, de modo que los únicos modelos que tuvieron nuestros primeros poetas fueron los escritores españoles del siglo XV y XVI. Por estos motivos las imitaciones fueron numerosas y las obras originales escasas.

En la poesía épica, el modelo fué *La Araucana* de Ercilla, que inspiró las principales producciones de este género en la colonia. Las más importantes de estas imitaciones por orden de valor, son *El Arauco Domado* de Pedro de Oña, y *El Purén Indómito*, del Capitán Alvarez de Toledo.

LA ARAUCANA

El autor de este poema, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, nació en Madrid en 1533. Era hijo de una noble familia de Vizcaya.

En su niñez fué paje de Felipe II y más tarde lo acompañó en sus expediciones.

Estaba en Inglaterra, cuando supo la sublevación de los indios de Chile y la muerte de Pedro de Valdivia, y se enroló entonces en la expedición que el Rey mandó a las órdenes de Jerónimo de Alderete para someter a los araucanos.

Alderete murió cerca de Panamá y Ercilla continuó el viaje hasta Lima y formó parte del ejército que el Virrey del Perú, envió bajo el mando de su hijo don García de Mendoza, a pacificar el Reino de Chile.

Se batió como un valiente soldado en varias de las batallas de la guerra de Arauco y a causa de un gran disgusto que tuvo con don García, se vió obligado a dejar el país después de haber alcanzado a recorrer toda la región del sur hasta Chiloé.

En 1562 volvió a España.

Murió en Madrid en 1594.

Ercilla era de caracter noble y generoso. En su mismo poema lo deja ver cuando hace la defensa de los indios.

Joven e impetuoso, vino a Chile atraído solamente por las noticias de las heroicas hazañas de los araucanos y, al verlos de cerca, comprendió que era el pueblo invencible sobre el cual podía hacerse un poema como los de Homero y del Ariosto y empezó a escribir desde su llegada.

Se ha dicho que en pedazos de papel, en tiras de cuero y en los materiales que encontraba a mano, escribía de noche a la luz de las antorchas de los campamentos, las estrofas que cantaban la heroicidad de los araucanos y el valor y energía de los conquistadores.

Según algunos preceptistas. *La Araucana* no merece el título de poema épico, porque carece de algunas con-

diciones que se exigen en las epopeyas clásicas. El primer reparo que se le ha hecho en este sentido, es que carece de héroe principal como deben tener todas las epopeyas.

En efecto, no hay en *La Araucana* héroe dominante, pero tampoco hace falta, porque el poeta trató de pintar aquí el valor de un pueblo heroico que había llenado de admiración a los conquistadores acostumbrados a pelear con los ejércitos más aguerridos de Europa. En realidad, el héroe de este poema es el pueblo araucano representado por algunos de sus caciques más notables como: Cautupolicán, Tucapel, Colo-Colo, Lautaro y Rengo, que alcanzaron las altas proporciones de los héroes de Homero.

Los españoles, sin duda, dice un crítico, esperaron que este poema escrito por un poeta castellano tuviera un héroe nacional; por esto a muchos no les ha sido agradable ver que el autor da más importancia a los salvajes que a los conquistadores. Pero este disgusto no tiene razón de ser, pues los araucanos, a pesar de su valor legendario, fueron sometidos al fin por los castellanos; de modo que el poeta no deja mal puesto el nombre de sus compatriotas.

Se ha sostenido que el héroe de este poema debió ser *Don García Hurtado de Mendoza*, joven valiente y gallardo y uno de los más atrevidos capitanes españoles que pelearon en Arauco. Esta omisión del poeta se ha tratado de explicar por el mencionado disgusto que tuvo con el Gobernador, de resultas del cual Ercilla se vió obligado a salir de Chile. En efecto, parece que Ercilla no le conservó buena voluntad á don García por este

hecho, y en algunas partes hace ver que era atolondrado y violento. En una estrofa lo llama:

«El joven capitán acelerado».

Pero esta explicación no satisface del todo. Creo que Ercilla no pudo colocar a don García como héroe principal de *La Araucana* porque habría tenido que faltar a la verdad histórica que él respetó en lo posible.

En efecto, no podía el hijo del virrey del Perú figurar en la 1.^a parte de la epopeya, que es la más interesante, si no había llegado a Chile todavía.

Cuando desembarcó en Penco ya se habían verificado los acontecimientos más importantes como la sublevación de los araucanos, la aparición heroica de Lautaro, la derrota de Tucapel y la muerte del conquistador Valdivia.

Y si más adelante no le da gran relieve a la figura del joven Gobernador es porque ya no se trababan las grandes y épicas batallas que hubo en los primeros encuentros de esa lucha legendaria.

Se ha dicho que el estilo de *La Araucana* es pobre e indigno de la epopeya.

Es verdad que Ercilla descuidó en algunas partes el estilo hasta el punto de que algunos pasajes del poema parecen trozos de una crónica rimada; pero, en general, su lenguaje es cuidado, con expresiones escogidas y figuras adecuadas a la naturaleza de las escenas que describe. Sobre todo resaltan la altura, la belleza y la fuerza del estilo en las descripciones de batallas y en los discursos de los héroes araucanos.

Se ve que Ercilla, sin embargo, procuró ajustarse a las reglas de las epopeyas clásicas, porque puso en su poema discursos que han sido encontrados tan hermosos como los pronunciados por los héroes de Homero y lo adornó para quitarle la monotonía de las narraciones guerreras, con episodios amorosos, algunos de ellos conmovedores como los de Tegalda, Fresia y Guacolda.

Finalmente, para imitar a las antiguas epopeyas introdujo la «máquina» que es la intervención de personajes sobrenaturales como dioses, genios y encantadores.

La Araucana no necesitaba de máquina para ser interesante, y puede decirse que el poeta perjudicó su obra con la intervención del mago o encantador *Fitón*, que introduce escenas desligadas del poema sin interés alguno.

Poco importa que *La Araucana* sea o no un poema épico en el concepto clásico de la palabra.

Lo que podemos sí dejar establecido es que para nosotros es una verdadera epopeya por el asunto que canta, por los héroes que en ella intervienen, y que son nuestros abuelos, por las bellezas incomparables de sus descripciones de batallas y costumbres, por las admirables arengas que hoy aprenden de memoria nuestros niños y por los sentidos episodios que hacen su lectura interesante y cautivadora.

Además de todas estas cualidades, tiene *La Araucana* un gran valor histórico, porque constituye una de las fuentes más importantes para el estudio de la época de la conquista.

Consta de 37 cantos escritos en octavas reales y se di-

vide en 3 partes que se publicaron sucesivamente en 1569, 1578 y 1589.

DESCRIPCIÓN DE CHILE

Chile, fertil provincia y señalada,
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa;
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida,
ni a extranjero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura,
costa del nuevo mar del Sur llamado;
tendrá del Este al Oeste de angostura
cien millas, por lo más ancho tomado;
bajo del polo Antártico en altura
de veinte y siete grados, prolongado
hasta do el mar Océano y Chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden,
pasando de sus términos, juntarse,
baten las rocas y sus olas tienden;
más esles impedido el allegarse;
por esta parte al fin la tierra hienden
y pueden por aquí comunicarse:
Magallanes, Señor, fué el primer hombre
que, abriendo este camino, le dió nombre.

Por falta de piloto, o encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida:
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta removida
del tempestuoso mar y viento airado,
encallando en la boca la ha encerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra,
y baña la del Oeste la marina; •
a la banda del Este va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina;
en medio es donde el punto de la guerra
por uso y ejercicio más se afina:
Venus y Amor aquí no alcanzan parte;
sólo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,
por donde su grandeza es manifiesta,
está a treinta y seis grados el Estado
que tanta gente extraña y propia cuesta:
éste es el fiero pueblo no domado
que tuvo a Chile en tal estrecho puesta,
y aquél que por valor y pura guerra
hace en torno temblar toda la tierra.

DISCURSO DE COLOCOLO

Caciques del estado defensores,
codicia de mandar no me convida,
a pesarme de veros pretensores

de cosa que a mí tanto era debida;
porque, según mi edad, ya veis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
más, el amor que siempre os he mostrado
a bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
y ser en opinión grandes tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?

Y en esto averiguarnos no queremos,
estando aún de españoles oprimidos:
mejor fuera con furia ejecutalla
contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro ¡oh, araucanos!
que a perdición os lleva sin sentillo?

¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,
y no contra el tirano en resistillo?

¿Teniendo tan a golpe a los cristianos,
volvéis contra vosotros el cuchillo?

Si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
a los pechos de aquéllos que os han puesto
en dura sujeción, con afrentoso
partido, a todo el mundo manifiesto:
lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
no derramáis la sangre del estado
que para redimirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazón, antes me esfuerza;
más, temo que esta vuestra valentía,
por mal gobierno, el buen camino tuerza:
que, vuelta entre nosotros la porfía,
degolléis vuestra patria con su fuerza:
cortad pues, si ha de ser de esa manera,
esta vieja garganta la primera.

Que esta flaca persona atormentada
de golpe de fortuna, no procura
sino el agudo filo de una espada,
pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
que la temprana muerte la asegura;
pero, a nuestro bien público atendiendo,
quiero decir en esto lo que entiendo:

Pares sois en valor y fortaleza;
el cielo os igualó en el nacimiento;
de linaje de estado y de riqueza
hizo a todos igual repartimiento:
y en singular por ánimo y grandeza,
podéis tener del mundo el regimiento:
que este precioso dón, no agradecido,
nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse;
más, ha de haber un capitán primero,
que todos por él quieran gobernarse:
éste será quien más un gran madero
sustentare en el hombro sin pararse;

y pues que sois iguales en la suerte,
procure cada cual ser el más fuerte.

DISCURSO DE LAUTARO

¡Oh! ciega gente, del temor guiada,
¿a do volvéis los generosos pechos,
que la fama en mil años alcanzada
aquí parece y todos vuestros hechos?
La fuerza pierden hoy, jamás violada,
vuestras leyes, los fueros y derechos;
de señores, de libres, de temidos,
quedáis siervos, sujetos y abatidos.

Mancháis la clara estirpe y descendencia,
e ingerís en el tronco generoso
una incurable plaga, una dolencia,
un deshonor perpetuo, ignominioso.
Mirad de los contrarios la impotencia,
la falta del aliento y el fogoso
latir de los caballos, las ijadas
llenas de sangre y en sudor bañadas.

No os desnudéis del hábito y costumbre
que de nuestros abuelos mantenemos,
ni el araucano nombre de la cumbre
a estado tan infame derribemos;
huid el grave hierro y servidumbre;
al duro hierro osado pecho demos:
¿por qué mostráis espaldas esforzadas
que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,
que el ciego y torpe miedo os va turbando:
dejad de vos al mundo eterna historia,
vuestra sujeta patria libertando;
volved, no rechacéis tan gran victoria,
que os está el hado próspero llamando;
a lo menos firmad el pie ligero
a ver cómo en defensa vuestra muero.

EL ARAUCO DOMADO

El autor de este poema fué el poeta chileno Pedro de Oña, nacido en Angol a mediados del siglo XVI.

Era hijo del capitán español, don Gregorio de Oña, muerto despedazado por los indios, según dice el poeta en el canto IX de su obra.

Hizo sus estudios en Lima, y se recibió de licenciado en el *Colegio Real de San Felipe y San Marcos*.

En 1596 publicó en esa ciudad su *Arauco Domado*, y más tarde otro poema en doce cantos titulado *Ignacio de Cantabria*, obra pesada y sin mérito literario, a pesar de haber sido muy alabada por sus contemporáneos.

Oña escribió además otras poesías sueltas que junto con sus dos poemas, le dieron fama en España y América: Lope de Vega, Calderón, Pérez de Montalván y Francisco de Figueroa, lo elogiaron: el primero lo alaba en su obra titulada *Laurel de Apolo*, y el último le dedica una canción.

El *Arauco Domado* está dedicado al primogénito de don García Hurtado de Mendoza, y tiene por objeto can-

tar las hazañas de aquel joven capitán, olvidadas, según el autor, en *La Araucana* de Ercilla. Consta de diez y nueve cantos escritos en octavas de factura especial.

Su argumento es pobrísimo: Don García de Mendoza llega en socorro de los españoles y desembarca en Penco. Construye un fuerte que los araucanos atacan al mando de Caupolicán y movidos por un mensajero que Satanás les ha mandado.

Los indios son derrotados; don García pasa el Bío-Bío y entra en la tierra de Arauco en donde es atacado de nuevo.

Figuran en la obra algunos episodios imitados de *La Araucana* en los cuales hay escenas en que los salvajes aparecen finos y enamorados como los pastores de las églogas virgilianas o los guerreros del Ariosto.

Como la mayor parte de los poemas de esa época, lleva al principio de cada canto una especie de introducción con reflexiones filosóficas o con citas históricas.

Aunque hay en el poema algunos pasajes interesantes escritos en versos armoniosos y agradables, el *Arauco Domado* no tiene mérito literario suficiente para recomendar su lectura completa. Tal vez su valor principal sea el de un documento histórico.

No podemos perdonarle a Oña su falta de plan, la inverosimilitud de los sucesos inventados, la falsedad de sus paisajes llenos de faunas y floras exóticas, el empleo de expresiones prosaicas y groseras y la afectación de su estilo en el que abundan los abusos de las escuelas del mal gusto,

No participamos del entusiasmo del señor Valderrama

que en su *Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena*, habla de metáforas preciosas que nosotros no hemos podido encontrar.

En cambio hemos hallado numerosísimas figuras vulgares y ramplonas.

Aunque algunas de las descripciones de los combates son animadas y pintorescas, en general queda muy por debajo de Ercilla: le faltan el brío del maestro y su viveza de expresión.

ARAUCO DOMADO

FRAGMENTO AL CANTO V

DESCRIPCIÓN DEL BAÑO DE CAUPOLICÁN Y FRESIA

Estaba a la sazón Caupolicano
en un lugar ameno de Elicura
do por gozar el sol en su frescura
se vino con su palla mano a mano:
merece tal visita el verde llano
por ser de tanta gracia y hermosura,
que allí las flores tienen por floreo
colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el Septiembre frío,
nunca el templado Abril estuvo fuera,
allí no falta verde primavera
ni asoma crudo invierno y seco estío.
Allí por el sereno y manso río,
como por transparente vidriera,
las náyades están a su contento
mirando cuanto pasa en el asiento.

En todo tiempo el rico y fértil prado
está de hierba y flores guarnecido,
las cuales muestran siempre su vestido
de trémulos aljófares bordado;
aquí veréis la rosa de encarnado
allí al clavel de púrpura teñido,
los turquesados lirios, las violas,
jazmines, azucenas y amapolas.

Entre la verde juncia, en la ribera,
veréis al blanco cisne paseando
y alguna vez en dulce voz mostrando
haberse ya llegado la postrera:
sublimes por el agua, el cuerpo fuera
veréis a los patillos ir nadando,
y cuando se os esconden y escabullen
que lejos los veréis de do zabullen.

Pues por el bosque espeso y enredado,
ya sale el jabalí cerdoso y fiero,
ya pasa el gamo tímido y ligero,
ya corren la corcilla y el venado,

ya se atraviesa el tigre variado,
ya penden sobre algún despeñadero
las saltadoras cabras montesinas
con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos
por la frisada, tosca y dura peña
en fugitivo golpe se despeña,
llevándose de paso los oídos,
en medio de los árboles floridos
y crespos de la hojosa y verde greña,
enfrena el curso oblicuo y espumoso
haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido y transparente
las guijas y pizarras del arena
sin recibir la vista mucha pena,
se pueden numerar distintamente:
los árboles se ven tan claramente
en la materia líquida y serena,
que no sabréis cuál es la rama viva
si la que está debajo o la de arriba.

ELOGIO DE DON GARCÍA

En medio del estruendo y batería,
enhiesto sobre el muro entre su gente,
parece aquel magnánimo y valiente,
aquel insigne joven don García:

cual suele parecer al medio día
a vueltas de agua un sol resplandeciente,
o como cuando el cielo está nublado,
se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bel armaba por de fuera
un blanco y limpio arnés de temple fino,
y por de dentro al alma un diamantino
que al ímpetu de un monte resistiera:
brotaba por su rostro y la cimera
más luz que el sol en medio su camino,
bastante a que en mirándole de frente,
se deslumbrase el bárbaro insolente.

El vello de oro puro le apuntaba
con suma perfección y gracia puesto,
y el aguileño, rojo y blanco gesto
envuelto en fina púrpura mostraba:
ninguno de los suyos le miraba,
por mínimo que fuera que con esto
no concibiese un ánimo terrible,
para poner el pecho a lo imposible.

Al fuerte corazón el fuerte escudo,
como a seguro arrimo está arrimado,
y a la derecha mano encomendado
el blanco (ya bermejo) filo agudo:
que por su cuerpo el bárbaro desnudo
a su pesar mil veces paso ha dado,
haciendo de la clara sangre nueva,
a costa de la suya clara prueba.

Solícito por todas partes anda,
en todo se interpone, a todo atiende,
y aunque en furor colérico se enciende,
con gran reportación ordena y manda:
a quien la mano muestra floja y blanda,
con apretar la suya reprende,
y en el que con mayor esfuerzo lidia
engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave
anima a su escuadrón en tal estrecho,
y sobre el alto dicho pone el hecho,
cosa que en un sujeto apenas cabe:
y menos cabe en mí que los alabe,
faltándome la voz, el canto, el pecho,
si no me presta el cielo para tanto
voz nueva, pecho nuevo, y nuevo canto.

EL PUREN INDOMITO

Pocas noticias hay sobre la vida de su autor, el capitán Fernando Alvarez de Toledo. El Padre Alonso Ovalle dice que era originario de Andalucía, que tomó parte en las guerras de Arauco y que se distinguió en ellas hasta obtener el grado de capitán.

El poema está escrito en octavas reales y consta de 24 cantos. El manuscrito fué encontrado por don Diego Barros Arana en la Biblioteca de Madrid. Por su escaso valor literario no ha sido incluido en la Biblioteca de Ri-

vadeneira. El señor Barros Arana lo hizo publicar en Leipzig en 1862.

Empieza con la sublevación de los araucanos en 1598; habla primero de la sorpresa de Curalava, en que fué derrotado y muerto el gobernador español don Martín García de Loyola, y continúa con los hechos principales de este levantamiento y las hazañas del toqui Pelantaro.

No es propiamente un poema: es más bien una crónica guerrera escrita en versos. Como el *Arauco Domado*, sólo tiene valor histórico, pero es inferior a éste en versificación, porque sus versos son duros, prosaicos y defectuosos muchas veces.

Carece el autor de sentimiento poético; Alvarez de Toledo no era un poeta sino un soldado que contó fielmente lo que vió. Los discursos de sus héroes araucanos son ridículos, están llenos de citas de historia y mitología que demuestran la asombrosa erudición de aquellos salvajes.

PUREN INDOMITO

DISCURSO DEL CACIQUE PAILAMACHO

Pailamacho el cacique más anciano,
porque no hubiense entre ellos disenciones
y ser el general su primo hermano,
así propuso, y dijo estas razones:

«No estéis vos, primo mío, tan ufano,
ni vosotros, bravísimos varones,
porque tenéis que andar más largo trecho
que lo que aquí habéis dicho ni allá hecho.

«La soberbia templad, y ese accidente,
y tened lo que os digo en la memoria,
que el capitán famoso, si es prudente,
ha de saber gozar de la victoria:
común es el proverbio entre la gente
que se viene a cantar al fin la gloria,
la cual muchos famosos han tenido
y gozarla de torpes no han sabido.

«Aníbal, siendo en armas sin segundo,
a Roma puso un tiempo en tanto aprieto,
que fuera universal señor del mundo
y le tuviera todo a sí sujeto;
si como fué valiente y furibundo
en la de Canas fuera más discreto,
el gallardo Scipión no le venciera
ni su famosa patria se perdiera.

«Otros muchos sin él hubo esforzados
que al tiempo ni ocasión no conocieron,
y de fortuna fueron ayudados,
mas por no conocerla se perdieron:

ni ningunos serán jamás loados
hasta verse los fines que tuvieron;
que muchos empezaron en comedia
y acabaron en mísera tragedia.

«Un animo gallardo y valeroso
en quien se halla el don de fortaleza,
no ha de tener descanso ni reposo
sino siempre afanar por la nobleza:
que mal podrá hacer un perezoso
alguna cosa buena con pereza
porque es la diligencia con cordura
la madre de la próspera ventura.

«Y si queréis ganar renombre claro
y ser en las batallas invencible,
no seais con los vuestros nada avaro
ni de condición áspera y terrible:
que el nombre volará de Pelantaro
en siendo amable, manso y apacible:
a todos les haréis buen tratamiento
mandando con prudencia y sufrimiento.

«Y aquel que mereciere algún castigo
se le daréis conforme a su pecado,
porque a vos teman más que al enemigo,
y no por ser feroz ni acelerado:
el bueno halle en vos continuo abrigo
que por amor seréis respetado:
al capitán importa ser querido
de los suyos y ser también temido.

«Ni victoria jamás os desvanezca
como desvaneció al rey Alejandro,
por que a vos, general no os acaezca
lo que al joven Palante hijo de Evandro:
ni rehuséis peligro que se ofrezca,
que en ánimo seréis otro Leandro,
rompiendo con el pecho por las olas
de las terribles armas españolas.

«Más ha de ser con orden y recato,
y cuando fuere tiempo necesario,
que no se ha de embestir a cada rato
a locas y sin orden al contrario:
que no es valiente, no, sino insensato
y notado será de temerario
aquel que pelear sin prudencia
porque exede a las fuerzas la sapiencia.

«Y pues que todo aquesto en vos se halla
y el ánimo y valor en vos se encierra,
no os canse el peso leve de la malla
ni los trabajos grandes de la guerra:
que si por arte, industria, o por batalla
de españoles limpiáseis la tierra,
podréis cantar entonces la victoria
y el triunfo se os dará, palma de gloria.

«Y con razón seréis más estimado
si vencéis sin llegar a rompimiento,
conservando las fuerzas del estado,
evitando cualquiera perdimiento:

que el general mañoso es más loado
que aquel que suele ser sanguinolento:
más digna es la victoria de alabanza
ganada por industria que por lanza.

«Ahora es menester usar de maña
por que ya el español no tiene gente,
para poder corrernos la campaña,
y vos, señor, sois de ella más potente:
antes que del Perú venga o de España
socorro para ello suficiente,
acertado será necesitallos
de servicios, haciendas y caballos.

«No pueden sin nosotros sustentarse,
porque son todos ellos haraganes,
y lo que más importa procurarse
es quitarles pastores y gañanes:
y que el servicio venga todo a alzarse
que con este desmán y otros desmanes
a su tierra se irán, y nuestra tierra
en paz se quedará, libre de guerra.

No trataremos especialmente del poema de Melchor Jufre del Aguila por ser muy inferior a los dos anteriores.

Esta obra, que ha llegado incompleta hasta nosotros, se publicó en Lima en 1630 con el título de *Compendio Historial del Descubrimiento, Conquista y Guerras del Reino de Chile*.

Mencionaremos finalmente un poema publicado por don José Toribio Medina en 1888, con el título de *Guerras de Chile* y atribuído al sargento mayor don Juan de Mendoza y Monteagudo.

No se sabe en realidad quien es el autor de las *Guerras de Chile*.

El señor Amunátegui Solar en su *Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena*, alaba justamente esta obra y cree, con fundamentos, que fué escrita por don Antonio de Quiñones, hijo del Gobernador don Francisco de Quiñones, cuyos hechos celebra.

LOS ROMANCES

Carecen de importancia los romances coloniales.

En su forma eran imitaciones de los de Góngora, Lope de Vega o de otro escritor del siglo de oro.

Los asuntos narrados en ellos eran sucesos de cualquiera especie que en aquella época interrumpían la monótona vida de los habitantes.

Así hubo romances, sobre inundaciones del Mapocho, la llegada o muerte de algún obispo, o algún hecho milagroso.

Entre los romances más conocidos mencionaremos el de la *Visión de Petorca* de fines del siglo XVIII, atribuí-

do al Padre Sebastián de la Cueva que fué después obispo de Cartagena, y el que escribió, sobre la Avenida del Mapocho en 1783, una monja carmelita cuyo convento fué inundado por el río.

LOS IMPROVISADORES

Abundaron en la colonia los poetas repentistas o improvisadores; los hubo cultos y populares; estos últimos se llamaron, como ya hemos dicho, palladores. Los primeros fueron principalmente frailes, y los asuntos que trataron, alegres y ligeros, y muchas veces con carácter burlón y epigramático.

Mencionaremos los principales: el Padre López, el Padre Oteíza, el Padre Escudero y el Capitán don Lorenzo Mujica.

El Padre López: Era dominicano, teólogo distinguido, y uno de los hombres más ingeniosos y espirituales. Sus improvisaciones son satíricas por regla general. Ha sido llamado el Quevedo Chileno, y ha tenido tanta fama como el español entre el pueblo, de tal modo que cuanta estrofa burlona o maligna, de autor desconocido se oía, era atribuída al Padre López.

Al pasar frente a la iglesia de los Teatinos, improvisó

la siguiente quintilla sobre el reloj que marcaba las 2¼ de la tarde:

Tres cuartos para las tres
ha dado el reloj vecino,
y lo que me admira es,
que siendo reloj teatino
dé cuartos sin interés.

El Padre Oteiza: Este religioso agustino cultivó el género satírico burlesco. Es inferior al Padre López. No hay muestra ninguna de estas improvisaciones. El señor Valderrama tiene en su trabajo una décima seria, improvisada por este Padre en el cementerio, ante una flor nacida dentro de un cráneo lleno de tierra. Se ve en ella la cercana imitación de los líricos españoles del siglo XVI.

El Padre Escudero: Era franciscano; también cultivó el género satírico. Se dice que el Padre Escudero no había nacido para el claustro. Tuvo un carácter alegre y llevó una vida regalada. El señor Valderrama trae como muestra una décima que improvisó el padre después que fué despedido del puesto de capellán de una hacienda, a causa de su conducta ligera.

Lorenzo Mujica: Fué capitán de artillería durante la dominación española. Era un improvisador ingenioso y galante. Ha sido colocado por sus contemporáneos a la altura del Padre López. Principalmente sobresalió por la oportunidad de sus improvisaciones. Son muy conocidas

y celebradas tres décimas del Capitán Mujica; la primera improvisada para justificar la tardanza a una reunión por haber sido la misa muy larga; la segunda, la mejor de las tres, sobre el siguiente pie forzado: salero sin sal si no, y la tercera improvisada galantemente a la mujer del Gobernador, que con otras personas había ido a ver una ballena varada en la playa de Valparaíso.

He aquí la segunda:

La mujer que da en querer
para todos tiene sal,
y es salero universal
el amor de la mujer;
mas, si da en aborrecer
aquello que más amó,
no tiene sal, diré yo;
por cuya razón se infiere:
salero es con sal, si quiere,
salero sin sal, si no.

PALLADORES

Son poetas populares que improvisan sobre cualquier tema que se les dé. Abundaban ya en la Colonia, sobre todo en las provincias del sur, entre la gente del campo.

No son sentimentales como los palladores argentinos,

sino más bien alegres y burlones, siempre listos al ataque epigramático y a la réplica ingeniosa; sólo son tiernos, cuando enamorados, cantan su pasión al objeto de su cariño, o lamentan sus desdenes.

Tres son las formas principales de esta poesía popular criolla: la tonada, el corrido y la palla.

La tonada se canta de ordinario en la guitarra; es casi siempre alegre; sólo suele ser sentimental cuando es amorosa.

El corrido es un romance en que se cuentan las hazañas de algún héroe popular, se describe alguna fiesta campestre o cualquier suceso de actualidad.

La palla es una especie de diálogo en verso, generalmente en cuartetos octosílabos, en el cual dos poetas se atacan y se defienden con hostilidad e ingenio, delante de un concurso.

Hay palladores a lo divino y a lo humano.

Es célebre la palla verificada en el siglo XVIII, en uno de los campos del sur de Chile, entre el indio Taguá y el joven chileno Javier de la Rosa. Después de la palla, el indio Taguá, invencible hasta entonces, se suicidó al ser derrotado por de la Rosa.

HISTORIADORES Y CRONISTAS DEL PRIMER PERIODO

Las mismas causas que hemos anotado para explicar la escasez y mala calidad de la producción poética de este período se aplican también a la prosa.

El género más cultivado, como ya hemos dicho, fué el histórico, y sus autores fueron principalmente sacerdotes o militares.

Nombraremos los más importantes:

El Clérigo don Cristóbal Molina: Es el historiador más antiguo de esa época. Según el señor Medina, su obra *Conquista y Población del Perú*, en la cual refiere la expedición de Almagro a Chile, es un trabajo importante y recomendable por su estilo.

Pedro de Valdivia. Las cartas de Pedro de Valdivia en las que este conquistador refiere sus hechos al Rey de España, son también verdaderas obras históricas de ese tiempo, por la franqueza y sencillez de su narración.

Alonso de Góngora Marmolejo. Este capitán español era compañero de Valdivia.

Escribió la *Historia del Reino de Chile*, que ha servido al señor Barros Arana, según declaración propia, de guía muchas veces en la narración de los sucesos desde el gobierno de Valdivia hasta 1575, fecha en que el autor terminó su libro.

Góngora murió en Enero de 1576.

El señor Barros Arana, aunque reconoce la verdad e imparcialidad del historiador, le critica su desorden, su falta de claridad, sus errores cronológicos, y el haberse dedicado especialmente a narrar sólo hechos militares.

Pedro Mariño de Lobera. Fué un capitán gallego que llegó a Chile en tiempos de Valdivia.

Después de haber sido corregidor de la ciudad de este nombre, murió en Lima en 1594.

Escribió una crónica en que cuenta los sucesos de Chile hasta el último decenio del siglo XVI. Según el señor Barros Arana, es la mejor fuente de información del gobierno de Hurtado de Mendoza. De esta obra sólo se conoce un manuscrito corregido y aumentado por el Padre Bartolomé de Escobar, por encargo del mismo Hurtado de Mendoza.

Es posible que los milagros y prodigios sobrenaturales contados ingenuamente en este libro, sean obra del Padre Escobar y no del cronista primitivo. Se ve que hay en este libro un propósito análogo al del *Arauco Domado*: la celebración de las hazañas de Hurtado de Mendoza.

El Doctor Suárez de Figueroa, a insinuación de algunos herederos de Hurtado de Mendoza, escribió otra obra calcada sobre la del P. Escobar, y la publicó en Madrid en 1613.

A juicio del señor Barros Arana, se recomienda esta historia por su estilo vigoroso, elegante, y a veces magistral, que soporta la comparación con las obras de los mejores hablistas de su tiempo.

El Padre Alonso Ovalle. Es el primer historiador importante de Chile. Nació en Santiago en 1601 y fué je-

suíta. Su obra se llama *Historia y Relación del Reino de Chile*. Se publicó en Roma en 1646. Es citada como autoridad en España y América y está escrita en buen castellano. También, como en el libro del P. Escobar, hay en éste muchas supersticiones que el autor parece creer.

El P. Ovalle murió en Lima en 1651.

El *Padre Rosales*. Diego de Rosales era también jesuíta, contemporáneo del anterior. Escribió una *Historia General del Reino de Chile*, en la que describe con acopio de datos extraordinarios, la vida y las costumbres de los indios de Chile y en especial, la guerra defensiva impuesta por el P. Valdivia.

El señor Barros Arana dice que esta obra está escrita con poco método, sin arte ni colorido, y que es por esto, pesada y monótona. El señor Medina declara que es el arsenal más copioso y serio para conocer los primeros pasos de nuestra civilización.

Don Vicente Salvá alaba tanto su estilo, que lo cree superior en fuerza y animación al de Antonio de Solís.

La verdad es que la historia del P. Rosales es muy interesante, y se lee con agrado. Son muy pintorescas las descripciones de algunas costumbres y supersticiones indígenas, y muy viva y animada la narración de algunos combates.

Esta obra sólo se publicó en 1878 por don Benjamín Vicuña Mackenna.

DE LA ESTATURA Y DE LA GRANDEZA DE ÁNIMOS
Y EXTREMADA VALENTÍA DE LOS INDIOS DE CHILE

(*Historia General del Reino de Chile*, por el Padre
Diego Rosales)

No es la conquista de Chile de las ordinarias ni de las comunes de las Indias; conquista es de gigantes en el ánimo, en el valor y en el esfuerzo. Y es forzoso, para que tenga los esmaltes debidos la corona que merecen los españoles, sus conquistadores, decir con qué indios las hubieron, con quiénes midieron sus fuerzas, que a no haber alargado la medida, no hubieran jamás igualado a una gente que pelea desmedidamente y que sobrepuja a los demás indios de la América en la valentía, arrogancia y valor.

En muchas de las tierras que hay pertenecientes al Reino de Chile, queda ya dicho como hay gigantes, particularmente hacia el Estrecho, los cuales, de más de que tienen tierra particular donde todos lo son, que se llama la Tierra de los Gigantes, en otras se hallan algunos esparcidos, y aunque lo común de los demás indios no excede la estatura ordinaria de los demás hombres, se hallan algunos de soberbia grandeza.

En las demás tierras que hoy están pobladas en el Reino de Chile, los indios con quienes guerrear los españoles son de la estatura común aunque algunos son de estatura levantada y feroces. Pero la altivez del ánimo en todos es una. Y porque en las batallas y famosas victorias se ve-

rá, en el discurso de la historia, su grandeza de ánimo gigante, sea prueba de él que todos los autores que tratan de los indios occidentales reconocen a los chilenos por los más valerosos, hablando de su esfuerzo y valentía con admiración. Y es lo grande el ver que ha ciento y veinte y nueve años que pelea con ellos el poder español sin poderlos sujetar, habiéndose consumido más de cuarenta y dos mil españoles en este tiempo, y de el Real situado cuarenta millones sin otra mucha hacienda Real y de particulares. Y lo que más admira es que habiendo el poder español domado tantas naciones y avasallado tantos reinos, haciéndose señor de tantos imperios cuales fueron los del poderoso Moctezuma en Méjico, y los del grande Inga en el Perú, nunca haya podido acabar de sujetar a su imperio los pocos indios chilenos. Y es sobre todo admiración el ver que estos indios fuertes, sin castillos, sin murallas, baluartes ni trincheras, sin armas de acero, sin bocas de fuego ni piezas de artillería, sin lanzas de hierro, espadas ni alfanges de acero, sino sólo con armas e instrumentos de palo hayan hecho tantos años tan valerosa oposición a las ventajosas armas españolas, peleando desnudos y armados solo con el esfuerzo que les da su altivo y valeroso ánimo y el que la constelación de su cielo les infunde.

No sólo se resistieron al señorío del Inga sino que jamás quisieron admitir Rey ni Gobernador ni justicia de su propia nación, prevaleciendo siempre entre ellos la voz de la libertad y no sufriendo su impaciente natural sujeción alguna.

Por esto tiró cada uno por su camino o cada familia y

parentela por el suyo, eligiendo cada uno, entre todos, al más digno o al más anciano para que los gobernase, a quien se sujetan los demás sin imperio, opresión ni vasallaje. Y de aquí tuvieron origen sus caciques, que son sus señores a quienes reconocen como a cabeza del linaje, sin pagarles pecho ni darles más obediencia que la del respeto de parientes.

El *Abate Molina*. Se llamaba Ignacio Molina. Nació en 1737 en una hacienda a orillas del Maule. Se educó primeramente en el colegio que poseían los Jesuítas en Bucalemu. En los campos de los alrededores fué donde se aficionó al estudio de las ciencias naturales.

Trasladado a Santiago fué nombrado bibliotecario del Convento Central, y allí se hizo un verdadero sabio: aprendió latín, griego, frances e italiano.

Sólo tenía las órdenes menores cuando los Jesuítas fueron expulsados de Chile. Se radicó en Bolonia (Italia), en donde se ordenó de sacerdote. Publicó, en italiano, un compendio de la *Historia Geográfica, Natural y Civil de Chile*, y en seguida la obra completa titulada *Ensayo sobre la Historia Natural de Chile*.

Cuatro años después publicó la segunda parte de esta obra, titulada *Historia Civil de Chile*.

El Abate Molina no sólo fué un historiador; fué también un sabio que se adelantó a su tiempo. Sus teorías científicas llamaron la atención. Habiendo heredado una pequeña fortuna, la dedicó a la fundación de un colegio en Talca.

Murió en Bolonia en 1829. Esta ciudad lo ha considerado como hijo suyo y le ha levantado una estatua.

ESCRITORES MISTICOS Y DIDACTICOS

NOVELISTAS

Manuel Lacunza. El Padre Lacunza nació en 1731 y murió en 1801. Escribió una obra mística titulada *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, que ha sido considerada por algunos entendidos como la mejor obra que se haya escrito para explicar y comentar el Apocalipsis de San Juan.

El Padre Valdivia y Andrés Febres. El primero escribió en Lima una gramática con un vocabulario araucano, y el segundo una gramática de la lengua chilena y un diccionario hispano-chileno.

Don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. Nació en Chillán a principios del siglo XVII. Era hijo del Maestre de Campo don Alvaro Núñez.

Entró muy joven al ejército de la frontera y fué hecho prisionero por los araucanos en una batalla en que se condujo valientemente.

A su vuelta del cautiverio volvió al servicio militar y alcanzó, como su padre, el puesto de Maestro de Campo.

Vivió en la miseria sin empleo los últimos años de su vida y murió en el Perú en 1682.

La obra de Pineda y Bascuñán se llama el *Cautiverio Feliz*.

Es una especie de novela histórica en que cuenta las peripecias que sufrió en su cautiverio, describe las costumbres araucanas y alaba la noble conducta del cacique Maulicán que lo hospedó en su ruca y lo protegió siempre con singular afecto.

Aunque narra con naturalidad, las citas, las digresiones y los ejemplos con que interrumpe el hilo de los sucesos hacen cansada la lectura de la obra.

Pineda y Bascuñán inserta en su libro varios romances imitados de los poetas castellanos y algunas poesías que dice haber traducido del araucano.

CAUTIVERIO FELIZ

CAPITULO XXVIII

DE CÓMO EL CACIQUE QUILALEBO CONVIDÓ A TODOS LOS DE SU PARCIALIDAD PARA QUE FUESEN A HACERLE SUS CHACRAS; DE LA SUERTE QUE SE CONVIDAN, Y CÓMO TRABAJAN.

El tiempo de las cavas y de hacer sus chacras es por septiembre, octubre y noviembre, conforme los sitios y

lugares secos y húmedos, que los unos se adelantan a sembrarlos, y los otros aguardan que se oreen y estén tratables. El cacique Quilalebo convidó a los de su cava y contorno, de cuya parcialidad era mi huésped el cacique Tureupillan, deudo y amigo de este Quilalebo, quien era enemiguísimo de españoles habiéndose criado con ellos desde muchacho; y me aseguró el viejo, mi camarada, que no se probaría que hubiese llegado a hablar a ningún español captivo de cuantos habían pasado a sus tierras desde que las ciudades antiguas se despoblaron hasta el tiempo en que nos hallábamos y me advirtió que yo no le llegase a hablar, sino es que él llegase primero a hacerlo. Con esta advertencia fuimos a su casa, adonde se juntaron más de sesenta indios con sus arados y instrumentos manuales que llaman *hucullos*, unos a modo de tenedores de tres puntas, que en otra ocasión me parece, he significado de la suerte que con ellos se levanta la tierra; otros son a la semejanza de unas palas de hornos de dos varas de largo, tan anchos de arriba como de abajo, y el remate de la parte superior, como cosa de una tercia, disminuído y redondo para poder abarcarle con una mano y con la otra de la asa que en medio tiene para el efecto y de aquella suerte se cava la tierra muñida y hacen los camellones en que las mujeres van sembrando. Estos días son de regocijo y entretenimiento entre ellos, porque el autor del convite y dueño de las chacras mata muchas terneras, ovejas de la tierra y carneros para el gasto, y la campaña donde están trabajando cada uno adonde le toca su tarea, está sembrada de cántaras de chicha y diversos fogones con asadores de carne, ollas de

guisados, de adonde las mujeres les van llevando de comer y de beber a menudo. Y aunque a mí no me mandaban trabajar, antes cuando me entretenía por mi gusto en ayudarles, y por divertirme en casa de mi huésped cogía el arado manual, por no estar ocioso. Me decía que para qué trabajaba, ni me ocupaba en aquellos ejercicios, que aunque eran por mi entretenimiento, juzgarían algunos pasajeros o caminantes que iban de una parte a otra, que me lo ordenaban, o que era compelido a lo que de mi bella gracia y por pasar tiempo ejercitaba: y no obstante este respeto que conmigo usaba, me convidaba siempre a coger mi tarea como los demás, con que obligaba a todos los vecinos y comarcanos me mirasen con amor y benevolencia, y aún el rebelde cacique daba muestras de no seguir conmigo el estilo que con los demás captivos había observado, pues habiendo llegado a brindar a mi camarada Tureupillan, a quien estaba ayudando a cavar lo que le tocaba de tarea, después de haber dado fin a la mía, me brindó también a mí, sin hablar más palabra que decir que bebiese; y yo recibí el jarro de chicha con un marimari (que es el estilo de saludarse y el modo de agradecimiento) con tanta cortesía y sumisión, haciendole una reverencia y acatamiento no acostumbrado entre ellos, que ayudó mucho para que el odio y mala querencia que mostraba a los españoles, la fuese trocando en interior afecto, como después en lo exterior y en público lo significó a todos.

LA INSTRUCCION EN LA COLONIA

Podemos decir que durante la conquista no existió la Instrucción Pública.

La guerra que absorbía todas las actividades no dejaba tiempo para ocuparse en la fundación de colegios.

Sin embargo, a fines de ese período, en los últimos años del siglo XVI, existió la enseñanza particular: hubo algunos maestros laicos y se abrieron las primeras escuelas elementales en los conventos.

Al empezar la Colonia, en 1610, funcionaban ya varios colegios a cargo de algunas órdenes religiosas y además los seminarios de Santiago y de Imperial.

Los Dominicanos y los Jesuítas sobresalieron en la tarea de difundir la enseñanza durante esta época y sus establecimientos fueron los más estimados.

A principios del siglo XVII estas dos congregaciones obtuvieron del Papa el título de *Universidad Pontificia* para sus establecimientos, que desde entonces pudieron conferir el grado de Doctor en Ciencias Sagradas y Teología.

El más conocido y el que ejerció mayor influencia en la colonia fué el de los Jesuítas, llamado *Convictorio de San Francisco Javier*. Los ramos que en él se enseñaban eran: Latín, Filosofía y Teología. No era pues una universidad en el concepto moderno de la palabra, sino más bien una especie de convento, en que, según declaracio-

nes de su propio Rector, se enseñaba a los jóvenes con tal recogimiento, como si fueran religiosos.

En estos colegios, los jóvenes, después de recibir los conocimientos generales, no podían seguir otra carrera que la del sacerdocio, de modo que los padres acomodados que deseaban dar a sus hijos alguna profesión, no tenían más recurso que enviarlos a Lima, y como este viaje era tan costoso y hasta inseguro, eran pocos los que lo emprendían.

Este estado de cosas se prolongó hasta mediados del siglo XVIII. El 11 de Marzo de 1747 se inauguró la primera Universidad del Estado, con el nombre de *Universidad de San Felipe*, bajo el gobierno del Capitán General Ortiz de Rosas.

Su primer rector fué el abogado don Tomás de Azúa, que había trabajado con grande empeño para conseguir del monarca la fundación de dicha universidad.

Por falta de recursos las clases sólo se abrieron en 1756. Los cursos que tuvo fueron; Latín, Filosofía, Derecho Romano, Teología, Derecho Canónico, Matemáticas y Medicina.

Las clases de Matemáticas no empezaron hasta 1758.

SEGUNDO PERIODO

Poco antes de estallar la revolución de la Independencia, hubo en Chile algunos escritores que pueden considerarse como los precursores de este gran movimiento

político, porque directa o indirectamente prepararon con sus escritos o con su palabra los ánimos para la independencia.

Merecen especial recuerdo don Juan Martínez de Rozas y don José Antonio de Rojas, que alcanzaron a actuar también en el período de la Revolución.

Al primero se le atribuye el *Catecismo Político Cristiano*, que es una pequeña obra escrita valientemente y que dió a los chilenos el concepto claro de sus derechos, con grande escándalo de los realistas.

El segundo fué un propagandista de las ideas revolucionarias francesas que con grande entusiasmo dió a conocer en Chile.

En medio de las preocupaciones de la guerra de la Independencia, el gobierno patriota no olvidó el desarrollo intelectual del país: en 1813 fundó el *Instituto Nacional*, reuniendo en él los tres colegios particulares de entonces y el Seminario; creó la *Biblioteca*, tomando como base la de la Universidad de San Felipe y estableció la primera imprenta nacional, comprando a un norteamericano las maquinarias que le acababan de llegar. Nombró director de ella a Camilo Henríquez, quien fundó *La Aurora*, nuestro primer periódico nacional. En éste colaboraron los primeros escritores republicanos, entre los que sobresalieron Camilo Henríquez, Manuel de Salas, Juan Egaña y Manuel José Gandarillas, llamados los primeros escritores nacionales.

Figuraron también en este período, el poeta argentino Bernardo de Vera y Pintado, el poeta guatemalteco don

Antonio José de Irisarri, don José Miguel Infante, redactor de *El Valdiviano Federal*, y a fines del primer tercio del siglo XIX, la poetisa doña Mercedes Marín del Solar.

Llegaron al país los reputados extranjeros don José Joaquín de Mora y don Andrés Bello. El primero funda su *Liceo Chile* en 1828, en el que implanta grandes reformas en la enseñanza, que la rutina de esa época mira con desagrado y hasta con temor. El segundo dirige el *Colegio de Santiago* primeramente, después en la prensa, en la enseñanza privada y pública, y en las sociedades literarias se constituye en el conductor intelectual de la juventud de Chile (1).

Empezó entonces a desarrollar también el periodismo. Después de *La Aurora*, redactó Camilo Henríquez *El Monitor Araucano*.

Aparecieron luego las primeras publicaciones constantes, como *El Mercurio* de Valparaíso, fundado en 1827, *El Araucano*, fundado por Bello y Gandarillas en 1830, y un buen número de periódicos de ocasión.

(1) No damos aquí la biografía de don Andrés Bello porque se estudia detenidamente en el 3.er año del Programa.

Consignaremos sólo unos breves datos de su actuación en Chile y de sus obras principales.

Nació en 1781 en Caracas. En 1829 llegó a Chile. Ocupó diversos cargos públicos. fué Rector de nuestra Universidad por más de 20 años. Sus obras más importantes son: el *Código Civil*, la *Gramática Castellana*, el *Derecho Internacional*, la *Ortología* y la *Métrica* y sus *Comentarios del Poema del Cid*. Escribió numerosas poesías originales y algunas imitadas o traducidas. Murió en 1865.

LA POESIA EN EL 2.º PERIODO

Con la independencia nació, puede decirse, la poesía nacional. Los poetas no se limitaron ya a las imitaciones españolas, sino que se animaron a escribir algunos trozos originales, con cierta valentía de expresión. Aunque atropellaban la gramática y la técnica clásica, demostraban ya alguna independencia de criterio.

Esta poesía tuvo además cierto carácter patriótico, porque los autores guardaban todavía muy frescos los recuerdos de la memorable lucha que acababa de pasar. Hubo pocos poetas; la época no era propicia para este arte, pues, como dice el señor Valderrama, el país necesitaba más de hombres de acción y de políticos que de escritores y artistas.

De entre los poetas de este período, nombraremos sólo a Camilo Henríquez y a doña Mercedes Marín del Solar, y daremos algunas noticias sobre don Joaquín de Mora.

Camilo Henríquez. Nació en Valdivia en 1769. A los quince años fué enviado a Lima, y profesó en el convento de San Camilo de Lelis, llamado vulgarmente «De la buena muerte». Se distinguió desde luego por su afición a las ciencias, y en especial a la Filosofía y a la Ciencia Política, que estudió en los libros franceses.

Volvió a Chile en 1811. Fué el principal sostenedor de las ideas revolucionarias, y fundador de *La Aurora*,

nuestro primer periódico independiente. Después de la derrota de Rancagua, emigró a la Argentina, donde se recibió de médico. A su regreso fundó *El Mercurio de Chile*, y fué diputado.

Murió en 1825.

Además de sus escritos en prosa, es autor de varias poesías patrióticas, escasas de mérito literario y de inspiración, pero llenas de patriotismo; y de un drama titulado *Camila*, que no se representó y que fué publicado en Buenos Aires.

Don Miguel L. Amunátegui tiene un estudio completo de la vida y obras de este gran ciudadano.

HIMNO PATRIÓTICO

En día tan glorioso
coronad de laureles
eternos y triunfales
de la patria las sienas:
dadle perpetuo honor.

I

Hoy sale de las sombras
y del sueño profundo
y se presenta al mundo
rodeada de esplendor.
Sacudió el yugo indigno,
que sufrió por costumbre:
la dura servidumbre
en Chile feneció.

II

Detestan las cadenas
los hombres animosos,
ni pechos generosos
sufren tal condición.
Aspiran al renombre
los ánimos marciales
hazañas inmortales
anhela el corazón.

III

La libertad augusta
hoy descende del cielo,
de los hombres consuelo,
fomento del valor.
¡Cuán varonil se muestra,
cuán robusta y gloriosa
enarbola gozosa
el patrio pabellón!

IV

Resplandece en su rostro
ardor republicano,
y en su cándida mano
divisa tricolor.

Respira independencia,
denuedo y heroísmo,
inspira patriotismo
y disipa el temor.

Don José Joaquín de Mora. Nació en Cádiz en 1783. En 1808 fué hecho prisionero por los franceses y llevado a Francia. A su vuelta fué desterrado de España y se estableció en Londres, donde se dedicó al periodismo. Vino después a América y en 1828 se trasladó de Buenos Aires a Chile.

Redactó la Constitución liberal de ese año y fundó el Liceo Chile, en el que, como hemos dicho, proyectó grandes reformas.

Por sus ideas liberales se vió obligado a salir del país y se refugió en Bolivia, de donde escribió una carta llena de insultos y de quejas contra los chilenos, y en la cual inserta el famoso soneto *Chile*.

Después se trasladó a Inglaterra como Cónsul de la Confederación Perú-Boliviana. Murió en Londres en 1863.

Sus obras mejores son unas leyendas españolas. Cultivó especialmente la poesía satírica.

Doña Mercedes Marín del Solar. Nació en Santiago en 1804 y murió en 1866. Era hija de don Gaspar Marín, secretario de la primera Junta de Gobierno. Según los críticos, es la figura poética más notable en este período. Su Canto fúnebre a la muerte de Portales la hizo célebre

en el país. Tiene también varias poesías patrióticas y numerosas composiciones cortas de carácter íntimo, en que revela su alma delicada de mujer. En las poesías patrióticas carece de inspiración y vuelo; sigue muy de cerca a los poetas clásicos, como Gallego y Quintana; aún en el Canto a Portales, que fué tan celebrado, se nota frialdad y amaneramiento; no hay en él ningún rasgo sobresaliente de alto lirismo.

Sus poesías se publicaron en un volumen en 1874, recopiladas por su hijo, el poeta don Enrique del Solar. La señora Marín del Solar, aún cuando no hizo estudios especiales, poseía una cultura poco común para aquella época, adquirida en la lectura de los autores extranjeros, principalmente franceses e italianos.

CANTO FÚNEBRE A LA MUERTE DE D. DIEGO PORTALES

Despierta, mûsa mía,
del profundo letargo en que abismada
yaces por el dolor. Musa de duelo,
modera tu quebranto,
inspiración, benigna pide al cielo
y desde esta mansión de luto y llanto,
anuncia con acento lamentable
una desgracia inmensa, irreparable,
un crimen sin segundo,
ingratitude nefanda
que escândalo y horror será del mundo.

Mas ¿cuál sonido penetrante escucho
que atormenta el oído y que resuena
en lo íntimo del alma? La campana
es ésta de la muerte y ella hermana
sus destemplados lúgubres sonidos
con un coro de llantos y gemidos.

Justicia eterna ¿cómo así permites
que triunfe la maldad? ¿Así nos privas
del tesoro precioso
en que libró su dicha y su reposo
la patria y así tornas ilusoria
la esperanza halagüeña
que un porvenir a Chile prometía
de poderío de grandeza y gloria?
¿Dónde está el genio que antes diera vida
a nuestra patria amada? ¡Oh! caro nombre
que en vano intenta pronunciar el labio
mudo por la aflicción. Tu infeliz suerte,
tu prematura, dolorosa muerte
no acierto a describir. Ilustre sombra,
perdona mi extravío en este canto
ahogado tantas veces por el llanto.

¿Qué se hicieron los días venturosos
del esplendor chileno?
El Pacífico en vano su ancho seno
franquea a nuestras naves: Los pendones
que victoria anunciaban
y tanto nobles pechos inflamaban

y terror infundieron al tirano
en su asiento lejano
ya en sangre y polvo envueltos
se ven y de vergüenza ¡oh! Dios cubiertos.
Enrojecido el suelo
está de sangre fraternal. Despojos
de víctimas humanas
se ven doquier, y cual torrente fiero
de destrucción, la muerte se ha lanzado:
la obra de iniquidad se ha consumado!

Si, desencadenada,
saliera del averno horrenda furia,
oculta con cautela la sangrienta
cuchilla a las traiciones avezada,
la torpe faz velada
con apariencias dulces y engañosas,
cual sierpe que se oculta entre las rosas,
ella se arrastra y hasta el alto solio
penetra del poder: allí combina
el plan de maldición. Su envenenado
soplo respira sobre mil incautos
corazones que ilusos extraviados,
de incomprensible error siguen su huella.
Los días numerados
tienen ya de la víctima inocente:
y no hay rasgo alevoso
que del crimen odioso
la magnitud enorme no acreciente.

.....

¿Cómo ¡oh! Dios el prestigio poderoso
de la víctima ilustre el crudo golpe
no vedó al asesino, como al cimbrío
la faz aterradora del romano?

La sacrílega mano
quedar debiera al punto yerta y fría,
al suelo descendiendo el hierro insano;
pero no vió la luz del claro día
esta escena de horror; tiniebla oscura
sirvió de velo al crimen espantoso:
nada en torno se veía: en el silencio
que, al modo de la calma precursora
de hórrida tempestad allí reinaba
con imperio terrible y pavoroso,
solo un ¡ay! doloroso
el eco de la selva repetía
y entre débiles auras se perdía.

EL TEATRO EN EL SEGUNDO PERIODO (1)

Nada dijimos de las composiciones dramáticas de la Colonia, porque sólo se representaron en ese tiempo, diálogos, farsas, autos sacramentales y misterios escritos

(1) N. PEÑA MUNIZAGA. Prólogo al Teatro Dramático en 1912.
Biblioteca de Escritores Chilenos.

en España y traídos a Chile para celebrar algunas fiestas civiles y religiosas.

A mediados del siglo XVII empezaron a darse en Chile algunas comedias españolas sobre asuntos chilenos y con personajes nacionales, principalmente araucanos. Entre ellas mencionaremos *El Arauco Domado*, de Lope de Vega, *Los Españoles en Chile*, de don Francisco González Bustos, y *Las Hazañas de Don García*, comedia escrita por nueve poetas españoles, entre los cuales figura Juan Ruiz de Alarcón. Se cree que la primera obra teatral escrita en Chile fué *El Hércules Chileno* o *Caupolicán*, de autor desconocido, representada en Concepción en 1693 para celebrar la llegada de la novia del gobernador Marín de Poyeda.

El señor Medina habla también en su *Literatura Colonial* de un sainete sin nombre que, según algunos fué la primera obra chilena representada en la Colonia. Este sainete es conocido con el nombre del preceptor que figura en ella llamado Tremendo.

Cuando se proclamó la Independencia, el Director O'Higgins encargó a su Edecán don Domingo Arteaga que estableciera un teatro para que se dieran representaciones periódicas. El primer teatro provisional se estableció en 1818 en la calle de las Ramadas, hoy Esmeralda. En 1820 se inauguró un nuevo teatro para reemplazar al anterior, que había quedado estrecho, y en el local en que está ahora la Municipalidad se levantó otro que se llamó de la Nación. Pero se daban entonces solamente piezas españolas, y extranjeras traducidas. La primera obra dramática chilena que se representó en el

segundo período fué un drama escrito por don Manuel Magallanes, representado en 1823, llamado *La Hija del Sur* o *La Independencia de Chile*. Otra obra llamada *La Chilena*, del mismo autor se representó en 1827.

Don Andrés Bello, don José Joaquín de Mora y otros, trabajaron por impulsar el teatro, sin conseguir grandes resultados; ellos mismos tradujeron obras extranjeras, y en especial, de Alejandro Dumas (padre) y Víctor Hugo.

El verdadero movimiento teatral chileno comenzó en 1842.

TERCER PERIODO

MOVIMIENTO LITERARIO DE 1842

El año 1842 es una fecha importante en el desarrollo de la literatura chilena. Con él empieza un movimiento literario cuyas bases han sido discutidas.

Lo que hay de verdad en los antecedentes de este Renacimiento literario chileno es que se preparaba desde antes. Fué, podemos decir, el resultado de las enseñanzas de Mora y de Bello. Sólo faltaba la causa inmediata que iba a despertar a los escritores de Chile, y a inducirlos a dar muestras de lo que eran capaces de escribir.

Esta causa fué la llegada de los emigrados argentinos Sarmiento, López, Alberdi y otros, que venían huyendo

de la tiranía de Rosas. Promovieron en la prensa una polémica literaria que poco a poco fué agriándose.

En ella, Sarmiento sostuvo, entre otras cosas, que en Chile no había poesía, por la falta de ideas de sus hombres y por la mala tendencia de sus estudios. Según Sarmiento, no podían los chilenos ser literatos de verdad, por el demasiado apego que tenían a las formas de un idioma rancio, exhumado de entre los escombros de un despotismo político y religioso.

A la cabeza del movimiento de protesta que se produjo se colocó, con toda la energía de su gran carácter y con la fuerza de su talento batallador, don José Victorino Lastarria.

Entre las primeras manifestaciones de esta actividad citaremos las sesiones de la *Sociedad Literaria*, fundada por Lastarria, cuyo discurso inaugural, pronunciado el 3 de Mayo de 1842, había sido ya un verdadero programa de regeneración literaria y había dado pie a Sarmiento para sus violentos ataques a los escritores chilenos e hirientes alusiones a don Andrés Bello que recomendaba entonces ante todo el aprendizaje de la gramática.

Lastarria contribuyó en seguida a la fundación del *Semanario Literario*, cuyo primer número salió el 14 de Julio del mismo año con un hermoso artículo de fondo de don Antonio García Reyes. En él colaboraron los numerosos escritores jóvenes, que en los distintos géneros literarios demostraron prácticamente a Sarmiento la falsedad de sus afirmaciones.

Después fundó *El Crepúsculo*, periódico semanal en el cual se publicó el famoso trabajo sobre la *Sociabilidad*

Chilena, de Bilbao, y finalmente, abrió el primer certamen literario chileno, en 1843.

Este concurso, en el que se disputaron los premios en la prosa y en el verso los más talentosos jóvenes de ese tiempo, tuvo una considerable influencia en el desarrollo de la poesía chilena. Los poetas premiados fueron cuatro jóvenes, casi niños: Santiago Lindsay, Ramón Ovalle, Francisco Bilbao y Javier Rengifo, ninguno de los cuales pasaba de veinte años. Los premios se repartieron en una sesión solemne el 17 de Septiembre del mismo año.

Otro hecho que influyó grandemente en nuestro desarrollo intelectual fué la creación de la *Universidad de Chile*, cuya inauguración oficial se efectuó en 17 de Septiembre de 1843, con un notabilísimo discurso de su primer Rector don Andrés Bello, quien encargó a Lastarria la primera de las memorias históricas que debían presentarse a la corporación.

Vamos a estudiar separadamente, en la poesía, en el teatro, en la novela y en la historia, los efectos de este movimiento literario.

POETAS LIRICOS Y EPICOS

Salvador Sanfuentes. Nació en Santiago en 1817. Se educó en el Instituto Nacional. Después de haber sido secretario de nuestra legación en el Perú, en 1837 fué

nombrado Sub-secretario del Ministerio de Instrucción, puesto que en aquel tiempo tenía el nombre de Oficial Mayor, y en 1843, al fundarse la Universidad, fué elegido secretario general de la corporación. Después fué Intendente de Valdivia, Ministro de Instrucción Pública en dos ocasiones, Decano de la Facultad de Humanidades, diputado y Ministro de la Corte de Apelaciones.

Murió en 1860.

Es el primer poeta chileno que imprime a nuestra poesía un carácter nacional, escribiendo poemas históricos y leyendas sobre temas chilenos, y describiendo pintorescamente la vida y las costumbres de algunas épocas de nuestra historia. Sus obras adolecen de algunos defectos, principalmente, de falta de inspiración; algunas de ellas son solamente cuentos escritos en versos medianos. Hay, sin embargo, en ellas, grandes cualidades que justifican la fama de este autor. Tiene en sus poemas retratos acabados de personajes de las épocas a que se refiere, hermosas y animadas descripciones de paisajes y de escenas de las regiones australes de Chile que él conoció. En casi todos estos poemas predomina la nota trágica.

Aunque ahora sus poesías son poco leídas, la figura de este poeta es acreedora al respeto de los jóvenes, por haber sido, como hemos dicho, el que escribió nuestras primeras obras poéticas nacionales, desentendiéndose de las imitaciones extranjeras, y demostrando brillantemente a los impugnadores argentinos que en Chile había poesía y poetas.

Sus poemas principales son: *El Campanario*, *La Laguna de Rauco* o *Inami*, tradición indígena, *El Bandido*,

leyenda nacional, cuya escena pasa en una de las provincias del Sur, *Ricardo y Lucía* o *La Destrucción de La Imperial*.

El Campanario, que es considerado como la obra maestra de Sanfuentes, es un poema dividido en tres cantos.

Su asunto es un episodio amoroso de la vida colonial en el cual triunfan los prejuicios sociales y el mal carácter de un padre rutinario y cruel sobre el amor inocente y puro de dos corazones románticos profundamente desgraciados.

Después de haber sido sorprendidos los amantes en la fuga, el marqués, padre de la niña, hace asesinar al raptor, y la hija entra a un convento en el cual, llena de desesperación, se suicida ahorcándose en el campanario.

Escribió también una memoria histórica titulada *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*, y dos dramas que no se representaron: *Juana de Nápoles y Cora* o *la Virgen del Sol*, imitado de *Los Incas*, de Marmontel, escritor francés del siglo XVIII.

FRAGMENTO DE «EL CAMPANARIO»

Cuando el siglo diez y ocho promediaba
cierto marqués vivía en nuestro suelo,
que las ideas y usos conservaba
que le legó su castellano abuelo:
quiero decir que la mitad pasaba
de su vida pensando en irse al cielo;
viejo devoto y de costumbres puras,
aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas *godas*,
que él hubiera mirado cual delito
el que se hablase de francesas modas,
o a París se alabase de bonito.
Sobre la filiación de casi todas
las familias de Chile era perito,
y de cualquier conquistador la historia
recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
aducía argumentos con destreza
para hacer verosímil su concepto
de derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoy llamaríamos inepto
al hombre que albergase en su cabeza
de loca vanidad tales vestiglos;
más esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podría este marqués sin mengua
alarde hacer de pretensión tan loca,
porque él era muy rico. Y ¿a qué lengua
no hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
un moralista y su valor apoca:
lo que yo siempre he visto desde chico
es que hace impune cuanto quiera el rico.

En el año una vez sus posesiones
visitaba el marqués por el verano,
ejerciendo en sus siervos y peones
la amplia jurisdicción de un soberano;
y luego a los primeros nubarrones
que ya anunciaban el invierno cano,
exento de molestias y pesares,
tornaba con gran pompa a sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario
en que sonaban cajas y cohetes,
ora una procesión con lujo vario
de arcos triunfales, música y pebetes,
de admiración llenaba al vecindario,
y daba a las beatas y vejetes
para conversación fecundo tema
en que ensalzaban su piedad extrema.

Como ningún quehacer le daba prisa,
dormía hasta las ocho este magnate:
en su oratorio le decían misa,
y tomaba después su chocolate.
La comida a las doce era precisa,
y la siesta después, y luego el mate,
y tras esto, por vía de recreo,
iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si del templo
llama a Escuela de Cristo el campanario,
el marqués y los suyos dan ejemplo
de inefable asistencia al vecindario.

Si no hay distribución, ya le cóntemplo
rezar con la familia su rosario,
y luego ir a palacio diligente
para hacerle la corte al Presidente.

A las diez de la noche se despide
sin propasarse un punto de esta hora
y vuelto a su mansión la cena pide
porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide
donde cabrían bien sus cuatro ahora;
y viniéndole el sueño dulce y blando,
a las once el marqués se halla roncando.

Hermógenes de Irisarri. Nació en 1819. Era hijo del poeta guatemalteco don Antonio José Irisarri. Fué diputado y Encargado de Negocios de la patria de su padre en Chile. Estuvo en el Perú, donde redactó *El Herald de Lima*. Fué un poeta poco fecundo. Tuvo fama de Perezoso. Sus obras son: *odas, sonetos y anacreónticas*; gran parte de ellas fueron escritas en álbumes de las damas chilenas y publicadas en los periódicos *El Semanario* y *El Crepúsculo*. Era un observador de los preceptos clásicos y excesivamente cuidadoso del estilo. Se dice que corregía pacientemente sus manuscritos. Hizo también numerosas traducciones e imitaciones de poetas extranjeros, principalmente franceses e italianos. En sus poesías originales son mencionados con elogio por los críticos algunos de sus sonetos y sus cantos patrióticos, *Al Sol de Septiembre* y *A San Martín*.

Su oda *Al Sol de Septiembre* no es una poesía de alta inspiración; se nota en ella cierta frialdad académica y está escrita en estrofas de rimas asonantes que hacen perder la sonoridad a los versos de esta clase de composiciones.

Fué también crítico: escribió unas cartas sobre el teatro moderno, que se hacen notar por la severidad de sus juicios, y es autor de una vida del General Mackenna.

Murió en 1886.

ANACREÓNTICA

Mucho hay, niña, de falso
mucho la vista engaña:
jamás en apariencias
te aduermas confiada.
Si ves sobre mis sienes
mi cabellera cana,
no pienses que se ha helado
como mi frente, el alma.
Tal en los altos Andes
se extiende un mar de plata,
que el hielo de la cima
prolonga hasta la falda;
Pero arde allá en el centro
un mar de fuego y lava:
retiembla el monte, se abre
paso la ardiente entraña,
y luz esplendorosa

hasta los cielos lanza.
Yo así para cantarte
tengo de fuego el alma.

Eusebio Lillo. Nació en 1826. Estudió leyes, pero no terminó su carrera. Se afilió muy joven a la sociedad de La Igualdad, junto con Bilbao, y tomó parte en la revolución del 20 de Abril de 1851, defendiendo las ideas liberales. Después de la derrota de los revolucionarios, fué condenado a muerte, pero le conmutaron esta pena por el destierro y fué a establecerse al Perú, de donde pasó después a Bolivia. Durante su permanencia en este último país, hizo su fortuna trabajando en empresas mineras y fundó el *Banco de la Paz*, que él mismo dirigió.

Durante la guerra contra el Perú y Bolivia desempeñó importantes comisiones, y fué Secretario General de la Armada.

Después de haber permanecido alejado de la vida pública, fué llamado por el Presidente Balmaceda para organizar su primer gabinete. Al caer este ministerio, volvió el poeta a su retiro.

El Presidente Balmaceda, lo nombró el Depositario de su testamento político.

Murió en 1910. Su muerte fué un verdadero duelo nacional.

Perteneció al grupo de los jóvenes entusiastas que se plegaron al movimiento literario encabezado por Lastarria. En 1844 publicó una poesía a la memoria de don José Miguel Infante, que lo hizo conocido y apreciado.

Eusebio Lillo es el poeta romántico por excelencia.

Sus versos fáciles, armoniosos y correctos encantaron a sus contemporáneos. Sus composiciones fueron en su mayor parte subjetivas y de carácter erótico, pero tuvo también muchas en que canta tiernamente a las flores, a las aves y a los ríos de nuestro suelo; ha sido llamado por esto «El poeta de las aves y las flores».

Pulsó también airosamente la lira patriótica, pero no tuvo en sus cantos el vigor y la inspiración de Matta. Lillo no pierde ni en sus cantos patrióticos la serenidad y gracia de su estilo. Su mejor obra de esta clase es el canto a 1810.

Siendo aún muy joven, en 1847 fué encargado por el Presidente Bulnes de componer una nueva Canción Nacional que reemplazara a la de Vera, que ya no se ajustaba a las nuevas relaciones entabladas con España.

El poeta cumplió brillantemente su comisión, escribiendo nuestro hermoso himno nacional que por la armonía y dulzura de los versos, la belleza de las imágenes y la serenidad del tono es un modelo acabado entre las obras de este género.

Las poesías de Eusebio Lillo han sido coleccionadas en un volumen que acaba de publicar la Casa Editorial Nascimento.

DESEOS

Si yo fuera la brisa pasajera,
aliento perfumado de las flores,
enredado en tu suelta cabellera
murmurara a tu oído mis amores.

Quisiera ser alguna flor nacida
entre las flores del jardín ameno,
verme por ti del tallo desprendida
y marchitarme sobre tu albo seno.

Si fuera un astro de la noche umbría
de blanca luz, de límpido destellos,
amoroso mi luz reflejaría
en ese blanco de tus ojos bellos.

Si fuera un pensamiento audaz, profundo
que conmoviera al orbe en un instante,
desdeñaría de ocupar el mundo
por ocupar tu corazón amante.

Quisiera ser un verso delicado
de melodiosa y fácil armonía,
sentirme en tu memoria conservado
y pasar por tus labios, alma mía.

Quisiera ser la fuente cristalina
para halagarte con murmullo leve,
reflejar tu hermosura peregrina
y besar con amor tu planta breve.

Si ave fuera de mágicos encantos,
siempre girando amante en tu presencia,
te ofrecería en armoniosos cantos
mi libertad, mi amor y mi existencia.

Si fuera un Dios, dichoso te entregara
mi poder mi existencia y mi albedrío,
y la morada celestial trocara
por un instante de tu amor, bien mío.

Mas, ¡ay de mí! que en mi amoroso empeño
cuando ardoroso el corazón delira,
sólo puedo ofrecerte, dulce dueño,
mi tierno amor y mi modesta lira.

1810

¡Mil ochocientos diez! ¡año de glorial
levántate del fondo del pasado,
y ven hoy que te evoca la memoria
de sangrientos laureles coronado.

En tú tiempo mostráronce valientes
mil héroes de este suelo americano,
gritando libres al alzar las frentes:
¡No haya de hoy más ni esclavos ni tirano!

Mil ochocientos diez! tú viste entonces,
hombres en un propósito constantes,
a la lucha llevar cuerpo de bronce,
de corazón y espíritu gigantes.

Ni al seductor halago ni a la muerte
esas almas enérgicas cedían;
en la feliz y en la contraria suerte
sólo ser libres o morir querían.

Con su sangre regaron esta tierra
por el triunfo de un noble pensamiento;
¡sin armas se lanzaron a la guerra;
pero llenos de fe, llenos de aliento!

Ellos dieron la vida y la fortuna
a la lucha gloriosa que emprendieron;
en el campo de honor y en la tribuna,
la libertad de Chile sostuvieron.

Ellos un triunfo espléndido alcanzaron
en las batallas exponiendo el pecho...
Y de esa libertad que nos legaron;
los que después llegamos ¿qué hemos hecho?

Indolentes! nos hemos conformado
con vivir sin señores y sin reyes;
pero hemos ¡miserables! conservado
los códigos sangrientos de sus leyes.

Nuestros padres regaron vasallaje
y combatieron a un tirano injusto,
y hoy a nosotros ¡hombres sin coraje!
cualquier vil tiranuelo nos da susto.

De ese antiguo vigor nada tenemos,
débil el cuerpo, el corazón mezquino,
ni amar con fe, ni combatir sabemos,
y del honor perdemos el camino.

¡Sombras de nuestros padres venerados!
Bien estáis en la tumba que os encierra!
¡Débiles vuestros hijos y menguados,
turban la paz y temen a la guerra!

Juguetes de mezquinos intereses
doblan a sus pasiones la rodilla,
y así pasan los días y los meses
en fútil lucha y en te naz rencilla.

No hierve vuestra sangre en nuestras venas,
y bien pueden alzarse los tiranos;
pues tal vez ya no habrán almas serenas,
dispuestas a sufrir por sus hermanos.

Y puede ser que ese pendón sagrado
que con el aire de Septiembre ondea,
no llegue a ser como antes saludado,
con los gritos del triunfo en la pelea.

¡Mil ochocientos diez! ¡de alta memoria!
¡Vete a hundir en los tiempos más lejanos;
porque nos avergüenza tanta gloria
mirándonos tan débiles y enanos!!

Guillermo Matta. Nació en Copiapó en 1829. Por haberse mezclado en la revolución de 1859 salió desterrado para Europa, donde estuvo dos años. A su vuelta fué periodista, después diputado, miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades y finalmente Mi-

nistro Plenipotenciario de Chile en Alemania y en Argentina. En sus últimos años fué Intendente de Concepción y Senador de la República. Murió en 1899.

En su juventud fué romántico, y deja ver en sus primeras composiciones la influencia de Espronceda, Zorrilla, Byron y Víctor Hugo. En sus odas filosóficas y patrióticas sigue de cerca a Quintana, a quien se parece en la elocuencia de su verba lírica.

Más tarde imitó a los poetas alemanes, que estudió en su propio idioma, de modo que en los últimos tiempos Goethe, Heine y otros bardos germánicos fueron sus predilectos.

Matta no fué sólo un poeta, sino un verdadero apóstol de las ideas avanzadas que propagaba en sus valientes composiciones de índole filosófica o social.

Cuando se estrenó en 1853 con sus *leyendas Un cuento endemoniado* y *La mujer misteriosa*, que no tenían grandes méritos literarios, se produjo en torno de él una tempestad de protestas y discusiones. Desde entonces atacó con sinceridad y vigor los prejuicios sociales, la superstición y el fanatismo religioso.

Se ha dicho que Matta sólo pulsó en el arpa lírica, las cuerdas patrióticas y docentes, pero esto es un error porque escribió delicadas composiciones amorosas, y poesías cortas, ingeniosas o filosóficas, semejantes a las *Doloras* de Campoamor. Ejemplos:

POEMA

El amor, alma mía, es un poema
ya triste, ya sombrío, ya travieso,
distinto en forma pero igual en tema
y es su estrofa más bella el primer beso.

DEFINICIÓN

El poeta es una flor
que crece en la soledad,
que se arraiga en el dolor
y se aroma en la verdad.

INCIENSO

El llanto en la mujer es el incienso
que quema en su hermosura;
cuando sopla el dolor es humo denso,
cuando sopla el amor es nube pura.

Su fecundidad lo ha perjudicado; la abundancia de sus obras contrasta con la sobriedad de Irisarri y de E. Lillo.

Esta exuberancia no le permitió corregir sus trabajos, y muchos de ellos adolecen de poco estudio del tema, de incorrecciones gramaticales, de versos ásperos y de expresiones altisonantes.

Pero todos estos defectos no amenguan la personalidad de este gran poeta: sus caídas mismas demuestran su va-

lor. Sólo los espíritus vigorosos que se remontan por sobre la vulgaridad de los versificadores se exponen a estos peligros.

HIMNO DE GUERRA DE LA AMÉRICA

I

¡América, a las armas!
De nuevo a tus confines trae Europa
oprobio y servidumbre.
¡América, a las armas!
Tu espada al sol relumbre,
levanta tu pendón republicano;
y un solo grito—¡libertad y guerra!
atraviase el oceano
y estremezca la tierra
desde el Estrecho al golfo mejicano.

II

¡A la América libre,
señora de los Andes,
reina del Amazonas,
los déspotas intentan
darla farsantes y ceñir coronas!
¿Acaso, todavía
no conservan el rastro, esas montañas,
de los héroes y hazañas
que tumbaron la hispana monarquía?

¿No fué en esas laderas,
no fué en aquel abismo,
no fué en esas llanuras, do triunfaron
las rebeldes banderas;
y el noble patriotismo
y la noble virtud su premio hallaron?

III

¡América, a las armas!
¡Lanzas corta en tus bosques,
templa en tus ríos el sagrado acero,
sube a tus cumbres y la trompa emboca;
y allí con el guerrero
himno de libertad, la alarma toca!
¡Y que el són se derrame
y despierte al valor y encienda la ira
y el alma grande del poeta inflame,
y en arma de pelear cambie la lira!

IV

¿Qué quieren de nosotros,
de la Europa los siervos y tiranos?
—¡Al desierto aventar nuestros hogares,
usurparnos la patria
y hacer de nuestros pueblos,
hoy morada de libres ciudadanos,
teatro de lacayos y juglares!

¡Y aquí, donde altanera
mil ríos como mares
desprende esa gigante cordillera,
madre del Aconcagua y Orizaba,
esplendor de una raza venidera,
formar la cuna de una raza esclava!

V

¡América, a las armas!
¡No con vagos clamores,
no con tristes gemidos,
se combaten extraños invasores
y se redimen pueblos oprimidos!
¡Si nuevo oprobio y nueva servidumbre
la vieja Europa trae,
tu espada al sol relumbre,
levanta tu pendón republicano;
y un solo grito—¡libertad y guerra!
atraviese el Oceano
y estremezca la tierra
desde el Estrecho al Golfo Mejicano!

1862.

Eduardo de la Barra: Nació en Santiago en 1839. Fué alumno del Instituto Nacional. Se recibió de ingeniero y fué profesor de Matemáticas y Literatura en el Instituto Nacional, en la Escuela Militar y en el Liceo de Valparaíso, del cual fué uno de sus rectores más progresistas.

Por haber sido partidario de Balmaceda, después del triunfo de la Revolución se vió obligado a salir del país, y fué a residir a la República Argentina, en donde ocupó algunos puestos de importancia en Instrucción Pública. A su vuelta, vivió en Chile, retirado y en la mayor pobreza.

Murió en 1900.

A sus funerales no asistió ninguna representación oficial, pero en cambio fué la juventud de Santiago.

Su labor poética es considerable y abarca casi todos los géneros literarios. En 1866 apareció su primer libro de poesías con el título de *Poesías Líricas*, prologado por don Emilio Bello. En 1889 publicó dos volúmenes: uno de poesías subjetivas y el otro de poesías objetivas. Más tarde la casa Garnier Hnos., de París, hizo una edición de las poesías de don Eduardo con el título de *Rimas Chilenas*.

De la Barra tenía un gran talento imitador y era exímio en las parodias. Fué también un gran polemista y mantuvo discusiones por la prensa, en las que aparecía cáustico e hiriente. Es muy conocida su polémica sobre Bilbao, sostenida con don Zorobabel Rodríguez. Es autor de unas colecciones de fábulas, que fueron premiadas en un certamen y de unas composiciones cortas llamadas *micropoemas*, que son imitaciones de las *Doloras* de Campoamor.

Don Eduardo de la Barra era un carácter enérgico y batallador; por eso no medró nunca, pero fué siempre vencedor en todos los torneos en que se presentó aún en los últimos tiempos, cuando era hombre de edad,

derrotó a todos los poetas chilenos en el certamen Varela en 1887, al que concurrió con dos colecciones de poesías Becquerianas. Estos trabajos fueron considerados los mejores y el jurado dividió el premio entre ellos.

De la Barra no fué un poeta romántico como E. Lillo, ni un bardo de tendencias filosóficas, patrióticas y docentes como Matta, ni tampoco uno de aquellos poetas naturales y espontáneos que cantan porque sienten el arte y la belleza; fué más bien un poeta de más cerebro que corazón, que espigó en todos los campos sin perder su carácter propio, un eclético cultísimo, un escritor de gran talento y gusto artístico, que hizo gala en sus hermosos versos de un gran conocimiento de la técnica y un absoluto dominio del idioma.

Además de sus trabajos poéticos, son también dignos de recordarse sus obras sobre Filología Castellana, Literatura Arcaica y Métrica. En este último ramo fué un innovador. Es notable su ingeniosa restauración de la hoja perdida del Poema del Cid, que engañó aún a algunos eruditos.

LOS BUITRES

Yo escalaba tu cima, gran montaña,
las águilas volaban a mi paso,
y, cuando más erguido me veía,
pisé mal, resbalé, caí rodando.

Cuando supe de mí ya era la tarde;
herido me encontré y ensangrentado,
y en aquellas inmensas soledades
clamé al cielo y la tierra, y clamé en vano.

Un buitre se cernía allá en la cima,
como yo en el abismo, solitario,
y hacia mí descendió con lento vuelo,
como desciende el mal sobre el postrado.

Tendió su cuello sobre mí, cual pude
defendíme del buitre ya ensañado;
mas, otro apareció, luego un tercero,
y otro más, y otro más fueron llegando.

Las negras alas en legión tendidas ,
en su ronda infernal me circundaron;
vi sus ojos llamear, sentí su aliento
y el ansia de sus picos acerados.

Faltáronme las fuerzas y los buitres,
más fuertes cada vez y más osados,
penetraban mis carnes con sus garras
y me abrían el pecho a picotazos.

Desfallecido al fin, cerré los ojos;
¡adiós! dije a la vida sollozando,
y el corazón desnudo presentéles
para concluir más luego, en ti pensando.

¡Oh! ¡qué horrible es morir lleno de vida!
¡Oh! ¡cuán duro es romper los dulces lazos
y apagar la esperanza!... ¡Nunca, nunca!
¡Arriba, corazón; muere luchando!

¡Muerte, abandono, olvido!... ¡No, imposible!
¡Nunca, nunca!... grité desesperado,
y el grito formidable de mi angustia
los montes con sus ecos prolongaron.
—¿Qué tienes, amor mío? me dijiste,
y contesté, del sueño despertando:
—¡Ah! ¡los buitres, los buitres me comían,
y un beso de tu amor los ha espantado!

Guillermo Blest Gana. Nació en 1829 en Santiago. Por cuestiones políticas salió desterrado y viajó por Europa y América. A su vuelta fué elegido miembro de la Universidad de Chile en la Facultad de Humanidades y nombrado después Ministro de Chile en Brasil y Argentina.

En sus últimos años fué Intendente de Linares.

Murió en Santiago en 1905.

En los primeros tiempos fué poeta romántico, imitador de Espronceda, Zorrilla, Musset y sobre todo de Lamartine.

En la segunda época de su vida, perdió esa tristeza llorona que casi degeneraba en un sistema, y que ahora nos parece afectada y poco varonil. Las últimas poesías de Blest Gana son de un verdadero poeta, hondo y sincero.

Su soneto *A la muerte* es uno de los mejores que se hayan escrito en América.

Es autor de dos dramas: *Lorenzo García* y *La Conjuración de Almagro*. Publicó en 1884 un volumen de poesías titulada *Armonías*. Sus obras poéticas se han coleccionado después de su muerte.

MIRADA RETROSPECTIVA

Al llegar a la página postrera
de la tragi-comedia de mi vida,
vuelvo la vista al punto de partida
con el dolor de quien ya nada espera.

¡Cuánta noble ambición que fué quimera
¡Cuánta bella ilusión desvanecida!
¡Sembrada está la senda recorrida
con las flores de aquella primavera!

Pero en esta hora lúgubre, sombría,
de severa verdad y desencanto,
de supremo dolor y de agonía.

Es mi mayor pesar, en mi quebranto,
no haber amado más, yo, que creía,
yo que pensaba haber amado tanto!

A LA MUERTE

Seres queridos, te miré sañuda
arrebatarne, y te juzgué implacable
como la desventura, inexorable
como el dolor y cruel como la duda.

Mas hoy que a mí te acercas, fría, muda,
sin odio y sin amor, ni hosca ni afable,
en ti la majestad de lo insondable
y lo eterno mi espíritu saluda.

Y yo, sin la impaciencia del suicida,
ni el pavor del feliz, ni el miedo inerte
del criminal, aguardo tu venida;

Que igual a la de todos es mi suerte:
cuando nada se espera de la vida,
algo debe esperarse de la muerte.

José Antonio Soffia. Nació en 1843 en Valparaíso. Fue empleado de la Biblioteca Nacional en 1864, Intendente de Aconcagua en 1870, Sub-secretario del Ministerio del Interior en 1874, diputado, y por último Ministro de Chile en Colombia, en donde murió en 1886.

Sus obras se han publicado en tres colecciones: *Poesías Líricas, Poemas y Poesías y Hojas de Otoño.*

Soffia es un poeta inspirado; sus versos están llenos de delicadeza y de ternura; las *Cartas de mi madre* han hecho derramar lágrimas a la juventud estudiosa.

Su poema *Michimalonco* fué premiado en un certamen de la Universidad de Chile; el poema *Las dos hermanas* se hizo popular en Colombia, y aquí, a algunos de sus trozos se les ha puesto música y se cantan.

Era un magnífico improvisador, sobre todo en la cuerda satírica, que manejaba con gracia. Fué muy celebrado el soneto en que satirizó al periodista argentino don Santiago Estrada.

Se cuenta que en Bogotá, cuando se incorporó a las tertulias literarias llamadas *Mosaicos*, que exigían una improvisación para entrar en ellas, dejó a todos asombrados, haciendo tres sonetos con los consonantes que se le dieron para uno, y dentro del tiempo reglamentario.

Cuando estuvo en el Ministerio del Interior, escribió en verso muchas de las providencias recaídas en algunos expedientes mandados de provincias, con gran desesperación de los solicitantes.

Don José Victorino Latarria leyó un estudio completo de la vida y obras de este poeta, en una sesión de la Facultad de Humanidades.

LAS DOS HERMANAS

En una tarde limpia y serena
como del trópico casi ideal
a las orillas del Magdalena
grato respiro bajé a buscar.

Las auras tibias de la montaña
mecían lentas el platanal,
y no distante vi una cabaña
cual nido oculto bajo el palmar.

En el sendero, junto a un bohío,
dos aldeanas hallé al pasar,
una penosa, miraba al río,
la otra bordaba con triste afán.
Aquélla, al verme, se alejó esquiva,
ésta, al contrario, con dulce faz,
corta en palabras pero expresiva
me acogió afable con su mirar.

—¿Sois dos hermanas?... La dije incierto.
—Sí, dos hermanas somos no más.
¿Y vuestro padre?—Mi padre ha muerto
mi madre anciana y enferma está.

Siguió un silencio de causar frío,
miré a la niña, la vi llorar...
su hermana inmóvil miraba al río
y ya venía la obscuridad.

¿

Era la solemne hora
de los recuerdos... Muy lejos
del vivo sol los reflejos
morían en confusión,

y la estrella brilladora
del crepúsculo en la altura
con su luz brillante y pura
convidaba a la oración.

¡Bello es el río! El paisaje
muestra el lujo de grandeza
con que la naturaleza
colma el suelo tropical:
selvas de inmenso follaje,
todo virgen y risueño,
edén forjado en un sueño
de fantasía oriental.

Cual centinelas inmóviles
que abren paso a su monarca,
en cuanto la vista abarca,
se ven sus filas tender:
gruesas ceibas, altos robles,
mangles y cedros pomposos,
que contemplan silenciosos
el Magdalena correr...

Las luces de los cocuyos,
que de la orilla se alejan,
entre las selvas semejan
luces de oculta ciudad
y con primores tan suyos
que imposible imitar fuera,
se ve una y otra ribera
competir en majestad.

Como un Tritón prepotente
navega el vapor silbando
y sus chispas pregonando
grandioso futuro van.
Ruge al chocar la corriente
del agua contra la quilla,
y al fondo desde la orilla
se echa el pesado caimán.

Sentado en rústico tronco
junto a la pobre cabaña
quedéme absorto en extraña,
profunda contemplación.
Del río el murmullo ronco
y el vago sonar del viento
hablaban con triste acento
de algo raro al corazón.

Pensaba... mas, de repente
la joven de la ribera
como si nadie la oyera,
entonó con blanda voz,
esta canción tan doliente.
Y de tal melancolía,
que el lamento parecía
de la angustia más atroz.

¡Qué grande que viene el río!
¡Qué grande se va a la mar!
Si lo aumenta el llanto mío,
como grande no ha de estar.

¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

¡Qué negra la noche ingrata
viene mi pena a aumentar!...
Si ella mi dolor retrata,
¡como negra no ha de estar!...

¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

¡Qué triste susurra el viento
parece ausencias llorar!
Si él repite mi lamento,
¡cómo negro no ha de estar!

¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

¡Qué sordo que el río suena!
¡No quiere a nadie escuchar.
Cuando no escucha mi pena
¡cómo sordo no ha de estar!...

¡Río!... ¡río!...
devuélveme el amor mío
que me canso de esperar.

?

Entretanto sin hablar
con su hermana a corto trecho
la miramos inclinar
la cabeza sobre el pecho
y silenciosa llorar.

Vuestra historia será triste—
dije al fin a la aldeana.

- La mía no, que no existe,
la triste es la de mi hermana
que su aficción no resiste.

¡Cuéntamelal Soy viajero,
y aunque pronto partiré
esa historia saber quiero.

—Dejadme llorar primero
y luego os la contaré.

Miró a su hermana un momento,
las lágrimas enjugó
y con simpático acento
ocultando su tormento
su relato principió:

«Tras penosos desengaños
sin fortuna y sin hogar
en estos bosques extraños
con mi madre hace veinte años
mi padre vino a habitar.

Cuanto este cercado encierra
con su trabajo adquirió;
mas, sonó el grito de guerra
y atravesando la sierra
fué a la guerra... ¡y no volvió!

Crecimos en la orfandad
mas, mi hermana, aunque lloraba,
creyó en la felicidad.

¡Pues era amada y amaba
con toda sinceridad!...

El dueño de su alma pura
era un joven pescador
de varonil apostura,
un tigre por su bravura
y una paloma en su amor.

El río era su elemento
y en su balsa o su chapán,
siempre encontró salvamento
cada viajero en tormento
o apurado capitán.

Jamás le encontró cobarde
la muerte, con que luchaba;
noble, bueno, sin alarde
a esta caleta arribaba
con más amor cada tarde.

En la noche, entusiasmado,
nos relataba la historia
de sus días de soldado.
¡Pero su sueño de gloria
era amar y ser amado!

La víspera de aquel día
fijado para alcanzar
su ambicionada alegría
uniendo a la hermana mía
su existencia ante el altar.
El grito horrendo y agudo
de un náufrago se escuchó;
hervir su sangre sintió,
vencer su instinto no pudo
y en el río se lanzó!

Entre las aguas nadando
lo miramos como un pez...
Iba al náufrago alcanzando
y... aunque seguimos mirando
no lo vimos otra vez.

Sólo dos bultos unidos
la corriente nos mostró...
escuchamos los gemidos...
Ella perdió los sentidos
y enajenada quedó...

Lento su mal la devora
y, loca, mirando al río
canta a veces, otras llora
y sigue su desvarío
día a día, hora tras hora.

Sintiéndose conmovida
su relato interrumpió;
la vi llorar afligida...

mas de pronto decidida
la niña así continuó:

«Que hacer si Dios lo ha mandado.»

—Confía en El, respondí.

Dejé mi óbolo olvidado
miré su rostro y lo vi
risueño... Pero empapado.

Y al ver tal conformidad
mezclada con tanto duelo,
dije a ese ángel de bondad:

—¿Cómo te llamas?

—Consuelo.

—¿Y tu hermana?

—Soledad.

¿

Tomé la barca y en la noche oscura
vi en la playa una luz cuyo fulgor
me señalaba el sitio sin ventura
de una historia tan llena de dolor.

Muellemente la nave se mecía
cual blanda cuna con balance igual
y arrullar, cariñosa, parecía,
de las almas el último ideal.

Aquellas vagas esperanzas bellas,
esas amigas de anhelado bien
que en las nubes, el agua, las estrellas
muchos viajeros pensativos ven.

La nocturna luciérnaga brillaba
y en la selva el enjambre bullidor
de cigarras y grillos no cesaba
de herir el aire, con tenaz rumor.

Quedó mi mente en el delirio envuelta
y el alba a la verdad me despertó
cuando, como un alción, libre y resuelta
su destino la nave prosiguió...

En medio del ramaje, la cabaña
medio escondida, diseñarse vi...
Cambió de curso el río... la montaña
se interpuso a mi vista y la perdí!...

¿

De aquel barco en la ciudad
al capitán torné a ver,
y le dije:—¡Perdonad!
¿Algo habéis vuelto a saber
de Consuelo y Soledad?
—Nunca he vuelto a aquella playa,

me dijo, mas, si queréis
noticias, no bien que vaya
a esos sitios, cuanto haya
de nuevo ya lo sabréis.

¿Por qué, por qué no olvidó
su promesa el capitán?
¡Oh! su palabra cumplió
y aquí las líneas están
que su mano me escribió:

«Por complaceros, fuí diligente
a las riberas que os prometí.
Salté a la playa... ¡Qué diferente
tras cortos años todo lo vi!

Espesa hiedra borrado había
hasta la sombra del platanal,
y un rapazuelo que me seguía
—¡Volved!—me dijo, que así vais mal...

—¡Si de Consuelo busco el bohío!
—Murió su madre y ella se fué...
—Pero, ¿y su hermana?—Se arrojó al río
que estaba loca no sé por qué...

¡Lo habéis oído!... Cosas del cielo
que no comprende la humanidad.
Tal vez Consuelo no halló consuelo,
pero dichosa ya es Soledad!

BLANCA

De blanco estaba vestida
cuando en el baile la ví,
blanca como una azucena,
rindiendo a galanes mil...

De blanco estaba vestida
cuando en sus bodas la ví...
su blanca mano de esposa
dar al hombre más feliz.

De blanco estaba vestida
cuando ya muerta la ví...
¡Pobre Blanca, que a los cielos
sus veinte años fué a cumplir!...

Domingo Arteaga Alemparte. Nació en 1835 en Concepción. Fué gerente de un Banco, periodista como su hermano Justo, escritor político y de costumbres, y crítico literario y social. Como poeta, tiene fama de correcto y delicado. Se ve en sus poesías la influencia de los clásicos, en los que fué muy versado, hasta el punto de haber traducido en verso *La Eneida*. De este trabajo sólo se ha publicado el primer canto.

A pesar del gran entusiasmo con que los críticos hablan de la obra de Arteaga, no merece en realidad la fama que se le ha dado. Su poesía no conmueve ni entu-

siasma. Sus comparaciones son comunes, sus metáforas corrientes y sin brillo. No hemos encontrado ninguna composición que nos dé una nota característica de este poeta dulce y melancólico, cuyo conjunto poético de impecable corrección nos parece una llanura monótona y fatigadora.

Las composiciones más celebradas de Arteaga son sus odas *Al Amor*, *Al Dolor*, y algunos sonetos. Murió en 1880.

ODA AL DOLOR

Do quiera el hombre vive,
do quier trabaja, sueña, ama o concibe,
buscando dichas y tocando males,
allí siempre se escucha
el rumor de mil sonos funerales;
el vocear de la sangrienta lucha
allí siempre resuena,
y los espacios llena
y, asordando los ecos, sube al cielo
universal clamor de angustia y duelo;
cual de voraz incendio aciaga nube,
el éter empañando, al cielo sube.

Ah! vivir es luchar: infatigable
atleta de la vida el ser humano,
y el universo la espaciosa arena.
Sentado sobre trono incontrastable,
el dolor, taciturno soberano,
preside por do quier la grande escena.

Dolor, sombrío déspota del mundo,
cuando cruel desatas
tus negros huracanes, y arrebatas
el humano destino al iracundo
mar de la adversidad y desventura,
en olas de amargura
la existencia anegada,
semeja frágil nave que, acosada
por la furia del pérfido Oceano,
ora se alza hasta el cielo, ora se lanza
hasta el fondo del mar, lóbrego arcano
ya radiosa esperanza
de Dios nos lleva hasta el eterno asiento,
y en luz divina nuestra frente inunda;
ya insano abatimiento,
el nombre blasfemando de Dios mismo,
de la duda nos hunde en el abismo,
de tinieblas espesas nos circun̄da.
Y en fiera lucha, y varia,
de desesperación el ronco grito
se mezcla con la voz de la plegaria,
que lo finito enlaza a lo infinito.

Mas, pasó la tormenta. En la ribera
el náufrago sus rotas vestiduras
enjuga alegre; y su alma estremecida
de ardiente gratitud, de fe sincera,
adora y glorifica en las alturas
al Dios de amor que el móvil de la vida,

dolor, puso en tus manos,
y el secreto te dió de la grandeza,
del bien, de la belleza
de la dicha y virtud de los humanos.

A tu empuje las puertas
del existir abiertas
son al naciente ser, a quien desprendes
del estupor de la primera aurora,
anunciando que vive cuando llora.
Tú de la actividad la llama enciendes
y azuzas al combate
contra el ocio servil que al hombre abate.
Tu soplo nuestras almas purifica,
al trabajo impeliéndonos fecundo,
que el humano destino dignifica
y nos levanta a dominar el mundo.

Rudo, austero mentor de las pasiones,
arrancas, en sus locas libaciones,
la copa del deleite a nuestros labios
cuando al deseo, de templanza ajeno,
ofrece ya tan sólo los resabios
de las amargas heces, y el venaño.

Rubia como la espiga
de opima, rumorosa sementera,
fresca como en estío sombra amiga,
suave cual la luz de primavera,
alza la frente la feliz infancia,
de su candor, de su festivo anhelo
en el hogar vertiendo la fragancia.

De su indolencia el velo,
dolor! no has desgarrado todavía.
Aun no comprende tu terrible nombre,
mas, su dormido corazón un día
tocas y el niño se convierte en hombre.
No de otra suerte, de Moisés tocada,
la peña del Horeb brotó raudales
de líquidos cristales,
y en fuente de frescura fué trocada.

Del Horeb cual la peña, el alma humana
por ti herida, torrentes de ternura,
de simpatías y emociones mana.
En cada criatura
halla un hermano que trabaja y pena,
y aleccionada de sus propios males,
consolar sabe la desdicha ajena.
De la piedad el inefable encanto
exhala entonces aromas celestiales,
y llora el hombre delicioso llanto.

¡Dolor! de tu candente
crisol vuelto en escoria
sale el ánimo tímido, impotente,
y de inmortalidad salen radiosos
los seres generosos
que iluminan los siglos de la historia.
De Tácito la frase vengadora
en tus ardientes fraguas retemplaste;
de Juvenal, la sátira canora
en acerado ritmo modelaste.

En la copa de Sócrates tu sello
de eternidad pusiste.
Tu inextinguible, cálido destello,
de la fiel Eloisa, de la triste
Magdalena en las lágrimas fulgura
y de Dante sombrío la figura
lleva en sienes altivas
tu corona de amargas siemprevivas.

¡Corona que la frente martiriza,
corona que la fama inmortaliza
del genio, del amor, del heroísmo,
del martirio, sublime fanatismo!

Como del Nilo la corriente deja
en la egipcia campaña
el fértil limo que las mieses cría,
así, oh dolor! cuando por fin se aleja
del corazón tu saña,
deja en él la feraz melancolía,
el creador, el alma sentimiento,
patria de la celeste poesía,
de la imaginación freno y aliento,
luz del arte, esplendor de la belleza,
clave con que descifra el pensamiento
de la naturaleza
el múltiple lenguaje grandioso,
su eterna vida y su eternal reposo.

Víctor Torres Arce (1847-1883):

Hizo sus estudios en el Instituto Nacional. Publicó un tomo de *Poesías Líricas* en 1877. Sufrió, como los de-

más poetas de su época, la influencia del romanticismo. Sus versos son sencillos y espontáneos, aunque algo descuidados en la forma. Entre sus mejores composiciones se citan *Una Historia Vulgar*, *La Vida* y *Amor Maternal*.

Pablo Garriga. (1853-1893):

Poeta romántico. Se recibió de abogado después de hacer sus estudios de Humanidades en el Liceo de Valparaíso y en el Instituto Nacional. Fué profesor de Literatura. Llevó una vida pobre y obscura a pesar de haberse distinguido en su juventud en varios certámenes poéticos y haber tenido algunos generosos Mecenas que lo apadrinaron positiva y literariamente.

En 1882 publicó en un volumen todas sus poesías.

Ricardo Fernández Montalva (1866-1899):

Uno de los últimos bohemios del romanticismo. Además de sus obras dramáticas que están ya mencionadas en el estudio del teatro, Fernández Montalva publicó dos pequeños volúmenes de poesías. En el 1.º coloca las *Bequerianas* presentadas al certamen Varela. El 2.º se titula *Nocturnos*. Entre las poesías más aplaudidas de este poeta, cuyo nombre fué apreciado en los círculos literarios de su tiempo, figuran *La vieja canción* y *Nueva Magdalena*.

Luis Rodríguez Velasco: Nació en Santiago en 1838. Se educó en el Colegio de los Sagrados Corazones. Fué Ministro de Estado, Académico de la Facultad de Humanidades en la Universidad y miembro correspondiente de la Academia Española. Murió en 1919.

En sus primeras poesías se muestra un romántico imitador de los poetas franceses y españoles.

Pulsó las cuerdas de la lírica heroica durante las guerras de 1866 y 1879 y fué llamado por sus contemporáneos el cantor de la patria; pero la musa de Rodríguez Velasco no fué sólo la de los bardos épicos que ensalzan a los héroes; porque también cantó en tiernas y sencillas estrofas las alegrías y dolores del amor y los sentimientos de la familia y del hogar.

Entre sus poesías patrióticas son conocidas *La Unión Americana* y *Los Héroes de Iquique*, y entre las otras sobresalen *La Huérfana*, *Visita a la casa paterna* y *El beso del paraíso*. De sus obras dramáticas hablamos en la sección correspondiente.

LA UNION AMERICANA

A GUILLERMO MATTA

I

Las páginas oscuras del libro del pasado del siglo en los anales borrándose ya van el grito de progreso los pueblos han lanzado y entonan himnos puros de amor y libertad.

II

Los mártires que fueron nos gritan ¡adelante!
su sangre fué el bautismo de santa redención;
el tiempo, que camina con paso de gigante,
nos viene desplegando de luz un pabellón.

III

Rompiendo las tinieblas del torpe fanatismo
los pueblos alumbrados comienzan a vivir;
y al rayo que les trae la fe del patriotismo
abrírseles parece grandioso porvenir.

IV

La gloria ha iluminado del pueblo la conciencia
y henchido de entusiasmo palpita el corazón;
América oprimida renace a la existencia,
América la virgen de libres es nación.

V

La idea es una sola; sólo haya una bandera,
idea de progreso, bandera de igualdad:
que sea el despotismo la víctima primera
que inmole en sus altares la santa libertad.

VI

Los pechos inflamando, la idea triunfadora
encienda en los espíritus el fuego del valor,
y noble, fuerte, grande, fecunda y creadora,
renazca de sí propia la tierra de Colón.

VII

Que formen nuestros pueblos un pueblo americano,
eterno por las leyes, robusto por la unión;
su brazo con su sangre le ofrezca el ciudadano
y ofrezcan los gobiernos justicias y protección.

VIII

Con santos juramentos afirmese la alianza,
en ella confundido el norte con el sud,
y ofrézcanle radiantes de amor y de esperanza
su luz la inteligencia, su fe la juventud.

IX

Y tiemblen los tiranos de Europa la guerrera
al vernos agrupados en torno a un pabellón!
La idea es una sola, sólo haya una bandera,
¡No haya Andes! ¡no haya istmo! ¡sólo haya una nación!

VISITA A LA CASA PATERNA

(A mis hermanos)

I

¡Cuántos años han pasado!
pero nada se ha cambiado,
más triste no más está.

Los años que trascurrieron
¡Ay! todo lo envejecieron;
recuerdos no más hay ya.

II

Fuése el tiempo de ventura;
su huella dejó amargura,
su sombra dejó dolor.

¡Quién lo hubiera imaginado
cuando este lugar sagrado
era un santuario de amor!

III

Es un panteón de memorias,
recuerdos de otras historias
de santa felicidad;
de perdidas alegrías,
de otros venturosos días,
de paz y tranquilidad.

IV

¡Ah! todo en mi mente vive,
en mi presencia revive
el tiempo que ya pasó.

Hasta parece que el viento
vuelve a tomar el aliento
con que mi cuna meció.

V

El aire que leve pasa
el silencio de la casa,
todo me habla al corazón.

Y por eso es que palpita,
y por eso es que se agita,
con extraña conmoción.

VI

Todo está del mismo modo,
pero parece que a todo
cubre un velo funeral.

A veces creo que suena
la voz de ternura llena
de mi madre angelical.

VII

Allí el jardín mustio y triste;
también a él lo reviste
un ropaje de dolor.

Aún me parece que ufanas
corren por él mis hermanas
llenas de vida y de amor.

VIII

El cuarto en que yo dormía,
el sitio donde solía
con mis hermanos jugar.

Este otro que respetaba,
lugar donde acostumbraba
arrodillarme a rezar.

IX

El patio en que retozábamos,
de la luna que admirábamos
al apacible fulgor.

Los pilares denegridos
llenos de nombres queridos
que son memorias de amor.

X

Padres, hermanos queridos,
en estos sitios perdidos
hoy os quisiera encontrar.

Los que no estáis en el cielo
venid, en mi desconsuelo
acompañadme a llorar.

XI

¡Todo calla y muere en torno;
no hay otro eco en el contorno
más que el eco que hay en mí!

¡Ay! las plantas y las flores
son los solos moradores
que viven fieles aquí!

Pedro Antonio González: Nació en 1863, en Coipué, departamento de Curepto. Se recibió de Bachiller en Humanidades y empezó a estudiar Leyes en Santiago, pero no terminó su carrera. Fué profesor de Gramática y Filosofía en diversos colegios particulares. No le preocupó nunca el lado práctico de la vida; por eso vivió siempre en la mayor estrechez.

Era de carácter retraído, pero de corazón bondadoso, sobre todo con la juventud.

Murió en la sala común de un hospital en 1903.

Pedro Antonio González señala en nuestra poesía una

nueva era. Con él empiezan los poetas modernos de Chile. Influidó por Rubén Darío escribió hermosas composiciones en los moldes de la nueva escuela, pero sin perder su originalidad y sin caer en las ridículas exageraciones de los vulgares imitadores de aquel maestro. Popularizó entre nosotros los nuevos metros, y sus versos rotundos y vibrantes entusiasmaron a la juventud, que lo ungió jefe de aquel movimiento literario que dura todavía.

Además de su poesía *El Monje*, que es conocida en toda la América, y de un gran número de composiciones profundamente sentidas, como *El album*, *Mi vela*, y otras, en que presenta su abandono y aislamiento sin lamentaciones románticas y lloronas, escribió también magníficas alocuciones filosóficas y docentes, en que expresaba con gran valentía sus ideas liberales, en medio de arranques dignos de los más altos líricos de la lengua castellana.

Muchas de sus poesías fueron coleccionadas en su libro *Ritmos*, del cual se han hecho ya varias ediciones que están agotadas. El señor Armando Donoso ha publicado últimamente las obras completas de Pedro Antonio González.

EL MONJE

I

¿Por qué, por qué, sin fe para el combate,
el alma alada que a la cumbre vuela,

olvida que es espíritu y se abate
cuando la frágil carne se rebela?

¿Por qué, ludibrio de borrasca loca,
la conciencia vacila, y gime y calla,
cuando el brutal instinto la provoca
a sostener con él recia batalla?

¿Qué hondo misterio es el que el hombre encierra,
que el cuerpo vence al alma en el gran duelo,
siendo el cuerpo una sombra de la tierra,
siendo el alma un relámpago del cielo?

II

Ante el sol inmortal que se levanta
y tiñe el éter de ópalo y de rosa,
el himno eterno de la vida canta
con magnífico ritmo cada cosa.

Mas ¡ay! el monje en su nostalgia muda
oye sólo zumbiar el ala incierta
con que el lóbrego cierzo de la duda
bate las ruinas de su fe ya muerta.

Envuelto en el fantástico sudario
de su austera y flotante saya mística,
se arrodilla temblando en el santuario,
delante de la lámpara eucarística.

Es insondable, es infinito el velo
de la fúnebre noche que le ofusca.
Es un fantasma, es un sarcasmo el cielo;
huye más lejos cuanto más le busca!

III

Después de orar al borde del abismo
siempre sin esperanza, siempre en vano,
y de sentir la nada de sí mismo,
le abre su corazón a un monje anciano.

Lleno de santa unción y amor profundo,
el viejo monje largo tiempo le habla
de que busque en el piélagos del mundo
sólo en la cruz su salvadora tabla.

¡Ay!—le dice,—del alma que blasfema,
y que se olvida de su excelso rango,
y que arrastra su fúlgida diadema
y sus cándidas alas por el fango!

El alma que a sí misma se abandona,
y que entre el mal y el bien, el mal prefiere,
rompe el lazo que al cielo la eslabona:
vive para Satán: ¡para Dios muere!

IV

Y él le oye. Y en su celda solitaria,
armado de una férula sangrienta,
a compás de una fúnebre plegaria,
verdugo de sí mismo, se atormenta.

En su místico anhelo de vencerse,
lleno de santa cólera se azota,
y de dolor su carne se retuerce,
y roja sangre de su carne brota.

Es inútil su bárbaro martirio.
La fiebre estalla en su cerebro luego.
Y a través de las sombras del delirio
él ve flotar una visión de fuego.

Es la visión de la mujer que adora:
que con su carne pone su alma en guerra;
que lo acosa tenaz hora tras hora;
que lo hace al cielo preferir la tierra!...

Tú

Virgen núbil, tu talle
es gentil como el lirio del valle
donde bate la niebla su undívago tul.

Tus cabellos son rubios
como el alba que impregna de efluvios
los lejanos paisajes del éter azul.

Tu pupila, a lo lejos
desparrama los dulces reflejos
con que argenta la Luna la noche estival.

Tu mejilla escultúrea
desparrama la tinta purpúrea
de los besos del sol a la nube auroral.

Tu garganta gorjea
con el són de la cítara hebrea
que alboroz a los coros de Sión con su voz.

Tu garganta suspira
con el són de la mística lira
del hosanna celeste del ángel de Dios.

Tu alma ardiente y absorta
arrebata y embriaga y transporta
con su esencia de rosa, jazmín y azahar.

Bajo el sol no la iguala
ni la cándida nieve del ala
con que riza la espuma la garza polar.

¡Virgen núbil! Tú sueñas
con fugaces visiones risueñas
que destilan su miel en tu espíritu en flor.

Coronada de un astro
vas en pos del sitial de alabastro
que en su regio palacio te brinda el amor!

MI VELA

Cerca de mi vela que apenas alumbrala estancia desierta de mi buhardilla, yo leo en el libro de mi alma sencilla por entre la vaga y errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio a fin de que acaso con ella consagre mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo. Mis viejos recuerdos son humo que sube formando en el éter la trágica nube que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos, sin ver brillar nunca la estrella temprana que vieron delante de su caravana brillar a lo lejos los tres reyes magos.

¡Quizás soy un mago maldito!—Yo ignoro cual es el Mesías en cuyos altares pondré con mi lira de alados cantares mi ofrenda de incienso, de mirra y de oro!

Al golpe del viento rechinan las trancas
detrás de la puerta de mi buhardilla.
Y vierte mi vela que apenas ya brilla
goteras candentes de lágrimas blancas!

Pedro Nolasco Préndez: Nació en Santiago en 1853. Fué abogado, juez, profesor de castellano y secretario de nuestra Legación en el Perú.

De gran cultura artística, de palabra y ademán simpáticos y de una asombrosa facilidad para improvisar en todos los metros, Préndez gozó de gran prestigio y tuvo a la vez crueles detractores.

Ganó las primeras recompensas en varios certámenes literarios. Sus versos robustos y sonoros declamados artísticamente por él mismo obtuvieron muchas veces verdaderas ovaciones.

Era un admirador de Víctor Hugo y también de Andrade, cuya influencia sufrió tan de cerca que algunos de sus cantos tienen estrofas que parecen hechas por el ilustre autor de *Prometeo* y *La Atlántida*.

Sus obras publicadas son *Siluetas de la Historia*, en 1886, y *Siluetas*, y *Nuevas Siluetas*.

Murió en 1907.

LA QUIMERA

¡Salve, Maestro! tu numen tiene la nota eólica.
¡Cuán tumultuosa, cuán formidable tu inspiración!
Dócil el mármol a tu atrevida forma simbólica
quimeras forjas que desesperan a la razón!

¡Qué de pasiones allí se empujan con fuerza mágica!
Febril conjunto de desengaños e idealidad,
la ilusión muestras deslumbradora, con forma trágica,
nunca vencida por los encantos de la verdad.

Es tu Quimera, con sus sorpresas, un grupo armónico
en ella luchan fe y desengaño, dulzura y hiel:
tiene el encanto, las maravillas del arte jónico,
que has evocado con la pujanza de tu cincel.

Tú profundizas, en el abismo, como un oráculo:
das al martirio del alma humana fulguración;
y con las musas del arte reinas en el cenáculo
y allí te embriagas en una orgía de inspiración.

¡Salve, Maestro! tiene tu numen, como el crepúsculo
savia fecunda y exuberancias de resplandor;
unes al monstruo de ciego instinto de fuerte músculo
la dulce virgen a quien arrullan notas de amor.

Carlos Pezoa Véliz: Nació en Santiago en 1879 de padres modestos, pero de holgada condición social.

Empezó sus estudios de humanidades en el colegio de los Padres Agustinos y los terminó como estudiante de clases privadas.

Llevado de su espíritu inquieto y aventurero viajó por el norte de Chile y especialmente por la pampa salitrera.

En 1898 hizo un curso de aspirante a oficial y después fué a vivir a Valparaíso. Estaba en Viña del Mar empleado en la Municipalidad cuando sobrevino el terremoto de

1906 que lo dejó malamente herido y con el principio de la enfermedad que lo llevó poco después al sepulcro.

Murió en 1908 en la sala común del Hospital de San Vicente en Santiago, asistido cariñosamente por un grupo de sus amigos.

Su libro *Alma Chilena* editado por algunos de sus compañeros de letras, se publicó en 1912.

Pezoa es el cantor de los sentimientos del pueblo, cuya alma, mejor que ninguno de los poetas chilenos, supo comprender y exponer en versos briosos y enérgicos, llenos de figuras originales y pintorescas.

Sus composiciones más celebrados son *Pancho y Tomás*, *El Pintor Pereza*, *El Perro Vagabundo* y *El amor de la lumbre*.

PANCHO Y TOMÁS

Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás
serán hombrecitos luego:
Pancho será peón del riego
y su hermano capataz.

Porque los chicos son guapos
de talladura y de piel:
viven como unos gazapos
entre un bosque hecho guiñapos
o algún llano sin dintel.

O montados en el anca
frescachona y montaraz
de alguna arisca potranca
que ha crecido en la barranca
sobre la avena feraz.

¡Son ya mozos! Pancho lleva
cumplidos veinte y un mes.
Es un mozo a toda prueba:
¡No hay bestia por terca y nueva
que no sepa quién Pancho es!

Porque el muchacho es bravío;
rubio como es el patrón;
como él detesta el bohío;
ama el poncho, el atavío,
y usa un corvo al cinturón.

¡Ah, qué cosas las de Pancho!
¡Qué alegrote y qué feraz!
¡Cómo se alborozaba el rancho
cuando echa a una moza el gancho
en una frase mordaz!

¡Qué continente! Es el vivo
retrato del buen patrón;
como él, nervioso y activo,
gesto brusco y agresivo,
pendenciero y socarrón.

Tomás cumplió los veintiuno,
pero no es mozo de ley;
es honrado cual ninguno,
ni es pendenciero ni es tuno,
pero es fuerte como un buey.

Y su hondo deseo fragua
una dicha que es mejor:
tener chacra, un surco de agua,
una mujer, una guagua...
¡todo un ensueño de amor!

Ama el rancho, las faenas;
ama el rancho, la mujer...
A veces le asaltan penas
si las tierras no son buenas,
si el agua tarda en caer.

Y así los dos muchachones
viven en juerga feliz:
Pancho hondea a los gorriones;
Tomás canta... Sus canciones
huelen a trigo y maíz.

Pancho es alegre. Su frase
lleva el chiste y la intención;
su frase, robusta nace
y en risotadas deshace
su endiablada perversión.

Tomás, bonachón, sumiso,
monta en precoz gravedad,
si Pancho horada el carrizo
o si atrapa de improviso
fruta de ajena heredad.

Pancho corre. Tomás mira
crecer al viento la col;
Pancho abrupto monta en ira
si el pobre Tomás suspira
en la caída del sol...

Y en la noche Pancho se echa
sobre el colchón de maíz.
El viejo habla de otra fecha...
Tomás lo sigue, repecha
otra edad y otro país.

Otro país en que hay reyes
bondadosos y en que hay bien,
vacas encantadas, bueyes
de oro, pastores y greyes
con astas de oro también.

Y en que no hay mejillas flacas,
ni hombres que ultrajados son;
y en que hacen mil alharacas,
chicos, trigales y vacas
en eterna floración.

Y en que el labrador, buen amo
y siervo de sí mismo es,
y en que la encina, el retamo
sólo se entrega al reclamo
del que la encontró al través.

Luego Tomás se va al lecho
y el viejo y todos en pos;
todos miran hacia el techo;
y las manos en el pecho,
cuentan sus penas a Dios.

ENTIERRO EN EL CAMPO

Con un cadáver a cuestras
camino del cementerio,
meditabundos avanzan
los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descenden
por Marga-Marga hacia el pueblo,
cuatro luces melancólicas
que hacen llorar sus reflejos;
cuatro maderos de encina,
cuatro acompañantes viejos...

Una voz cansada implora
por la eterna paz del muerto;
ruidos errantes, siluetas
de árboles foscos, siniestros.

Allá lejos, en la sombra,
el aullar de los perros
y el efímero rezongo
de los nostálgicos ecos.

Sopla el puelche. Una voz dice:
—Viene, hermano, el aguacero.
Otra voz murmura:—Hermanos,
roguemos por él, roguemos.

Calla en las faldas tortuosas
el aullar de los perros;
inmenso, extraño, desciende
sobre la noche el silencio;
apresuran sus responsos
los pobres angarilleros
y repite alguno:—Hermano,
ya no tarda el aguacero;
son las cuatro, el alba viene,
roguemos por él, roguemos.

Y como empieza la lluvia,
doy mi adiós a aquel entierro,
pico espuela a mi caballo
y en la montaña me interno.

Y allá en la montaña oscura
¿quién era? llorando pienso:
—¡Algún pobre diablo anónimo
que vino un día de lejos,

alguno que amó los campos
que amó el sol, que amó el sendero
por donde se va a la vida,
por donde él, pobre labriego,
halló una tarde el olvido,
enfermo, cansado, viejo.

E L T E A T R O

El movimiento literario empezado en 1842 abarcó también el teatro, que hasta entonces no había producido ninguna obra original de importancia. Los autores que más se distinguieron por sus esfuerzos en pro del teatro nacional, fueron, por orden cronológico: primeramente don Carlos Bello y don Rafael Minvielle; en seguida don José Antonio Torres Arce, don Carlos Walker Martínez, don Daniel Caldera y don Luis Rodríguez Velasco.

Carlos Bello: Era hijo de don Andrés Bello. Nació en Londres en 1815 y murió en Santiago en 1854. Su educación, dirigida por su ilustre padre, hizo de él uno de los jóvenes escritores más preparados de su tiempo. Aún cuando era un gran admirador de los clásicos, se plegó con entusiasmo al movimiento romántico. Su drama *Los amores del poeta*, representado en 1842, tuvo un éxito enorme, no porque fuera una pieza dramática excelente, sino por la circunstancia de ser el autor un poeta romántico mimado por la sociedad, que veía en el drama, como

lo dice el señor Peña Munizaga, bajo el velo de la ficción dramática, un poema amoroso vivido por el autor. Fué, pues, ésta una obra de clave, cuyo misterio trataron todos de adivinar. El drama consta de dos actos y está escrito en prosa. Es la obra de un autor inexperto, llena de situaciones inverosímiles, de personajes irreales y de períodos declamatorios. Para su tiempo fué lo mejor.

Rafael Minvielle: Nació en 1800, en España.

Antes de venirse a Chile, estuvo como educacionista en Buenos Aires, donde fué profesor de Mitre. Es autor de numerosas traducciones de obras dramáticas francesas y de un drama original titulado *Ernesto*, representado con buen éxito a fines de 1842, y de una comedia *Ya no voy a California*, silbada estrepitosamente. Murió en 1887.

Don José Antonio Torres Arce: Nació en Valdivia en 1828. Fué redactor de *El Mercurio* de Valparaíso. Habiendo sido desterrado al Perú por el Presidente Montt en 1859, vivió en Lima como periodista.

Murió en Santiago en 1864.

Sus obras son: un libro sobre los oradores chilenos, una novela *Los Misterios de Santiago* y su drama histórico *La Independencia de Chile*, representado muchas veces con grandes aplausos en los teatros de Santiago. La obra consta de tres actos y está escrita en verso. La escena pasa en Santiago poco después de la derrota de Cancha-Rayada. Es un drama patriotero, lleno de versos declamatorios, destinados a entusiasmar al pueblo.

Carlos Walker Martínez: 1842-1905. Más que un literato fué un político y un orador parlamentario. Cultivó las letras en los momentos que sus múltiples ocupaciones le dejaban. Fué un carácter que luchó noblemente por su partido, y que sostuvo, con honradez y valentía, sus ideales políticos en su vida pública y privada.

Sus versos son, por lo general, duros y forzados, pero tiene algunos romances *históricos* armoniosos y pintorescos. Su drama *Manuel Rodríguez*, representado en 1865, es la mejor pieza dramática de su género en este período. El protagonista no es el personaje histórico, sino el héroe de la leyenda, tan popular y querido entre las multitudes. Está escrito en cuatro actos y en verso; la escena pasa en Santiago en 1817.

Daniel Caldera: Nació en 1855. Fué un poeta bohemio autor de varias poesías, de una tragedia escrita en su juventud, *El último Ramses*, representada en 1874, y del drama *El Tribunal del Honor*, dado con un éxito enorme en 1877. Después de su triunfo, Caldera siguió su vida bohemia. En los últimos años se trasladó a Iquique, en donde vivió como periodista. Murió en esta ciudad en 1896.

Esta pieza es el mejor drama pasional que se ha escrito en Chile en el período que estudiamos. Es una obra romántica en tres actos y en prosa. A pesar de sus defectos, se lee todavía con interés y emoción. Está basada en un hecho cierto que ocurrió en San Felipe, cuando el autor era un niño.

Luis Rodríguez Velasco: Don Luis Rodríguez, que ganó como lírico y épico honrosos laureles y la fama de cantor de las glorias nacionales en las guerras de 1866 y 1879, cultivó el género dramático con éxito lisonjero que hacía presagiar futuros triunfos.

Tradujo primeramente algunas piezas francesas, entre las cuales está su hermosa versión del *Ruy Blas* de Víctor Hugo, y se dió a conocer definitivamente como autor original, con su comedia *Por amor y por dinero*.

Esta obra representada en 1869 fué un triunfo para su autor y despertó en la prensa violentos ataques y elogios calurosos. Tiene tres actos y está escrita en versos fáciles y armoniosos.

Su asunto es sencillo, con tendencia moralizadora y se desenvuelve con claridad y soltura.

Mencionaremos también los dramas *El Honor de una Mujer* y *Los dos Amores*, de Víctor Torres Arce, *La Mendiga* y *Una Mujer de Mundo*, de Ricardo Fernández Montalva, *Amor y Patria*, de D. Antonio Espiñeira. Se representaron en la 2.^a mitad del siglo XIX algunas comedias de D. Daniel Barros Grez, Román Vial (1833-1896) y Juan Rafael Allende en las que se hacía con cierta gracia y ligereza la crítica de tipos y escenas nacionales. Sobresalen en este género *El Cabo Ponce* y *Moro Viejo*, de Allende.

LA NOVELA

Antes de que aparecieran las obras de don Alberto Blest Gana, puede decirse que en Chile no existió la novela.

La única obra que merece el nombre de tal, fué una publicación hecha en 1852 por don Manuel Bilbao, con el título de *El Inquisidor Mayor* o *Historia de unos amores*.

Alberto Blest Gana: Nació en 1830. Fué en su juventud profesor de Topografía en la Escuela Militar e Ingeniero del Ejército; más tarde Intendente de Colchagua, diputado y diplomático. Después de haber desempeñado con brillo el cargo de Ministro de Chile en Francia en la época de las mayores dificultades para la diplomacia chilena, se retiró del servicio público y siguió viviendo en París donde murió en 1920.

En 1858 empieza la serie de sus novelas con algunas que llamaron la atención y fueron bien recibidas por la crítica. Las mejores de esa época son: *El primer amor* y *La aritmética en el amor*. En 1862 publicó su primera obra maestra, *Martín Rivas*, y al año siguiente su admirable novela *El ideal de un calavera*.

Después de largo tiempo dedicado a las tareas diplo-

máticas, publicó en 1897 *Durante la Reconquista*, que es hasta ahora nuestra primera novela histórica.

Blest Gana puede ser considerado como el padre de la novela chilena.

La mayor parte de los escritores que han venido después, han sufrido su influencia.

Mencionaremos sólo algunos de los otros novelistas que han sobresalido, pero sin tener la importancia de Blest Gana.

Daniel Barros Grez: (1834-1904). Autor de *El Huérfano* y de la novela histórica y de costumbres *Pipiolos y Pelucones*, en la cual hay observaciones exactas, pintorescas escenas locales, de costumbres populares y rústicas, y tipos y caracteres muy bien estudiados.

Vicente Grez: (1843-1909) Publicó *Marianita*, *La dote de una joven*, y otras novelas de escaso valor. No vale el señor Grez como novelista lo que valió como charla-dor insuperable, por lo ingenioso de sus chistes, que han llegado a ser entre nosotros legendarios.

Liborio Brieba: Escribió *Los Talaveras* y el libro titulado *El Capitán San Bruno*, dos novelas históricas que, aunque no tienen mérito literario, están escritas con animación y se hacen interesantes. Son tal vez las dos novelas más populares que, hace veinte años, hubo en Chile.

Martín Palma: Es el autor de *Los secretos del pueblo*, y de *La felicidad en el matrimonio*, obras escritas con un ge-

neroso propósito de mejoramiento de las clases obreras de Chile.

Presenta en ellas como modelo a un joven artesano que, por la educación moral y la instrucción científica, conquista una posición elevada desde la cual hace grandes bienes a los desheredados de la fortuna y realiza un verdadero programa social.

Publicó también algunas novelas de propaganda anti-religiosa, como *Los misterios del confesonario*.

Ramón Pacheco: Autor de unas cuantas novelas populares del género folletín, algunas de propaganda anti-religiosa, como *El subterráneo de los Jesuitas*, y otras históricas, como *La Generala Buendía*.

Entre los novelistas ya desaparecidos mencionaremos también a Bruno Larraín Barra, autor de *Hipatia*; a Enrique del Solar, que escribió varias novelas cortas entre las que sobresale la titulada *Dos Hermanas*; a Valentín Murillo, autor de *Un sombrero de paja*, premiada en un certamen de Valparaíso en 1887 y a Ricardo Cruz Cocke, autor de *Corazón de León* y de *La hija del Gobernador*.

EL CUENTO

Varios de los escritores ya mencionados cultivaron también este género literario.

Don *José Victorino Lastarria* fué autor de algunas narraciones novelescas cortas que figuran entre sus obras con el nombre de cuentos: *Peregrinación de una Vinchu-*

ca, cuento de brujas; *El alférez Alonso Díaz de Guzmán*, o *La monja alférez*; y *Rosa*, episodio histórico.

Jotabeche tiene también dos interesantes narraciones que por su forma breve y emocionante son dos cuentos heroicos: *El último jefe español en Arauco* y *El coronel Montero*.

Ernesto Riquelme, en su libro *Bajo la tienda*, presenta varios cuentos militares llenos de vida y animación.

Joaquín Díaz Garcés, que estudiamos al tratar de los periodistas, escribió algunos cuentos entre los que sobresalen por su fuerza y colorido el titulado *Juan Neira*.

Hablaremos especialmente de Baldomero Lillo que ocupa un lugar preferente entre los autores de cuentos nacionales.

Baldomero Lillo: Nació en Lota en 1867. Hijo de un empleado superior del Establecimiento Minero de ese puerto, y ocupado él mismo en los almacenes y en las oficinas de la Compañía, tuvo oportunidad de bajar varias veces a las minas y de conocer de cerca la miseria de los obreros.

Se ha tejido alrededor de este literato una leyenda que lo hace aparecer como uno de los héroes de Gorki, cuando en realidad la delicada contextura de su cuerpo, enfermo desde la niñez, no le permitió esgrimir más herramienta de trabajo que la pluma con que escribió su libro *Sub-Terra*, que no necesita de leyenda para dejar ver que es la expresión sincera de lo que sintió su alma compasiva ante el poema de miserias y dolores que se desarrolló tantos años junto a él.

Además de *Sub-Terra*, publicó en 1907 otro libro, *Sub-*

Sole, en que pinta los sufrimientos, los amores y las hazañas de campesinos, indios, mineros y vagabundos.

Baldomero Lillo ha sido llamado por el crítico norteamericano Alfredo Coester en su *Historia de la Literatura Hispano-Americana*, el maestro del cuento en Sud-América; y Cejador dice de él, terminando el artículo que le dedica: «Es uno de los mejores cuentistas sud-americanos, sobrio, realista, honrado y sincero, puntual observador y narrador sentido de las miserias humanas.» Murió en San Bernardo en Septiembre de 1923.

HISTORIADORES

La historia en este período es también uno de los géneros más cultivados, y en este ramo se encuentran muchas de las más grandes personalidades intelectuales de Chile.

Estudiaremos de preferencia a don Miguel Luis Amunátegui, don Diego Barros Arana, don Benjamín Vicuña Mackenna y don Ramón Sotomayor Valdés.

Don Miguel Luis Amunátegui: Nació en 1828. Se educó en el Instituto Nacional. Fué profesor, diputado, ministro en varias ocasiones, Secretario General de la Universidad y candidato a la Presidencia de Chile. En colaboración con su hermano Gregorio Víctor, publicó en 1851, en los *Anales de la Universidad* su primer trabajo histórico importante titulado *La Reconquista Española*,

al cual siguieron varios otros escritos en las mismas condiciones, como *Biografía de americanos*, *La instrucción primaria en Chile*, etc.

Más tarde publicó don Miguel Luis *El descubrimiento y conquista de Chile* y *La dictadura de O'Higgins*, en que ya se juzgan, con libertad de criterio, los hechos históricos. Otra obra importante del señor Amunátegui es el libro titulado *Los Precursores de la Independencia de Chile*, que ha sido considerado como el primer ensayo de una historia filosófica de nuestra patria. En él, dice el señor Barros Arana, se propuso el autor exponer con toda extensión y con toda luz la vida de la colonia para que sirviera de ejemplo y de lección a los que quisieran reaccionar contra las conquistas de la civilización y de la libertad, política, industrial y religiosa.

El último libro de importancia en que trabajó el señor Amunátegui fué la *Crónica de 1810*, que dejó sin terminar. Es autor también de numerosas biografías y muchos otros trabajos sobre episodios y costumbres de la Conquista y de la Colonia, todos escritos con grande acopio de datos, en su estilo peculiar, claro y sencillo y con una honradez histórica a toda prueba.

El señor Amunátegui murió en 1888 después de una vida laboriosa y ejemplar que hoy se presenta como un modelo a la juventud estudiosa.

LA CRONICA DE 1810

CAPITULO I

DON JUAN MARTÍNEZ DE ROZAS

Es justo y conveniente empezar la relación de los primeros sucesos de la revolución chilena, estudiando con detención la vida de don Juan Martínez de Rozas, a quien cupo la gloria de ser uno de sus principales promotores.

Este eminente personaje nació en Mendoza el año de 1759, cuando la comarca a que la ciudad mencionada servía de cabecera, formaba parte de nuestro territorio.

Aunque Martínez de Rozas pasó en Chile la mayor y mejor porción de su existencia, le tocó morir el 13 de Mayo de 1813, sin haber cumplido todavía cincuenta y tres años, en el mismo lugar en que había abierto los ojos a la luz del día. Su sepultura quedó próxima a su cuna.

A la entrada de la antigua matriz de Mendoza, a dos pasos de la puerta, se percibía una pequeña lápida sobre la cual estaba escrito:

HIC JACET CINIS ET PULVIS JOHANNIS
MARTINEZ DE ROZAS

No se habían grabado en ella las fechas del nacimiento y de la muerte de la persona enterrada allí.

No se leía ninguna frase que enumerase sus títulos, y recordase sus acciones más sobresalientes.

Una espantosa conmoción de la naturaleza debía aún, andando los años, hacer desaparecer esa humilde piedra, tan poco expresiva y decidora.

Sin embargo, entre los gigantescos Andes y el extenso mar Pacífico, un monumento más duradero y más honorífico que el mármol y el bronce, está encargado de conservar la memoria de don Juan Martínez de Rozas.

Ese monumento es la República de Chile, que le cuenta entre sus más ilustres fundadores, y que se gloria de tenerle por uno de sus más esclarecidos ciudadanos, pues, aunque don Juan Martínez de Rozas haya nacido y muerto en Mendoza, debe reputarse esencialmente chileno, siendo la verdadera patria de cada hombre el país que ha amado y servido.

Don Juan Martínez de Rozas tuvo por padre a un español-europeo del mismo nombre, que ocupó un puesto notable entre los vecinos de aquella ciudad; y por madre a doña María Prudencia Correa y Villegas, que enumeraba entre sus progenitores a Jerónimo de Alderete, el primer gobernador de Chile nombrado directamente por el rey, y a Alonso de Reinoso, aquel que hizo ajusticiar a Caupolicán en la plaza de Cañete.

Es curioso que el descendiente de tales hombres fuera uno de los que principiaron en Chile el ataque contra la dominación de la metrópoli.

La historia suele presentar coincidencias de este género que hablan a la imaginación por el contraste.

Don Juan Martínez de Rozas hizo una de las carreras

literarias más lucidas que la escasez y el defecto de los recursos escolares permitían en la época colonial.

Apenas el joven estuvo en estado de cultivar el entendimiento, su padre, que había observado con natural satisfacción la excelencia de sus aptitudes, le envió a la Universidad de Córdoba, donde aprovechó especialmente en el estudio de la filosofía y de la teología,

A mediados de 1780, don Juan Martínez de Rozas, cuando había cumplido sólo veintiún años, se trasladó a Santiago de Chile para dedicarse en la Universidad de San Felipe al aprendizaje de las leyes y de los cánones.

La edad del joven estudiante era todavía corta; pero su reputación mucha.

No tardó en ofrecérsele oportunidad de mostrar prácticamente que su precoz nombradía era harto legítima.

A los pocos meses de su llegada, se dió a oposición la clase de filosofía en el Colegio Carolino.

Habiéndose presentado Martínez de Rozas entre los aspirantes, los jueces del certamen le dieron la preferencia por unanimidad de sufragios, alabando «el cabal lucimiento, instrucción y talento sobresalientes» que había manifestado en las pruebas.

En vista de un informe tan lisonjero, el presidente don Ambrosio de Benavides ordenó con fecha 2 de Mayo de 1781 que se le encomendara la dirección de la clase.

A consecuencia de esta decisión superior, don Juan Martínez de Rozas profesó por tres años continuos, no sólo la filosofía escolástica, sino también la física experi-

mental, que se enseñó entonces por la primera vez en nuestro país.

Al propio tiempo que ejercía cumplidamente el cargo de catedrático en el Colegio Carolino, desempeñaba del mismo modo las tareas de estudiante en la Universidad de San Felipe.

Hizo con grande aplauso dos oposiciones de mérito a las cátedras de decreto y prima de leyes.

Sobresalió sobremanera en los ejercicios de la academia de práctica forense, de que fué secretario.

La habilidad y la ciencia que manifestó en el seno de esta corporación le granjearon los mayores y los más fundados encomios.

El fiscal de la academia doctor don José María Luján, junto con ponderar el ingenio, la erudición, la sensatez, la elocuencia y otros méritos y virtudes de don Juan Martínez de Rozas, dice en un informe; hablando en el estilo hiperbólico a la moda, «que se hacía respetar entre los más sabios maestros.»

Esta serie de triunfos universitarios le abrió el camino para la consecución de distinciones y títulos más encumbrados.

A la terminación de sus estudios forenses, obtuvo en oposición por unanimidad de sufragios la cátedra de leyes en el Colegio Carolino, que dirigió por varios años.

El 7 de Septiembre de 1784 se recibió de abogado.

La Audiencia, apreciadora de sus merecimientos, le proporcionó los medios de ejercitar sin tardanza su profesión, nombrándolo defensor de pobres.

A principios de 1786, fué condecorado con el grado

de doctor en cánones y leyes, el más alto honor literario a que podía aspirarse en la época colonial. Por este tiempo, hizo un viaje a Mendoza, donde permaneció algunos meses, atendiendo a la partición de los bienes de su padre, que había fallecido, y solicitando desde allí cierto empleo que se lisonjeó de conseguir en Buenos Aires.

Pero no tardó en perder la esperanza de esta colocación; y como ya hubiera arreglado los asuntos de la testamentaría paterna, regresó a Santiago.

Esta ausencia le hizo correr el riesgo de que se le quitara la clase de leyes en el Colegio Carolino.

El suplente que había quedado dirigiéndola sostuvo que debía declararse vacante, porque Martínez de Rozas había dejado trascurrir sin hacerse cargo de ella el tiempo de permiso que se le había concedido.

La cuestión se resolvió, sin embargo, en favor del catedrático propietario.

Este resultado debió de halagar el amor propio de don Juan Martínez de Rozas, aunque le aprovechó muy poco, puesto que inmediatamente hubo de dedicarse a ocupaciones harto diferentes.

Diego Barros Arana: Nació en 1830. Se educó en el Instituto Nacional. Fué nombrado miembro académico de la Facultad de Humanidades, cuando era todavía casi un niño.

Se mezcló como periodista en los disturbios políticos durante el gobierno de Montt, y se vió obligado a salir del país. Estuvo en el Brasil, Argentina y Uruguay, y después se fué a Europa. En España estudió la Historia

de Chile en sus principales archivos y bibliotecas, y encontró valiosos documentos para sus trabajos históricos.

A su vuelta en 1863 fué nombrado Rector del Instituto Nacional, en donde realizó grandes reformas en los estudios. Entonces escribió varios textos de enseñanza, algunos de los cuales, como su *Historia de América* y su *Geografía Física*, se estudian todavía en algunos países de América.

El partido político dominante en esa época miró con malos ojos estas reformas y lo destituyó de su puesto; pero más tarde los miembros de la Universidad lo eligieron Rector de la Corporación, y desde este nuevo cargo continuó sus trabajos en pro de la cultura científica del país. A él se debe en gran parte la implantación del sistema concéntrico en los establecimientos de instrucción. Fué también diputado, pero no se avino con la política, ministro de Chile en Argentina y Brasil, y Perito en la cuestión de límites con aquella República.

Su primera obra histórica *Las campañas de Benavides*, fué recibida con entusiasmo por los entendidos. La *Historia de la Independencia de Chile*, completada con *Las campañas de Chiloé*, afirmó su justa fama de historiador. Publicó después su *Historia de la guerra del Pacífico*. Pero la obra que lo ha colocado a la cabeza de los historiadores americanos es su *Historia General de Chile*, la más completa que se haya escrito sobre la materia, y que ha sido juzgada con grandes alabanzas en América y Europa.

Fundó también numerosos periódicos y revistas como

El Museo, El Correo del Domingo (1862) y *La Revista Chilena* (1875).

Murió en 1907.

Don Diego Barros Arana ha sido una de las figuras intelectuales más descollantes en Sud América, y el maestro que tal vez ha ejercido mayor influencia en el desarrollo del sentimiento liberal en la República en los últimos cincuenta años.

Fué combatido con saña por sus enemigos y endiosado con fanatismo por sus discípulos.

Aún después de muerto, despierta su nombre en los actos públicos escolares tempestades de aplausos contestadas al día siguiente por enérgicas protestas de la prensa que lo combatiera en vida.

El monumento que, por suscripción popular, ha de levantársele cuenta ya con los fondos necesarios, y sólo se espera el despacho de la ley correspondiente para que se alce en nuestra principal avenida la figura del maestro educador de tantas generaciones.

ESTUDIOS HISTORICO-BIBLIOGRAFICOS

EL DESCUBRIMIENTO DEL RÍO DE LA PLATA

Se sabe que los descubrimientos de Colón, y posteriormente los de Balboa, despertaron en toda España un entusiasmo extraordinario. Las noticias de las riquezas auríferas de los países recién descubiertos, el campo de

conquistas romanescas que se abría a los aventureros castellanos, y la esperanza de abrirse una carrera, produjeron una fiebre general en toda la península. Los escritores contemporáneos han dejado en sus obras el cuadro animadísimo de las costas occidentales de España cubiertas de hidalgos empobrecidos, soldados sin fortuna y aventureros de todas condiciones, precipitándose en débiles barquichuelos para cruzar el océano, y conquistar en el Nuevo Mundo una provincia en que creían encontrar el oro en abundancia igual a las arenas del mar.

Entre los marinos que en aquella época celebraron asiento o contrato con el monarca para hacerse nuevos descubrimientos, figuraba un piloto, natural de Lebrija, en Andalucía, llamado Juan Díaz de Solís, de quien dice la historia que «era el más excelente hombre de su tiempo en su arte». En dos viajes anteriores, Solís había reconocido el golfo de Honduras y descubierto una parte de la provincia de Yucatán (1506) y recorrido la costa meridional del nuevo continente (1509) hasta mucho más adelante que ningún otro explorador. Perseguido y procesado a su vuelta de este segundo viaje por desavenencias con sus camaradas, Solís permaneció en prisión hasta 1512: más de dos años de informaciones y pleitos dieron por resultado final la comprobación de su inculpabilidad y su vuelta al favor del rey: a los empleos y a los honores. Se le indemnizó con dinero los perjuicios sufridos por su prisión, y se le llamó al puesto de piloto mayor en reemplazo del célebre Américo Vespucci, que acababa de morir. Entonces el rey Fernando se proponía hacerlo servir en un proyectado viaje a las provincias

asiáticas que habían descubierto los portugueses. El descubrimiento del Mar del Sur vino a dar otro rumbo a sus proyectos.

En efecto, desde que llegaron a España las primeras noticias del descubrimiento de Balboa, y las muestras de oro y perlas que mañosamente remitía a la corte para despertar la codicia del rey y de los aventureros, Fernando, cuyo tesoro empobrecido por las guerras de Italia, necesitaba una pronta reparación, hizo equipar uno tras otro los navíos para aquellos países dorados que quería agregar a sus dominios. Como debe suponerse, los expedicionarios seguían el camino conocido; sus buques los llevaban a las costas orientales de la región del istmo, y de allí se internaban en las ásperas montañas para llegar a la costa occidental, donde se había fundado la colonia con el halagüeño nombre de Castilla del Oro. Pero a los geógrafos y pilotos se les ocurrió fácilmente que haciendo reconocimientos detenidos al sur de la tierra hasta entonces conocida, se había de encontrar un pasaje al mar recién descubierto que pudiera llevar los buques españoles a espalda de Castilla del Oro para proseguir los descubrimientos. Para llevar a cabo esta empresa se necesitaba un marino muy experimentado, y la elección recayó en el piloto mayor Díaz de Solís.

Extendiéronse las bases del contrato en escritura pública, como podrían hacerlo dos simples comerciantes. El rey Fernando entraba en la empresa con un capital de cuatro mil ducados para obtener un tercio de los beneficios; Solís debía hacer el resto de los gastos, los cuales le serían indemnizados con otro tercio de las utilidades del

viaje, que repartiría con los capitalistas que proporcionaran fondos; y el tercio restante quedaba también a disposición del jefe de la expedición para premiar a los que en ella tomasen parte. Aquel contrato tiene además una circunstancia rara en los documentos de este género de aquel tiempo: Solís no pidió ni títulos ni mercedes, confiando más en la gratitud del soberano que en las estipulaciones que rara vez se cumplían. Esta muestra de la superioridad de espíritu del piloto mayor no es la única que se encuentra en aquel convenio: siéndole estrictamente prohibido comunicar a nadie la parte que tomaba el rey, él tuvo maña para levantar un empréstito con que equipar sus naves y juntar gente para tripularlas, comprometiendo así a los capitalistas y a los marineros en una empresa que no conocían. Tal vez el solo nombre de Solís era una garantía para los especuladores: ellos como el rey, creían quizá que aquella expedición había de realizar nuevos descubrimientos y asegurar nuevas y más ricas conquistas que la Castilla del Oro.

Tan vastos proyectos quedaron, sin embargo, sin realización. Solís salió del puerto de Lepe el 8 de Octubre de 1515, y reconoció prolijamente la costa del Brasil desde el cabo de San Roque hasta Río de Janeiro, fijando las latitudes de los puntos que observaba. No se conserva hoy el diario de la expedición; pero los extractos de que está formada la relación del cronista Herrera, revelan demasiado los progresos que en poco más de veinte años había hecho la cosmografía náutica, gracias a las observaciones de los compañeros y sucesores de Colón. Esta misma precisión se nota en el reconocimiento de la

costa hasta los treinta y cinco grados de latitud austral, donde, creyendo sin duda encontrarse en la boca de un canal que les llevara al mar del sur, Solís cambió el rumbo de sus naves y siguió navegando hacia el occidente, sin perder de vista la costa que se extendía al norte. Era esta la ribera izquierda del dilatado canal que forman en su confluencia los ríos Uruguay y Paraná, conocido entonces con el nombre de Panaguazús, después con el de Solís, y posteriormente de la Plata. Los marinos españoles quedaron asombrados al encontrar un caudal tan considerable de agua dulce; y halagados con la idea de lo maravilloso que tanto preocupaba a los navegantes y descubridores de aquel siglo, lo llamaron Mar Dulce. El mismo Solís se adelantó con una nave al resto de la flotilla, y siguió sus reconocimientos hasta una isla. La vista de su buque había despertado una sorpresa indescriptible entre los salvajes que poblaban la ribera: llenos de curiosidad salían de sus chozas para ver de cerca aquel raro espectáculo, y se retiraban de prisa al ver a los españoles. Los contemporáneos dicen que Solís era tan inexperto en negocios de guerra como diestro navegante. Sin manifestar el más ligero temor, echó el ancla, y acompañado de dos oficiales de la real Hacienda y seis hombres más, bajó a tierra, con la intención de tomar posesión del país para la corona de Castilla. Su imprudencia fué la causa de su perdición: los indios se habían emboscado esperando que se internaran en la isla; y tan pronto como Solís y sus compañeros se hallaron lejos de su nave, fueron vigorosamente atacados y muertos, sin poder defen-

derse contra el mayor número y sin que sirvieran los socorros de los de a bordo. Un cuñado del jefe de la expedición, el piloto Francisco de Torres, tomó entonces el mando de la flotilla, y dió la vuelta a España, refiriendo con lúgubres colores la desgracia que había puesto fin a la expedición. Según ellos, los cuerpos de Solís y demás compañeros habían sido destrozados por los salvajes y sus miembros asados y comidos con horrenda ferocidad. Un hábil viajero que visitó posteriormente aquellos países y observó con tacto superior el carácter de sus primitivos habitantes, atribuye al pavor que se apoderó del ánimo de los compañeros de Solís la relación de los horrores que se siguieron a su muerte. El piensa que aquellos salvajes no fueron antropófagos, porque de haberlo sido, no era probable que los hábitos, que tan profundas raíces tienen en el ánimo de los bárbaros, hubieran desaparecido pocos años más tarde.

Benjamín Vicuña Mackenna: Nació en Santiago en 1831. Era Bachiller en Leyes, cuando por haberse mezclado en la revolución de 1851 fué obligado a salir del país. Estuvo en California, y pasando por Méjico y Estados Unidos se trasladó a Europa, cuyos principales países recorrió.

A su vuelta a Chile tomó parte en el nuevo movimiento revolucionario de 1859 y fué desterrado a Inglaterra. De allí pasó a España, donde hizo importantes investigaciones históricas en los archivos de la península. Antes de volver a la patria residió algún tiempo en el Perú, en donde recogió datos interesantes sobre la vida de O'Hig-

gins. En 1865 fué enviado a Estados Unidos como agente del Gobierno de Chile para buscar auxilios contra España, que quería reivindicar sus antiguas colonias.

En 1872 fué nombrado Intendente de Santiago, y en este puesto hizo numerosas obras que mejoraron considerablemente la ciudad. Durante la guerra contra el Perú fundó un diario *El Nuevo Ferrocarril* y en artículos y en libros celebró los triunfos del ejército. Fué también diputado y candidato a la Presidencia de la República. Entre sus obras principales se encuentran *El Ostracismo de los Carreras*, *El Ostracismo de O'Higgins* y la *Vida de don Diego Portales*. Escribió además otros libros como el *Album de la Gloria de Chile*, en que cuenta las hazañas de los héroes de la guerra, *Las Campañas de Tarapacá, Tacna y Lima*, que forman una historia completa de la guerra del Pacífico.

En casi todas sus obras Vicuña Mackenna incurre en defectos de estilo, y muchas veces falta a la verdad histórica a causa del poco tiempo de que disponía para componer sus numerosos trabajos y también porque solía dejarse llevar de su imaginación, que era tan viva como la de un novelista y tan evocadora como la de un cantor de gestas heroicas.

EL OSTRACISMO DE LOS CARRERAS

EL SUPPLICIO

Era ya la hora del crepúsculo cuando los dos bancos del suplicio estaban listos y los tiradores en su puesto.

Como hemos dicho, forma el costado oriental de la plaza de Mendoza la cárcel con su pórtico de trece arcos, en el ángulo norte, junto con una muralla baja y ruinosa que corre hacia la otra esquina, y se mantiene todavía, como soldada por el plomo que los fusilamientos y las revueltas han vaciado en sus adobones. Los bancos de la ejecución estaban, como de ordinario, allegados a esta muralla, a pocos pasos del último arco, del pórtico, de manera que la distancia entre el calabozo y el patíbulo era muy corta.

Habían sonado ya las cinco de la tarde cuando los reos, colocados entre una doble fila de soldados, se pusieron en marcha, seguidos de sus seis cómplices, que por la sentencia debían presenciar su suplicio. Un silencio profundo reinaba en aquel instante. La plaza estaba desierta, y tal que otro pasante se detenía en las bocacalles que dan entrada sobre ella, como curiosos o estupefactos con aquella escena inesperada, y qué tomaba a todo el pueblo en una profunda quietud.

Como un contraste con la ejecución teatral que más tarde debía presenciarse en aquel mismo sitio, cuando tocara su turno al más ilustre de los Carreras, el suplicio de los dos hermanos tenía en todos sus detalles la sorpresa y la precipitación de un acto aleve. En el terror de los ejecutores, en la hora desusada, en la manera escondida y sigilosa que se daban las órdenes, podía reconocerse pronto algo de común con el asesinato de las encrucijadas... Pero no nos anticipemos al crimen para juzgarlo.

La fúnebre comitiva marchaba ya con paso lento por

bajo los portales de la cárcel, y sólo turbaba el silencio helado de los circunstantes, el ruido de los grillos que arrastraban los reos. Ambos iban engarzados por el brazo; torvo y formidable el rostro de Juan José, sereno pero altivo el de su hermano. Vestía éste una levita de campaña, color plomizo, abotonada hasta el cuello que cerraba en su extremidad un corbatín militar. Su apostura era desembarazada y marcial, sin tener la estudiada petulancia de los que van a morir haciendo con su alma parte del mundano espectáculo que los rodea. Luis Carrera tenía entonces sólo veintisiete años de edad, aún no cumplidos. Su figura aunque flexible, y un tanto encorvada en su modo habitual de tenerse, era arrogante y marcial cuando se ceñía su airoso uniforme. Su rostro tenía igual belleza.

A la manera de esos arbustos que sólo desatan su escondido y lozano follaje, cuando el soplo recio del viento sacude su copa, así, aquella naturaleza delicada e impresionable, necesitaba de emociones vigorosas para adquirir todo su temple.—Entonces su frente se echaba hacia atrás, su talle se erguía, sus ojos pardos de un mirar indeciso, brillaban con interno fuego, y sus mejillas algo enjutas y estrechadas hacia su boca un tanto prominente, tomaban ese tinte con que el alma refleja sus pasiones.

Juan José se encaminaba, al contrario, a su último puesto con el ceño fatigoso del que arrastra a pesar suyo una carga que le abruma.—Vestía los raídos restos de su uniforme de granadero, esto es, casaca abrochada sobre el pecho y un ancho y limpio pantalón blanco; pero su

atlética figura no tenía ya aquella planta altanera y firme en que el antiguo comandante de infantería se ostentaba en los días de parada.—Su rostro oval y frío, sus ojos redondos y encubiertos por los párpados, su poblada barba y la obesidad un tanto pronunciada de sus anchas espaldas, quitábanle aquel airoso garbo que los soldados saben llevar, a la manera del gladiador romano, hasta para caer en la arena, en presencia de los suyos.

Don Ramón Sotomayor: Nació en 1830. Fué Ministro de Chile en Méjico y en Bolivia, y Subsecretario de Hacienda.

Durante el tiempo que residió en Bolivia, tuvo ocasión de estudiar las costumbres y la organización social de aquel país y publicó a su vuelta dos libros: *La Legación de Chile en Bolivia* en 1872 y *Estudio de Bolivia* en 1874. En el segundo resumen la historia boliviana desde la independencia hasta la caída del General Acha.

La obra fundamental del señor Sotomayor es su *Historia de Chile durante 40 años*, desde 1831 hasta 1871.

Desgraciadamente esta historia ha quedado inconclusa, el autor sólo alcanzó hasta 1841. En 1896 presentó a la Universidad en forma de Memoria la *Campaña contra la Confederación Perú-Boliviana*.

A pesar de ser el señor Sotomayor Valdés miembro del partido conservador, ha contado con imparcialidad los sucesos en que actuaban sus correligionarios y ha dejado fama de escritor verídico y justo.

Poseía un estilo elegante y fácil y fué además un brillante periodista.

Murió en 1903.

EL MOTÍN DE QUILLOTA

Amaneció el día 3 limpio y sereno, y en las primeras horas de la mañana salió el Maipú a la plaza para hacer ejercicios por compañías, operación que el ministro de la Guerra estuvo contemplando desde una ventana de su alojamiento, mientras el coronel Necochea observaba más de cerca en la plaza el estado de instrucción de la tropa. El ministro y el coronel quedaron muy poco satisfechos de esta instrucción, que les pareció apenas superior a la de simples reclutas.

Después de almorzar, el ministro se dirigió acompañado de Necochea al cuartel de Cazadores, cuyo jefe accidental era el sargento mayor don Juan Manuel Jarpa, y habiendo recorrido prolijamente el cuartel y acordado con el comandante diversas medidas para completar los cuadros y perfeccionar la disciplina del regimiento, volvió a la plaza, y allí encontró al coronel Vidaurre, que distribuía una partida de reclutas entre algunas compañías del Maipú.

El ministro se detuvo poco en esta visita, y se limitó a ordenar que la recluta que se estaba repartiendo en el Maipú se reservara para escoger en ella a los individuos más idóneos para la caballería. En seguida se retiró a la casa del gobernador, donde pasó algunas horas escribiendo o recibiendo visitas.

A las dos de la tarde, hallándose ya formadas en la plaza algunas compañías del regimiento, salió el ministro acompañado del coronel Necochea, del teniente Soto

Aguilar y de don Manuel Cavada, y se encaminó al cuartel del segundo batallón, que aún no había salido a formar. Allí se encontraba Vidaurre. En aquellos momentos, municionada ya la tropa con cartuchos a bala, los capitanes conjurados acababan de indicar a medias su secreto a diversos oficiales y clases, diciéndoles que ya no habría expedición al Perú, y amonestándolos a guardar una absoluta subordinación a sus jefes.

Igual cosa se había practicado en el batallón primero.

Cuando estas palabras de los capitanes empezaban a circular en las filas, sin que muchos pudieran comprender todavía todo su alcance y significación, se anunció que el ministro se aproximaba, con lo que Vidaurre dió apresuradamente a la tropa la orden de salir a la plaza y desfiló con ella, en efecto, pasando por delante del ministro en el momento que éste llegaba al cuartel. Portales penetró en él y se entretuvo en dar una mirada a sus cuartas y oficinas, en tanto que el batallón tomaba su puesto en la línea de formación.

En seguida, habiendo ido un ayudante a avisarle que el regimiento estaba ya formado, dejó el ministro el cuartel y se presentó en la plaza, que en verdad, ofrecía un bello golpe de vista.

Una doble hilera de soldados con un simple uniforme de brin y sus armas relucientes ocupaba las líneas del Oriente y Sur de la plaza, y parte del costado Oeste. Los oficiales, vestidos de gala, ocupaban sus puestos, a excepción del mayor Toledo y de los dos capitanes Díaz, por estar enfermos, aunque Toledo se hallaba en la plaza co-

mo espectador. A la cabeza del primer batallón, la banda de música del regimiento.

Un poco hacia el centro de la plaza veíase al coronel Vidaurre vestido de gran parada y rodeado de sus ayudantes. «El ministro (dice el coronel Necochea en su memoria) pasó entonces a la cabeza del primer batallón y siguió recorriendo todas las compañías, sin hacer ninguna observación, hasta que, habiendo llegado a la de granaderos del segundo, le dijo a Arrizaga, que la mandaba;—Capitán, tiene usted una hermosa compañía,— y él le contestó:—Esta compañía está a disposición del señor ministro —a lo cual le dió las gracias y continuó hasta llegar al costado izquierdo del batallón, donde hicimos alto».

«Vidaurre, que no había acompañado al ministro en el acto de la revista, mandó entonces que el regimiento desfilase por el flanco derecho, y dió esta voz sin prevenir antes que la tropa pusiese armas al hombro, cuando se encontraba descansando, lo que comprueba la perturbación en que se hallaba. El regimiento comenzó un movimiento circular alrededor de la plaza, y cuando el segundo batallón había enfrentado la puerta de su cuartel, cambió de dirección para introducirse en él; más, inmediatamente recibió orden de seguir los movimientos del primero, que vino a pasar por la retaguardia de nosotros, que ocupábamos el ángulo Sudoeste de la plaza. Habiendo pasado ya el primer batallón y parte del segundo, las compañías 3.^a y 4.^a y cazadores de éste formaron simultáneamente un cuadro imperfecto, que nos dejó en medio, y mandando preparar apuntaron sobre nosotros; en

estas circunstancias dije al ministro: —éste, a la verdad, es un ejercicio bien extraño—y por toda respuesta recibí una mirada de inteligencia y desconsuelo. El capitán Narciso Carvallo tomó entonces la palabra, y con gran arrogancia y desfachatez dijo:—Dése usted preso, señor ministro, pues así conviene a los intereses de la República; y dirigiéndose a la tropa: Muchachos, seamos generosos, retiren armas—y se aproximó a nosotros, que conservábamos aún algunas esperanzas, observando que el capitán Arrizaga se acercaba a toda carrera con su compañía, y cuya llegada no sirvió sino para confirmarnos en nuestra deplorable situación, pues este miserable, que poco antes había ofrecido sus servicios al ministro, le abocó dos pistolas al pecho intimándole rendición, al mismo tiempo que Carvallo me pedía la espada en que estaba refundido todo mi orgullo militar, como que jamás había servido de trofeo a ningún enemigo».

«En estas circunstancias el infame y fementido Vidaurre, tratando aún de cohonestar su traición, empezó a gritar: ¿Qué tumulto es ese?—y Carvallo le contestó:—Señor coronel, si no quiere usted entrar con nosotros en el movimiento, se pierde, no se comprometa—a lo que replicó aquel malvado:—Señores, estoy con ustedes: ¡Viva la República! ¡No más tiranos!—cuyas voces se hicieron repetir al regimiento, mientras nos conducía por el medio de la plaza una fuerte escolta con bayoneta calada y las armas preparadas, con tal atropellamiento, que me rompieron la casaca por la espalda. Y entonces observé que el comandante García y Vidaurre cruzaban sus espadas, lo cual provino según se me ha dicho después,

de que el último le pidió la espada a aquel digno oficial que en cambio le prodigaba los epítetos irritantes de «traidor infame y vil asesino.»

Juntamente con el ministro y Necochea habían sido rodeados y aprehendidos D. Manuel Cavada y el alférez Soto Aguilar: el primero a causa de su intimidación con Portales, de quien era secretario privado y agente de la mayor confianza, y el segundo por ser el jefe de la pequeña escolta que acompañaba al ministro. A estos prisioneros se les agregaron en la misma plaza el gobernador Morán y don Pedro Mena, que acababan de ser aprehendidos en sus propias casas. Portales, Necochea, Morán y Mena fueron encerrados en el mismo calabozo en la casa de ejercicios, que como ya dijimos, servía de cuartel a uno de los batallones del regimiento. Cavada y Soto Aguilar quedaron en el depósito del cuerpo de guardia.

Puestos en seguridad los presos, volvió a formar en la plaza el regimiento, y en pos de una breve arenga de Vidaurre, se lanzaron vivas a la libertad y se repitió sobre todo el grito de «mueran los tiranos», sin que el pueblo de Quillota, simple testigo del motín, hiciera el menor eco a la algazara de los amotinados.

OTROS ESCRITORES

Hubo también en este período brillantes escritores que cultivaron otros géneros, como la Filosofía, la Sociología,

la Política y la Crítica social y literaria. Nombraremos sólo los que descollaron: Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria, J. Joaquín Vallejos, más conocido con el seudónimo de *Jotabeche*, Vicente Pérez Rosales, Nicolás Palacios, Daniel Riquelme, Jorge Huneeus Z., José Zapiola, Carlos Luis Hübner y Valentín Letelier.

Francisco Bilbao: Nació en 1822. Fué el primer escritor propagandista del libre pensamiento y de las ideas de libertad política y religiosa, por las cuales sacrificó la tranquilidad de su vida. Discípulo de Lamennais, Quinet y Michelet, gozó entre la juventud de un gran prestigio por su contracción al estudio y por la pureza de su vida, propia de un verdadero apóstol.

Su artículo sobre *La Sociabilidad Chilena*, publicado en *El Crepúsculo*, fué quemado por la mano del verdugo, y el autor expulsado de la Universidad, por haberse permitido atacar en esas páginas a la Religión Católica. La multa a que fué condenado la pagaron los estudiantes y el pueblo. Fué además un orador popular de gran brillo y un polemista temible.

Poco queda de la obra de Bilbao. Sus artículos apenas se leen, pero permanece su figura como un símbolo de austeridad, valor y altruísmo que la juventud contempla con respeto. Murió en 1865 en Buenos Aires, a causa de una enfermedad del pecho, contraída por salvar a una pobre mujer que se ahogaba en el río.

LA IGUALDAD DE LA LIBERTAD

Hé aquí el paraíso de donde hemos sido despojados; hé aquí el infinito de la grandeza humana; hé aquí el reino de Dios acá en la tierra. La igualdad de la libertad es la religión universal; es el gobierno de la humanidad; es la unidad futura. La libertad es infinita, es el complemento y la cúspide de la creación humana, luego la igualdad, que no tiene otro límite que la misma libertad, es el enlace, la formación de la comprensibilidad de la felicidad del bien absoluto.

De aquí sacaremos nosotros la teoría que deben tener las sociedades y gobiernos. ¿Qué son esos hombres de los gobiernos que hemos tenido y que tenemos, que se precian de ser sabios en la dirección de la sociedad? que se precian de poseer el secreto de la felicidad, conservando las tradiciones antiguas, respetando la organización de la propiedad, que evita el noble desarrollo de los hombres, fomentando las creencias destruidas por la revolución y rigiendo al país por las leyes inferiores a las luces, a las circunstancias del pueblo que se manda? Diremos que nuestros gobernantes son cabezas organizadas para la sociedad cuando admiten tradiciones y reformas, bienes y males. Examinemos rápidamente la lógica de nuestros hombres en el espíritu y cuerpo de Chile, en el «yo chileno». Nosotros hablamos desde la altura de nuestro criterio revolucionario. O salimos de la revolución o no. Si salimos de ella, nuestro deber es completarla; si no, nuestro deber es definir lo que somos y cuál

es nuestra tradición como nación. O los gobiernos han salido de las entrañas de la revolución y entonces es legítima su existencia, o no, y entonces son desconocidos como autoridades del pueblo revolucionario. Esta es la base con la cual podemos calificar a los gobiernos en la clasificación de la vida nueva de Chile. Hemos tenido dos revoluciones civiles.

Hemos tenido, por consiguiente, dos clases de gobiernos. Gobierno de tradición republicana, es decir, revolucionario, y gobierno de tradición del orden antiguo. O'Higgins, que fué el primero que se encontró ante la marcha futura, fué también el primero que tuvo que tomar una decisión pronta en su marcha. Se encontró, cual se han encontrado tantos genios en semejantes circunstancias. Han sobrepujado los obstáculos, han triunfado, han sido los héroes de la destrucción y la guerra; viene la paz y la paz necesita organización, porque es el resultado de la armonía de los elementos sociales, o del triunfo completo de un principio, y de la organización vencedora de un sistema completo de creencias. O'Higgins quiso organizar los elementos sociales, es decir, las tradiciones chilenas con las ideas nuevas, y el poder que los llevase a efecto. Pero en semejante obra vió asomar las resistencias, y entonces tan sólo quiso organizar el poder, y fué déspota. El pueblo revolucionario en política protestó y O'Higgins cayó como hombre de organización y como de tradición republicana. O'Higgins no concibió el triunfo completo del principio revolucionario, es decir, social, religioso y político. Vió tan sólo el poder político, la fuerza que el mismo Chile había levantado.

Este poder lo volvió contra su mismo seno, pero el señor lo arrojó de sí. O'Higgins, bajo el último aspecto de la organización de un pueblo nuevo, como hombre, era impotente para presentar una síntesis completa. Bajo este aspecto dudaba. Dudar en semejante situación es bambolear; bambolear es caer. Su deber era afirmar la lógica de la soberanía popular de donde había salido; de este modo hubiera cimentado los resultados indisputables de la revolución y en cuanto al aspecto religioso, adquiriendo una posición respetable, atrincherado en la igualdad de todos y en la libertad del pensamiento. Pero no dejar campo a que la tradición se afirme, y dar un golpe democrático apoyado en la exaltación plebeya. Las tradiciones republicanas y liberales, apoyadas en un jefe que reunía la gloria de las armas, fueron entonces las que lo derrocaron. Este es Freire, que fué un continuador de la revolución. Pero después de haber vencido y encontrándose también delante del misterioso porvenir, le llegó también el tiempo de dudar. Freire es un hijo legítimo de la revolución, la comprende y quiere continuar sus resultados.

Querer continuar los resultados de la revolución es querer hacer otra revolución, es decir, la renovación de la unidad de creencias pasadas que no han sido desechadas de la inteligencia popular. Ahora esta obra necesita la conciencia de los nuevos principios y la voluntad revolucionaria que no apea. El calor revolucionario pasaba y las clases antiguas, que son conocidas entre nosotros con el nombre de «pelucones» fomentaban las preocupaciones populares. Ahora también le toca a este nuevo Go-

bierno la época de duda, es decir, de abdicación. Después los Gobiernos que ha habido entre nosotros, como verdaderos representantes de la tradición española, son los de Pinto y Prieto. Estos Gobiernos son también conocidos.

José Victorino Lastarria: Nació en Rancagua en 1817. Hizo sus primeros estudios en el Liceo de Mora, y los terminó en el Instituto Nacional. Se recibió de abogado en 1839. Después de haber desempeñado diversas clases particulares fué nombrado profesor del Instituto. Desempeñó después los cargos de Diputado, Senador, Ministro de Estado, Ministro Diplomático y Ministro de las Cortes de Justicia. Murió en 1888.

Su labor en pro del adelanto científico, político y literario de Chile es enorme. En 1842 fué el jefe del movimiento literario. Fundó como hemos dicho, la Sociedad Literaria, cuyo órgano de publicidad fué *El Crepúsculo*, y abrió el primer certamen nacional. En 1848 fundó la *Revista de Santiago*, la publicación más apreciada de su tiempo; en 1859 el *Círculo de Amigos de las Letras*, y en 1873, la *Academia de Bellas Artes*, dos centros literarios que influyeron considerablemente en la cultura del país. Sus obras abarcan varios géneros. Escribió algunas poesías que carecían de inspiración, y varios cuentos, algunos de índole satírica de cierto mérito, pero que revelan sin embargo que ese no era el campo de este gran escritor. Poseía grandes dotes de observador y un espíritu muy sensible a las bellezas naturales. Por eso sus recuerdos de viajes son tan interesantes.

Es autor de muchos libros de literatura y ciencias, pero

el principal para nosotros es el titulado *Recuerdos Literarios*, en que cuenta, algunas veces con parcialidad, pero siempre con altura y franqueza los sucesos literarios en que tomó parte desde 1842. Es una verdadera historia llena de detalles interesantes, en la cual aparecen con gran relieve muchas de las más grandes figuras chilenas, de quienes fué maestro y amigo. Lastarria era un hombre altivo, resuelto y enérgico. Las dificultades, lejos de acobardarlo, tenían el poder de impulsarlo a una acción pronta, que las más de las veces lo llevó a la victoria en sus empresas.

Sus ideas liberales avanzadas, expresadas con valor, fueron conocidas por la juventud desde su primer discurso y mantenidas sin vacilación durante su larga vida.

Sus obras principales, además de los *Recuerdos Literarios* son *Historia Constitucional de medio siglo*, *Lecciones de Política Positiva* y *Derecho Público Constitucional*.

EL SEMANARIO

De los «Recuerdos Literarios»

La organización de la Sociedad Literaria y la agitación producida por el discurso inaugural y por la polémica, que continuaba todavía, nos facilitaban la realización de nuestro propósito; y desde luego nos consagramos a preparar la publicación de un Semanario Literario, para dar a luz las composiciones que aquella corporación calificase

de más dignas, y sobre todo para insertar traducciones hechas con el objeto de propagar las nuevas ideas y de fomentar el buen gusto y el cultivo del arte. Contábamos con la cooperación de Núñez, quien se encargaba de explotar la literatura francesa contemporánea, y con la de Francisco Bello, el cual daría a conocer la literatura inglesa, que le era muy familiar. Ambos participaban de nuestras ideas literarias y de nuestras esperanzas, sobre todo el segundo, con quien nos habíamos intimado desde años atrás, haciendo los estudios jurídicos que su padre había dirigido y el de derecho canónico, que juntos emprendimos privadamente por un compendio de *Devoti* escrito en latín, porque nos había parecido sumamente deficiente e imperfecto el *Enquiridión* que servía de texto, o más bien de programa, en el Instituto Nacional, por los años de 1836.

Francisco Bello tenía una educación clásica eminentemente británica, y estudiaba la literatura española, no con el amor y veneración que nuestros demás discípulos, sino con cierto despego que nacía de la diferencia de ideas y tendencias de las civilizaciones que representaban aquella literatura y la inglesa. Francisco era un joven linfático y casi tísico, de semblante pálido mate, hermoseedo por una cabellera de azabache y por grandes ojos negros cuya melancolía revelaba que soñaba en su temprano fin. Era modesto y frío, no participaba de intereses ni de ideas políticas, hablaba siempre en voz baja, con un chiste melancólico que le era habitual, y que él realizaba con su fina percepción de toda deformidad, y con su feliz memoria de los donaires de

escritores ingleses y latinos. Ya había escrito su gramática latina, como profesor del Instituto, y como tal lamentaba siempre que hubiera tenido tan corta vida una sociedad literaria que en otro tiempo organizamos los profesores de aquel establecimiento; y nos estimulaba a que diéramos consistencia a la de los jóvenes que nos habían dado su dirección.

Por este motivo se había asociado a nuestra empresa del *Semanario*.

Mas, un día nos llamó Bello a nombre de su padre para hablar de aquella empresa. La entrevista con el maestro fué larga y de gran interés para nosotros. Esta era la primera vez que él se ingería en el movimiento literario de 1842, y lo hizo aconsejándonos que no hiciéramos un periódico exclusivo, de una sola doctrina literaria, de un partido; porque debíamos aparecer todos unidos, cuando nuestro primer deber era vindicar nuestro honor literario, demostrar nuestro común progreso intelectual y afirmarlo; porque el nuevo movimiento iniciado por nuestro discurso podía así ser bien servido, sin sublevar recelos, sin enajenarnos el apoyo y la cooperación de tantas inteligencias distinguidas; porque nuestras fuerzas y las de nuestros jóvenes compañeros no bastarían a mantener dignamente la publicación, de modo que rivalizara con el *Museo* y la *Revista de Valparaíso*; y sobre todo porque un periódico de bandería literaria, en las circunstancias, era ocasionado a peligros políticos, y más que eso, al peligro de que no pudiéramos dirigir y moderar la impetuosidad juvenil, que tal vez podría sublevar tempestades.

Esta última razón vino a tener su confirmación, dos años más tarde, en el fracaso del *Crepúsculo*; y en aquellos momentos nos paralizó, y contribuyó a que no insistiéramos en la discusión de las demás, y a que nos resolviéramos a seguir el consejo del señor Bello, precisamente porque lo que más temíamos, lo que siempre habíamos procurado evitar, era comprometer, con los peligros de la política, nuestra acción en la enseñanza y la escuela reformista que deseábamos fundar. Eso sí, imaginamos al instante neutralizar la influencia de los escritores conservadores que eran sus discípulos, y que él muy impresionado por la necesidad de defender el honor nacional, nos prometía ver y comprometer, proponiéndole que nos asociáramos también a los jóvenes más distinguidos del Instituto, proposición que él aceptó sin trepidar.

El momento para nosotros era muy crítico. Hacía seis años que proseguíamos con tenacidad en la enseñanza un plan verdaderamente revolucionario contra las doctrinas políticas dominantes, contra las rutinas y preocupaciones que dirigían el desarrollo intelectual de la juventud, adhiriéndola al sentimiento y a las prácticas de la atrasada civilización española, que nosotros creíamos funesta a nuestro porvenir democrático, y contra la literatura que representaba a ese pasado. Teníamos una verdadera pasión por este plan, la cual nos alienta todavía; pero entonces comprendíamos que no podíamos desarrollarlo con violencia, que no debíamos hacer lo que hemos hecho más tarde—luchar de frente,—porque no teníamos elementos, porque avaluábamos nuestra impotencia perso-

nal, lo que habría sucedido, si nuestro plan hubiera sido hijo de una soberbia juvenil.

¡Ah! Si tal hubiera sido el móvil, mayores facilidades nos habrían estimulado a hacer lo contrario, y la fe en el grandioso porvenir de Chile nos habría abandonado mil veces, en presencia de tantas dificultades, de tantos contrastes, desengaños, penas y pobreza, como hemos hallado en una sociedad incapaz de apreciar nuestra acción, y supeditada por un fuerte espíritu conservador, que sus potencias dominadoras mantenían a todo trance. Hasta la pequeña fama de literato, que entonces habíamos alcanzado, perjudicaba a nuestra profesión de abogado, que no nos servía para vivir; porque se decía que no sabíamos de derecho por entender de letras; así como después nuestra fama de hereje nos ha privado de clientela, forzándonos a buscar en la industria y en otras ocupaciones el trabajo que nos han negado nuestros compatriotas, en castigo de nuestro empeño por la reforma.

Eso no es más que la justa pena, la sanción natural, que nos ha caído por haber faltado al precepto de moral que nos impone el cumplir primero los deberes para con nosotros mismos y nuestra familia, antes que los que tenemos para con nuestra patria y para con la humanidad. Y por lo mismo que nos resignamos a esa ley de nuestra naturaleza, rechazamos la pena que, sin derecho ni motivo plausible, quieren imponernos nuestros contemporáneos, al callar nuestro nombre, cuando aluden al movimiento literario que a tanta costa servimos, y cuando hablan del *Semanario*, atribuyéndolo a quienes no corresponde, tal vez porque suponen y mantienen equivo-

cadamente la idea de que este periódico fué el iniciador de aquel movimiento; siendo la verdad que él vino después a ayudarlo, en cierto sentido, como se deja ver por la historia de su origen que estamos narrando. Podrá parecer prolija esta historia, pero para nosotros es de gran interés, como puede ser una operación de guerra para los militares, a quienes les es permitido presentar su hoja de servicios.

Contando con Francisco Bello y José María Núñez, con Juan N. Espejo y la cooperación de los demás jóvenes de la Sociedad Literaria, el señor Bello nos asoció a Salvador Sanfuentes, a Juan E. Ramírez y a M. A. Tocornal y nosotros recabamos y obtuvimos el concurso de A. García Reyes, de A. Varas, de M. González, y de Manuel Talavera y de Joaquín Prieto Warnes, a los cuales encargamos de la crítica dramática. Talavera se encargó de traernos la cooperación de J. J. Vallejo, que residía en Copiapó, y que a la sazón publicaba en *El Mercurio* de Valparaíso sus artículos de costumbres.

El directorio se organizó con los redactores principales, excluyendo a los cooperadores, que después fueron Hermógenes de Irisarri, Jacinto Chacón y A. Olavarrieta; y se convino en congregarnos una vez por semana, en el Instituto Nacional, habiendo celebrado la primera reunión en la habitación que allí tenía Núñez, y las demás en la de Varas.

El primer acuerdo del directorio dió al *Semanario* el carácter de un periódico de intereses generales, y no exclusivamente literario, como nosotros nos habíamos propuesto; y se dejó a cargo nuestro la edición y responsa-

bilidad ante la ley y el impresor, por lo cual nos correspondió la propiedad del periódico. García Reyes se consagró con interés a ayudarnos en la edición.

El Semanario apareció el 14 de Julio de 1842, contando con una suscripción que no alcanzaba a saldar sus gastos. López, que puso término en aquel mismo mes a la *Revista*, lo recibió en la *Gaceta de Valparaíso*, haciendo una crítica severa de una ligera poesía de Prieto Warnes, que contenía el primer número, bajo el título de «Un suspiro y una flor»; y Sarmiento, en *El Mercurio*, lo saludó con elevación, lamentando que se dijera en el prospecto que este diario tenía un interés efímero y concluyendo, después de muy largas consideraciones, sobre la misión de los escritores americanos, con estas palabras: «Si todos nuestros jóvenes estuvieran persuadidos de estas humildes verdades, no veríamos a cada paso el escándalo que da nuestra polémica periodística con la irritación que excita una idea nueva, y los insultos y vejaciones que llueven sobre el que la emite, o el que pone en duda la verdad de ciertas doctrinas recibidas por la juventud como inconcusas».

José Joaquín Vallejos (JOTABECHE): Nació en 1811 en Copiapó. Estudió primeramente en La Serena, después en el Liceo de Chile de Mora y finalmente en el Instituto Nacional, en donde siguió los cursos de leyes, pero no alcanzó a recibirse de abogado.

En su juventud fué muy pobre y estuvo algún tiempo como dependiente de una tienda. Más tarde fué nombrado Secretario de la Intendencia de Maule, y en 1843,

cuando se fundó la Universidad, miembro académico de la Facultad de Humanidades. Habiéndose trasladado a Copiapó, se dedicó a la industria minera, en la cual hizo su fortuna. Fué corresponsal de *El Mercurio* de Valparaíso al cual envió algunos de sus artículos que llamaron la atención por la viveza y gracia de su estilo. En 1845 fundó en su ciudad natal un diario llamado *El Copiapino*, en el cual publicó muchos de sus más importantes trabajos literarios. Después lo eligieron diputado, pero no se avino con la política; Jotabeche no era orador.

En la Revolución de 1851 fué partidario del Gobierno, y prestó en Copiapó importantes servicios a la causa del orden.

En 1852 fué enviado como Ministro Plenipotenciario a Bolivia, pero su misión fué desgraciada. Se retiró después a vivir a Copiapó, en donde murió en 1858.

Fué nuestro primer prosista genuinamente chileno y nuestro mejor escritor de costumbres. Ha sido llamado por algunos *El Larra Chileno*.

Aun cuando hay algunos puntos de contacto entre Jotabeche y el celebrado autor español, no fué el escritor chileno un imitador servil de Larra. En los artículos alegres de Jotabeche no aparece la crítica hostil ni el pesimismo del autor de *El Castellano Viejo*.

Vallejos escribió sus interesantes artículos críticos y de costumbres con el seudónimo de Jotabeche, que corresponde a las iníciales de don Juan Bautista Chenau, un argentino muy ocurrente que vivía entonces en Copiapó y a quien muchos le atribuyeron los referidos artículos.

Se han publicado varias ediciones de las obras de Jo-

tabeche; la más completa es la que ha hecho últimamente la Biblioteca de Escritores Chilenos. Han escrito estudios interesantes sobre Jotabeche, don Diego Barros Arana don Miguel Luis Amunátegui, don Benjamín Vicuña Mackenna, don Gonzalo Bulnes y don Abraham König.

¡QUIÉN TE VIÓ Y QUIÉN TE VÉ!

Pocos pueblos habrán tenido una infancia tan larga y más parecida a la decrepitud que la villa de San Francisco de la Selva, hoy ciudad de Copiapó, capital de la provincia de Atacama. Pero también es cierto que muy pocos harán un progreso más rápido y más a vista de ojo que el que en estos últimos años le ha venido la gana de recorrer a nuestro amado rincón. Se puede decir de él lo que del niño, que de repente sufre un gigantesco desarrollo: se le ve crecer.

Todos aquellos de mis paisanos que no quieran hacerse criaturistas de ayer, recordarán lo que era esto treinta, cuarenta o cincuenta años há: un asiento de ruinas con sus cinco o seis trapiches de oro o plata; y este oro o plata el único aliciente que, allá por la muerte de un obispo, solía atraer a algún especulador valiente como el que en nuestros días lleva sus añiles y chaquiras muy al interior de las tierras de Arauco.

Los algarrobos, chañares y dadines, no sólo dividían las propiedades unas de otras, sino que sombreaban las habitaciones e invadían los patios y aceras de las calles. En la plaza principal crecían, según es fama, estas plantas indígenas en la misma libertad y paz que antes que

Diego de Almagro viniese desde el Perú a alborotar este entonces silencioso valle.

Un subdelegado de los Reyes Católicos gobernaba en toda la jurisdicción de Copiapó, precisamente como gobiernan hoy en Chañarillo y San Antonio los subdelegados de la República. Me explicaré: tenía el encargo de hacer el bien, dejándoles al mismo tiempo todo el poder, facultades y multas para obrar, si querían, el mal. El pueblo semejaba entonces un vasto monasterio de ambos sexos, en que se vivía, se comía y se dormía a golpe de campana. De madrugada, los llamaba a misa el cura; a las doce del día, tocaba la agonía de las ollas el sacristan; a la oración, vuelta a sonar la campana para que todos fuesen a bostezar en la leyenda y la distribución; y más tarde, a eso de la diez, se tocaba a la *queda*, hora en que el subdelegado mandaba a su gente que se acostase a dormir y apagase las luces, so pena de ocho días de trabajo en el cuartel o multa de tantos pesos. Entonces sabían que los pesos eran para el subdelegado; hoy nadie sabe a punto fijo el abismo a donde van a parar.

En aquel tiempo, sólo había algunos ricos y un hormiguero de pobres, tan pobres como Adan. Los primeros formaban la corte del subdelegado; todos eran alféreces reales, maestros de campo y compadres del subdelegado: única condecoración que hasta hoy se conserva con sus preeminencias y propinas; las otras han vuelto a lo que eran, se han vuelto humo.

El solo asunto conocido por entonces por de interés público y que alcanzaba a conmover la comunidad extraordinariamente, parece haber sido el turno de aguas.

Hubo autoridad apedreada por el pueblo a consecuencia de haberlas distribuído favorablemente entre los ricos; y hubo otra que, habiéndolas repartido no al gusto de éstos, necesitó atacarlos con el pueblo hasta incendiar sus sementeras, para plantear la reforma.

No se conocía otra policía que la muy inquisitorial ejercida por el cura de la parroquia, cuyas atribuciones no se limitaban a casarle a usted contra su voluntad, sino que también le metía a usted a la cárcel o le desterraba a usted del redil con una excomunión mayor.

Los comendadores de la Merced y guardianes de San Francisco constituían otro poder terrible. De consiguiénte, encompadrarse con ellos se tenía por el gran honor de aquel entonces; recibir sus visitas, por una bendición de Dios, y no caerles en gracia, por el conjuro, la piedra más pesada que podía aplastar a un individuo.

Las reuniones de familia poco se usaban por la noche: y sólo cuando ocurría un casamiento, un óleo, u otro motivo de regocijo, armábanse algunos zaragates. El minué ejecutado por la primera notabilidad femenina, regularmente no por la mejor moza, abría la sesión; después de lo cual todas las demás tenían permiso para salir a su vez, a dar ese paseo donairoso, esa exhibición de gracias y de bellezas a que se halla reducida esta magnífica antigualla. La etiqueta de romper el baile con un minué aquella que se consideraba reina de un estrado, fué por largo tiempo un motivo de querellas y quejas contra las preferencias. Pero después se entabló que esta prerrogativa la tendría precisamente la más entrada en años: con lo que hubo vez que ninguna quiso recibir tan

disputados honores. En todos tiempos la mujer ha sido incomprensible.

El ajuar de la pieza principal de una casa consistía en un largo tarimón, con una alfombra por encima y una madriguera de ratones por abajo; sobre el tarimón y a lo largo de la muralla, una fila de cojinitos semimoriscos con espalderas de zaraza o *zagalejo*, a guisa de colgaduras. Este era el asiento exclusivo de las damas, y ningún hombre que no fuera fraile de campanillas, podía profanar aquel sagrado.

En una de las cabeceras del estrado, se arrellanaba sobre una pequeña alfombra la dueña de casa, teniendo siempre a su lado una cajuela cubierta con mosaicos de plata y de concha de perla. Al frente de este aparato se veían un escaño y varios taburetes de madera; tan propiamente madera, que sólo le faltaba arraigarse y retoñarse: aquí se acomodaba el otro sexo. Debajo del escaño y taburete, dormían las palomas caseras, tejían sus telas las arañas, guardaban las chiquillas sus muñecas y las niñas sus zapatones más usados; y como nunca pasaba por ahí la escoba, no era de admirar que saliese también uno que otro *chañarcito*. Completaba el menaje una mesa enorme, por lo regular de sauce, sobre la cual vivían en perfecta armonía los santos milagrosos de la familia, el mate y el zahumador de plata, un cajoncito de espejo, un florero bien surtido, varias baratijas y el gato regalón de la señora.

Tal era, poco más o menos, Copiapó en aquellos días de su larga infancia. Así vegetó por cerca de un siglo, sin que la vida de sus habitantes experimentase otras

crisis que las ocasionadas por algunos descubrimientos de minerales, o por los fuertes terremotos que se dejaban sentir aquí de vez en cuando.

La revolución de la Independencia alcanzó a convulsionar estas costumbres y este modo de estar de nuestro pueblo, no obstante su aislamiento del teatro de los sucesos y reformas. Ella introdujo cierta fermentación en la vida de inercia que se llevaba; y como en todo el territorio los hombres vieron que se podía pensar y obrar, pensaron y obraron en un círculo más extenso que aquel que hasta entonces tenían por descubierta.

Vicente Pérez Rosales: Nació en Santiago en 1807. Su vida es un tejido de aventuras pintorescas e interesantes.

Alumno en sus primeros años en un colegio de Mendoza, grumete luego de un buque inglés cuyo cruel comandante lo arroja desamparado en una playa insalubre, y discípulo más tarde de Silvela en París, se convierte a su vuelta a la patria sucesivamente en campesino, comerciante, contrabandista y minero.

En este último oficio recorre el norte de Chile y llega hasta California tras el vellocino de oro de aquel nuevo El Dorado para volver a Chile tan pobre como salió.

En 1850 fué nombrado agente de colonización en el Sur e instaló las primeras familias germánicas que llegaron a Chile.

En 1855 fué nombrado Cónsul de Chile en Hamburgo y allí escribió un libro titulado *Ensayo sobre Chile* para dar a conocer nuestro territorio y atraer hacia él la

emigración. A su vuelta definitiva al país fué designado Intendente de Concepción y más tarde elegido senador.

Murió en Santiago en 1886.

Su obra principal es la titulada *Recuerdos del pasado* en la que narra con viveza y colorido los principales sucesos de su vida aventurera.

De este libro se han hecho tres ediciones. La última por la Biblioteca de Escritores de Chile, lleva un prólogo de don Luis Montt.

DESASTROSO REGRESO A CHILE

Supe que la noche del duodécimo octavo día de mi llegada a Calingasta, un cabo de sabanillas coloradas, que eran mi eterna pesadilla, había hablado con un vecino, quien, dirigiéndose en el acto a mi huésped, le había dicho que no era cierto que yo fuese chileno, sino que era boliviano, y boliviano de suposición, enviado por el general Santa Cruz, quien sabe con qué propósito, a la Rioja y a San Juan; terminando aquella inventada suposición con encarecer lo mucho que se exponía si me sorprendían en su casa, donde sabía que me iban a aprehender.

Al instante acudieron a mi mente el olvido de pasaporte, mi detención y mi travesura de San Carlos, mi precipitada fuga, y cuantos motivos de justo terror podían perturbar la tranquilidad de un extranjero colocado en mi situación en aquel lugar, tan infeliz entonces, y como el afán de mi pobre huésped por que yo partiese cuanto antes de su casa me hiciese comprender que no

había un sólo instante que desperdiciar, hechos con la más insólita precipitación los aprestos de mi viaje para Chile, horas después de aquel terrible aviso y favorecidos con las sombras de la noche, mi intrépido Campos y yo, con sólo cuatro cabállos y una mula cargada, abandonamos la hospitalaria casa del asustado Gómez. Seguimos, pues, mal de nuestro grado, el poco práctico sendero que conduce desde Calingasta al conocido boquete de la cordillera de Agua Negra.

Ya los calores de Octubre comenzaban a derretir las nieves que los inviernos acumulan en los encumbrados pasos de los Andes, pasos que en el norte se abren más temprano que en el sur, sin dejar por esto de ser peligrosos para el viajero que primero se aventura en ellos.

Las nevazones invernales que ostentan imponentes con su blancura nuestras sierras, son ante los ojos del viajero que a la distancia las contempla, harto más poderosas de lo que aparecen desde lejos. Pocas veces graniza en la sierra y sólo dos he visto nevar con viento; y es tal la cantidad de nieve que siempre cae en forma de leves plumas de aves que se mecen, bajan, suben y remolinean en la tranquila atmósfera, que hasta llegan a tapar la vista, pues, ni la mano de un brazo tendido hacia adelante puede verse. La nieve del invierno cordillerano no moja, y el viajero sorprendido por ella puede caminar horas enteras si es muy baqueano, porque de lo contrario, muere perdido, llevando intactas en el sombrero, en los hombros y en cuantos puntos pueden sujetarse, las leves plumas que lo blanquean.

La nevazón todo lo calma, todo lo empareja; las desi-

gualdades de las altiplanicies se nivelan con ella, y las primeras quebradas que arrancan de las alturas se borran en tanto grado que, transformado el aspecto gráfico del paisaje, sólo un experimentado baqueano, y no siempre, puede designar dónde está el suelo firme y dónde la trampa de fofa nieve que encubre un abismo aterrador.

Pasado el invierno con la alborada de la benigna estación nacen para los primeros viajeros nuevos peligros. Con el calor del día el agua que se forma sobre la superficie de las nieves se lanza con estruendo cuesta abajo, formando, a través de las rocas y de los precipicios por donde se despeña, peligrosísimos torrentes.

Con los fríos de la noche cesa la licuación de la nieve, acuden las heladas, y con ellas, en la siguiente madrugada, encuentra el viajero en lugar de la fofa nieve que pisaba el día anterior, una costra de hielo endurecido que, por lo resbalosa, soporta, sin romperse, el peso del caballo, o no le permite asegurar la uña, o le derriba al suelo; y si por el contrario no le soporta, a cada rato le hunde en la nieve hasta los pechos,

Pero todos estos contratiempos serían tortas y pan pintado para el viajero, si no tuviese que pasar laderas inclinadas con hondos precipicios por remate. El nombre solo que muchos de estos pasos llevan, indica lo que son. Llámánlos los huasos ¡Imposibles! Por esto dijo con tanto chiste como razón, un ingeniero español, hablando de ellos:—«Sólo el diablo habrá podido pasar por aquí siendo joven, porque ahora juro que no lo haría!»

Con todo, a fuerza de constancia y de fatigas, vencimos la cumbre, habiendo dejado en la demanda dos de

nuestros caballos, pero sin que esto nos desanimase, porque no apurando mucho a los dos que nos quedaban, podíamos con ellos alcanzar las primeras habitaciones chilenas que existen en el camino cordillerano de Elqui.

Seguimos, pues, cuesta abajo el rumbo que conduce a la Laguna, luchando con las nieves del fondo de una quebrada, cuyas alturas ostentaban por entre la blanca sábana que las cubría, las rocas de sus negros crestones, hasta que acosados por el frío, el hambre y el cansancio, dimos a inmediaciones de la Laguna con una de las muchas cuevas o cavernas que exentas de nieves, suele la piadosa naturaleza poner en los Andes al alcance del viajero.

En uno de los rincones de aquel obscuro retrete, cuya entrada defendía de la acción del viento rústica pirca, encontramos, con la más grata sorpresa, el único tesoro que podía entonces salvarnos: un pequeño acopio de huano de caballo, precioso e impagable combustible que el viajero andino recoge siempre, y siempre economiza para que pueda servir al que le sigue por el mismo camino. Allí tomé, lo que llamaba mi buen Campos, café, que no es otra cosa que un cacho de agua caliente con un puñado de tierra adentro, y que se bebe en cuanto ésta se asienta. Esta bebida, que para los de fuera puede tener el nombre que quisieren darle, no es para despreciada en las alturas cordilleranas, sobre todo cuando se padecen afecciones asmáticas. No sé si los pulmones necesitan o nó aspirar un aire menos purificado que aquel que se aspira en las supremas alturas, ni si la tierra,

trabajada por el agua hirviendo, dota al aire que se aspira al beber de aquellos fluidos térreos de que el aire rarificado carece; lo cierto es que mi fatigada respiración volvió a su estado natural, y que mediante semejante café y un pedazo de charqui a medio calentar, dormí aquella noche como un lirón.

Hacía rato, al siguiente día, que la manta del pobre, como llamaba mi sirviente al sol, se encontraba extendida sobre la deslumbradora superficie de aquella Siberia donde nos encontrábamos, cuando, terminado el último sorbo de mi matinal cachada de café, nos pusimos en marcha en busca del cajón del río Turbio, que comienza del otro lado de la Laguna. Caminamos un rato con cautela contemplando nuestras descomidas cabalgaduras, entre la recia cordillera de Doña Rosa, que dejamos a la espalda, y la escarpada de Doña Ana, que parecía cerrarnos el paso por el lado del norte. Como entre estos dos poderosos macizos se encuentra el altísimo depósito de aguas que sin otro nombre que el de La Laguna constituye una de las principales fuentes del río Elqui, fué preciso aventurarnos por una de las peligrosas laderas de su escarpada margen para entrar en un hondo cajón que debía conducirnos a poblado.

Entre esta laguna congelada, cuyo diámetro no me pareció medir arriba de un kilómetro en su mayor anchura, y la inclinada altura por donde debíamos pasar, existía entonces un Imposible que, aunque corto, lo era y en sumo grado. La idea de que el menor accidente podía lanzarnos desde aquella altura al fondo de tan aterrador abismo, me hizo desde luego estremecer. Volver sobre

nuestros pasos era imposible; proseguir, lo parecía también; mas, como entre la seguridad de perecer de hambre y petrificado por los hielos, o la dudosa de perecer despeñado, no hubiese que titubear, a la mano de Dios, dijimos y picamos los caballos.

Sujeto el resuello, como sucede siempre en estos lances y fija la vista donde ponían los inseguros pasos nuestras cabalgaduras, que a cada momento resbalaban, íbamos ya venciendo aquel peligro, cuando la mula de carga, impulsada por el vaivén de una violenta caída, sin ser parte a animarla nuestros gritos, se fué por el resbaladero cuesta abajo, al mismo tiempo que turbado mi caballo por alguna imprudente sofrenada, hija de aquella deplorable escena, cayó también de costado, y arrojando lejos al jinete, siguió el forzoso rumbo que condujo al precipicio a su desventurada compañera! Un instante después dos inolvidables estruendos nos anunciaron que ya no volveríamos a ver más a aquellos dóciles y generosos brutos que hasta entonces nos habían acompañado. Aturdido con el golpe, atravesada el alma y presa de un vértigo que no puedo expresar, debí luego a la serenidad de Campos mi salvación. Este fiel compañero, corriendo serio peligro, porque los malos pasos se andan mejor a caballo que a pie en las cordilleras, me alzó solícito del suelo, me serenó y un momento después a fuerza de brazos y clavando en el resbaladizo suelo nuestros puñales para asirnos de ellos, logramos transponer el Imposible.

Quedábanos, pues, por todo equipaje lo encapillado, el caballo y la montura de Campos, y por todo alimento un cuarto de guanaco que yo había cazado dos días antes y

que por fortuna no había corrido la suerte de lo demás.

Según los cálculos de mi buen compañero, teníamos aún que caminar como diez leguas hasta llegar a Filo, que era la posesión habitada más cercana a nosotros en aquella sierra.

Pero no quiero cansar ni cansarme yo refiriendo vulgares padecimientos de viajes. Estoy por el laconismo de la Monja Alférez cuando refirió en cuatro renglones la brava historia de su brava vida.

Caminé a pie, dormí entre rocas, trepé cerros, descendí laderas, sufrí fríos, aguanté el cansancio, me mantuve tres días con sólo una cachada de sangre caliente del pobre caballo que nos quedaba, y si no hubiese sido por la robustez de Campos, quien me dejó atrás para adelantarse a buscar socorro, y por el humano proceder del señor Sagüez, que acudió a salvarme, es seguro que entre el río Turbio, invadible para un hombre debilitado, y las rocas de su margen al sur del torrente de los Piuquenes, se hubiese encontrado algún tiempo después, junto con un esqueleto humano, una cartera lacre que aún conservo, y en la cual se encuentra escrito con lápiz mi temprano epitafio.

Doctor Nicolás Palacios (1854-1911): Sirvió de cirujano en la guerra del Perú, y viajó después por varios países de Europa estudiando en las bibliotecas y museos los problemas étnicos que tanto lo interesaban y que iba a tratar después de un modo revolucionario en su famoso libro *Raza Chilena*.

En los últimos tiempos estuvo largos años como médi-

co de algunas oficinas salitreras en donde conoció a fondo la vida esclavizada y el esfuerzo indomable de los trabajadores chilenos, para quienes fué un verdadero padre que dedicó a su ayuda y mejoramiento cuanto ganó con su profesión.

Su libro *Raza Chilena* escrito con el modesto seudónimo de *Un Chileno*, en el que estudia los caracteres étnicos de nuestro pueblo y las buenas y malas cualidades que le pertenecen, ha sido traducido a varios idiomas, alabado y maltratado por eminencias de Europa y América en cuanto a las teorías que expone, pero unánimemente elogiado como un verdadero monumento de nuestra literatura nacional.

RASGO DOMINANTE DE LA SICOLOGÍA DEL MESTIZO

Rapidez con que nacía la segunda generación

Desde que estuvieron en estado de cargar armas, los hombres de la naciente raza se enrolaron en el ejército, a cuyas honrosas filas los impulsaban las dos naturalezas que unió el destino para formar la suya. Las aptitudes militares del roto chileno fueron unánimemente reconocidas desde que apareció en la escena del mundo. Uno de los cronistas de aquel tiempo, que escribió con el propósito deliberado de denigrar a los araucanos y a sus mestizos, González de Nágera, no puede menos de reconocer esa cualidad del roto primitivo tan evidente para todos los lectores de su escrito.

Dice: Los mestizos de Chile entre sus naturales defec-

tos tienen una cosa buena que es ser por excelencia buenos soldados (en lo cual aventajan a todos los demás mestizos de las Indias, así también como los niños indios a los demás en ser belicosos).

Este autor conoció y mandó a los mestizos de la segunda generación nacidos después de 1570.

Esta segunda generación nacía en tanta abundancia como la primera y como las que siguieron, pues los hábitos de los conquistadores no se modificaron hasta mucho después, y en cambio los mestizos seguían las costumbres de sus padres.

Pero es conveniente recordar siempre que esa rapidez con que se estableció la amplia base de nuestra raza no tiene comparación en la historia de ningún pueblo.

Un hecho como prueba de los muchos que recuerdan las crónicas: En Chillán, recién fundada por Ruiz de Gamboa en 1580 había una guarnición de 210 hombres, 50 de los cuales estaban recién llegados de España. El número de mujeres que acompañaban a esos hombres debía de ser muy crecido, pues que el cronista Mariño de Lobera, capitán de ejército en esa misma fecha, refiere que hubo semana en que nacieron 60 niños.

Es la primera fe de bautismo del roto chillanejo.

Habiendo cesado desde tres o cuatro generaciones atrás la afluencia de las sangres primordiales, son sólo los mestizos entre sí los únicos que han continuado reproduciéndose, de modo que el mestizo equilibrado, el prototipo de la raza, que describiré más adelante, es cada vez más numeroso hasta formar a la fecha, según mis cálculos, el 70% de la población del país. Dos o tres ge-

neraciones más y Chile podrá contar con una de las razas más uniformes del mundo entero.

Para ello es necesario que estos conocimientos se difundan entre los que dirigen el porvenir del país y que les den la trascendental importancia que encierran.

Principales condiciones biológicas y psicológicas que favorecieron la uniformidad y la estabilidad de nuestra raza.

Cuatro principales son las afortunadas condiciones que han hecho posible el caso feliz para nuestra patria y tan raro en la historia de las razas humanas de la formación de una raza mestiza permanente.

La primera es la que acabamos de analizar: el que el número de los elementos componentes haya estado reducido al *mínimum*, esto es a sólo dos, hasta que la raza era ya numerosa, lo que ha hecho relativamente fácil hallar la proporción en que el poder vital de los elementos étnicos conjugados se equilibran.

La segunda es que dichos elementos poseyeran sicologías semejantes, lo cual ha impedido que el proceso llamado por el sociólogo Laponge *selección social* tendiera a la separación de las naturalezas originales.

La tercera, que cada una de las razas aportara durante todo el tiempo que duró el mestizaje un solo elemento sexual, lo que ha contribuído grandemente a la rápida uniformación del ser intermediario.

La cuarta, que las dos razas primitivas fueran lo que se llaman razas puras, esto es, que poseyeran cualidades

estables y fijas desde gran número de generaciones anteriores.

Debo también recordar que nunca hubo en Chile esclavos negros empleados en las faenas agrícolas o mineras. Los escasos africanos que fueron traídos al país quedaron en las ciudades de caleseros o domésticos en las casas ricas. Sólo los jesuitas, poco antes de su expulsión, habían empezado a traer negros para ocuparlos en el campo. Cuando se decretó su salida del país, se encontraron en sus numerosas haciendas algunos centenares de esclavos de esa raza, los que fueron vendidos en el extranjero por cuenta del Real Tesoro.

José Zapiola (1802-1885): Después que salió de la escuela pública, por carecer de medios de fortuna no pudo seguir ninguna carrera. No tuvo más instrucción, puede decirse, que la lectura de buenos libros a que fué muy aficionado.

Era un músico notable. Es el autor del himno de Yungay, cuya letra es de don R. Rengifo.

Su obra *Recuerdos de treinta años*, escrita en su vejez, es un libro agradable en que pinta con animación algunas escenas, retrata personajes que actuaron en su tiempo, y hace apreciaciones interesantes, a veces muy vivas, sobre sucesos políticos y sociales.

Daniel Riquelme: Nació en 1857. Reportero de diversos diarios en su juventud, periodista de fuste más tarde; director y editor, en seguida, de algunas publicaciones importantes, autor de sabrosos cuentos y de divertidos

estudios de costumbres que firmaba con el seudónimo de Inocencio Conchalí, Daniel Riquelme ha dejado la fama de uno de los escritores más chispeantes, ingeniosos y de más carácter nacional que ha habido en Chile en los últimos años del siglo XIX.

Sus *Chascarrillos Militares* editados más tarde con algunos agregados con el título de *Bajo la Tienda*, corrieron por todo el país después de la guerra del Pacífico en que el autor tomó parte.

Riquelme murió en Suiza en 1912.

Carlos Luis Hübner: Nació en 1866. Calaboró en *La Epoca*, *La Tarde* y *El Diario*. Fué director del Antiguo Ateneo de Santiago, Secretario y Encargado de Negocios en el Brasil, y después Secretario de la Legación del Perú. Era un charlador ameno y ocurrente. Escribió dramas, artículos de crítica literaria y social y revistas. La colección de sus artículos se ha publicado bajo el título de *Charlas*. Murió en 1911.

Jorge Huneeus Z.: (1835-1889). Además de haber sido diputado en varios períodos, en los cuales se hizo notar por su dicción elegante y pintoresca, el señor Huneeus fué catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad de Chile y Rector de la corporación.

Como profesor ha dejado una obra titulada *La Constitución ante el Congreso*, que ha sido por muchos años el mejor texto de enseñanza sobre la materia, para profesores y alumnos.

Valentín Letelier: Nació en Linares en 1852. Profesor de Derecho Administrativo en la Universidad de Chile, aplicó en su clase los principios científicos modernos a la enseñanza del Derecho. Su cátedra fué durante muchos años una escuela fecunda de doctrinas y de ejemplos que influyó poderosamente en la orientación liberal de la juventud universitaria. Después de haber desempeñado la dirección de la Universidad, se retiró a la vida privada para dedicarse exclusivamente a la redacción de algunos de sus libros de filosofía y derecho.

Sus obras más importantes son: *La evolución de la historia, Filosofía de la educación, Génesis del Estado y Génesis de Derecho*.

Murió en 1919.

ORADORES

En Chile se han cultivado todas las clases de oratoria.

Entre los oradores políticos o parlamentarios han sobresalido don M. A. Tocornal, don Antonio García Reyes, don J. V. Lastarria, don Isidoro Errázuriz, don Eulogio Altamirano, don Ambrosio Montt, don Carlos Walker Martínez, don J. M. Balmaceda, don Julio Zegers y don Enrique Mac-Iver.

Entre los oradores académicos ocupan un lugar prefe-

rente don Juan Ag. Barriga y don Augusto Orrego Luco, y entre los forenses, don Marcial Martínez.

Los principales representantes de la oratoria sagrada son: Don Rafael Valentín Valdivieso, don Joaquín Larraín Gandarillas, don José Hipólito Salas, don Francisco de P. Taforó, don Esteban Muñoz Donoso, don Mariano Casanova, don Ramón Angel Jara y don Rodolfo Vergara Antúnez.

Las características de estos oradores han sido, salvo algunas excepciones, la sobriedad en el uso de las figuras, la precisión en el empleo de los términos, y cierta serenidad y elevación del tono.

Isidoro Errázuriz: Nació en 1835. Completó su educación en los Estados Unidos y Alemania y trajo de este último país su título de doctor. Se estrenó como periodista en *El Ferrocarril*. Por sus opiniones políticas fué desterrado a Mendoza en 1859. Vuelto a la patria, fué en 1862 uno de los redactores principales de *La Voz de Chile*. Fundó después en Valparaíso el diario *La Patria*. Fué diputado en diversos períodos y desempeñó en la revolución de 1891 un papel importante.

En Errázuriz hay tres personalidades: el orador, el periodista y el poeta.

Hablaremos solamente de las dos primeras, porque sus trabajos poéticos, aunque llenos de entusiasmo juvenil y salpicados de chispazos líricos, tienen escaso valor.

En donde se destaca la vigorosa personalidad de Errázuriz es en la oratoria y en el periodismo.

No ha vuelto ni seguramente volverá a oír la Cámara

dicción más sonora y vibrante, arranques más impetuosos y períodos más emocionantes en que estallaban a la vez relámpagos de cólera y de indignación o latigazos de ironía y de sarcasmo.

Sin prodigarse, fué el campeón de batalla de su partido en lo más altos debates de aquella época, desde la separación de la Iglesia y el Estado hasta la revolución de 1891.

Pero en donde aparecía su figura en la plenitud de su fuerza oratoria era en los comicios populares; por eso sus discursos han dejado una huella legendaria en nuestro pueblo.

Si como orador fué por mucho tiempo la primera figura de nuestro parlamento y de la tribuna popular, como periodista ha ocupado también el puesto de vanguardia que supo mantener durante toda su vida agitada y turbulenta,

Su talento periodístico corría parejas con su oratoria. Razón tiene don Jorge Huneeus Gana al decir que sus escritos se parecen a sus discursos y que sus discursos son dignos de sus escritos, porque Errázuriz era tan elocuente y arrebatador con la pluma como con la palabra.

Don Isidoro Errázuriz falleció en Río Janeiro en 1898 mientras desempeñaba el puesto de Ministro de Chile en la República del Brasil.

DISCURSOS PARLAMENTARIOS

.....
Una nación que se respeta no puede tampoco celebrar

pactos con gobiernos como los que actualmente se disputan el predominio en el Perú. Chile debe esperar que se forme allí un gobierno serio, un gobierno que represente la civilización y el respeto a la propiedad de las colonias extranjeras, un gobierno en fin organizado sobre bases sólidas.

Si Chile entrase en negociaciones con el gobierno de García Calderón, ellas traerían indudablemente por consecuencia inmediata el abandono por nuestra parte de Lima y el Callao, pues nuestra permanencia en esos puntos sería un insulto para el Perú. Pues bien: una vez firmada la paz ¿qué sucedería en ellos? Que se renovarían las sangrientas escenas que tuvieron lugar en la noche del 15 de Enero; desaparecería la vida de un gran número de hombres, mujeres y niños peruanos, como también la de muchos extranjeros que durante los últimos seis meses transcurridos se han acostumbrado a respirar tranquilos bajo el amparo y protección del pabellón chileno. Y entonces, al orden relativo del presente sucedería la barbarie y el diluvio negro de ruina y de sangre, y se alzarían mil voces para acusarnos por tan funestos sucesos.

No sería prudente bajo ningún concepto que fuésemos a tratar con un gobierno como el de García Calderón que no se extiende más allá de Chorrillos y de la Magdalena; al entrar en negociaciones con él, Chile se haría reo, de una superchería que principiando en comedia llegaría a ser drama sangriento.

Chile debe, pues, esperar que se forme allí un gobierno serio, y para llegar ahí es necesario organizar primero el Perú. —¿Podría Chile declararse impotente para rea-

lizar esa empresa?—En mi concepto, puede y debe hacerlo.

No se puede impunemente recoger una herencia de tres siglos de miseria y de podredumbres amontonadas con todos los excesos a que puede entregarse un pueblo. Una nación seria y bien organizada como Chile, no puede echar sobre sus hombros la carga de dar vida a un cadáver pútrido, sin experimentar profunda repugnancia.

Para gobernar el Perú en el estado de desmoralización completa a que ha llegado, se necesita hacer esfuerzos sobrehumanos, tomarse un trabajo onerosísimo. Pero yo me permito preguntar; ¿de cuándo acá es lícito huir del cumplimiento del deber so pretexto de que nos impone grandes dificultades?—Era difícil que un pueblo como el nuestro, que había reducido hasta donde le fué posible sus presupuestos de guerra, entrase en lucha con dos naciones organizadas militarmente; era difícil que un país que durante cuarenta años había gozado de la paz más absoluta, pudiera hacer con éxito una guerra de colosales proporciones; era difícil que nuestros soldados bisoños, como que sólo habían tomado las armas el día del gran conflicto, pudiesen atravesar los desiertos, arrosar las intemperies de climas mortíferos y escalar alturas que jamás habían sido holladas por la planta del hombre, con el objeto de reparar la ofensa hecha al honor nacional; era difícil entrar al corazón de dos países enemigos que se habían complotado en silencio para mancillar el puro nombre de nuestra patria.

Todo eso era difícil. Pero yo pregunto: ¿hubo entonces alguna corriente que se pronunciase en sentido contra-

rio? ¿Hubo alguien que opinase que Chile renunciara a tamaña empresa porque no estaba preparado?

Señor, en circunstancias como éstas es cuando se revelan los pueblos y manifiestan lo que valen. Los pueblos que no tienen idea del gran papel que les corresponde desempeñar en la humanidad, se desentienden de las ofensas y las devoran en cobarde silencio; pero los pueblos que algo valen no rehuyen jamás el sacrificio que les exigen su honra y su deber. Toda nación que se distingue entre sus vecinos por su organización, por su energía, por su fuerza, está condenada tarde o temprano a tener trabajos de Hércules y obligada a desempeñar su elevada misión con valor y decisión. Chile ha tenido trabajos de esta clase cuando apenas salía de la cuna, y los supo llenar debidamente.

En nombre del cumplimiento de un deber indeclinable corresponde al país la ocupación de Lima, del Callao y de toda la parte del territorio que sea indispensable para emprender la reorganización de aquel país hasta ponerlo en estado de darse un gobierno propio, fundado en bases sólidas, que tenga las condiciones de seriedad y respetabilidad debidas para ser capaz de celebrar una paz estable y en los términos que Chile tiene derecho de imponer y debe imponer para su seguridad y tranquilidad futuras.

Difícil es la tarea, sin duda, larga y fastidiosa tal vez, pero imprescindible y urgente. Hay algo superior a esas dificultades, algo que se impone con fuerza irresistible en las conciencias honradas, y es el cumplimiento del deber. Y nuestro deber es llenar la misión que nos ha

cabido en suerte, mientras nos quede un hombre, un escudo, una gota de sangre; nuestro deber es llevar a debido término la obra de reparación y de castigo en que estamos empeñados; nuestro deber es sacar todo el fruto del sacrificio de sus vidas que en aras de los futuros destinos de su patria hicieron diez mil de nuestros conciudadanos. Traicionaríamos nuestro deber si fuéramos en una hora de incertidumbre y vacilación a rendirnos ante la inercia de un enemigo inerme, impotente, incapaz de regenerarse y de reorganizarse por sí mismo. Nuestro deber es conquistar para el futuro de Chile una paz estable, basada en el respeto del enemigo; nuestro deber es sacar de la guerra todas las ventajas materiales y morales a que nos dá derecho la sangre heroica y abundantemente vertida por nuestros soldados.

Presentada así la cuestión, la tarea se impone a Chile por un lado difícil y penoso, pero por otro lado simpática y atrayente. Emprendiéndola Chile con entereza y resolución, no sólo hace su negocio, sino que hace simpático su triunfo y se muestra digno de alcanzarlo. La tarea tiene un lado digno de sus altos destinos: el de levantar a su enemigo histórico, regenerarlo y constituirlo en una nación seria, apta para las luchas del trabajo, de la industria en la paz y el progreso. No se diga que solamente sabemos vencer por la fuerza de las armas en los campos de batalla. Es menester que todos sepan que en cuarenta años de paz, de vida libre y de instituciones republicanas, no sólo hemos aprendido a gobernarnos a nosotros mismos, sino también a gobernar a los enemigos

turbulentos y desorganizados que hemos rendido a nuestras plantas.

Ambrosio Montt: (1830-1899). Fué el más artista de los oradores políticos y uno de los más finos periodistas de su época. Fuera de sus discursos y artículos de prensa es autor de las *Cartas a José Victorino Lastarria* y de un folleto: *El Gobierno y la Revolución*.

Eulogio Altamirano: (1836-1905). Después de haber desempeñado algunos cargos judiciales, entró en la política y fué diputado, senador y ministro de Estado.

No es arrebatado y vehemente como Errázuriz. Su palabra fluye armoniosa y serena en amplios períodos, llenos de solemne majestad. El señor Huneeus lo llama el pontífice de nuestra elocuencia parlamentaria.

José Manuel Balmaceda: (1838-1891). Nació en Santiago y se educó en el Seminario. Después de una brillante actuación política, fué elegido Presidente de la República. No terminó su período: fué derribado por la Revolución de 1891 y en vez de refugiarse en el extranjero se suicidó en la Legación de Estados Unidos.

Balmaceda se estrenó en el Club de la Reforma. Su oratoria era exuberante y nerviosa.

Julio Zegers: (1833-1918). Fué a la vez que un periodista culto y elegante que manejaba admirablemente la sátira y la ironía, un orador parlamentario que llevó a la tribuna sus altas dotes literarias y periodísticas.

Carlos Walker Martínez: Tratado ya como autor dramático y poeta, fué un orador violento y fogoso de palabra abundante, pero desordenada.

Marcial Martínez: (1831-1918). Fué uno de nuestros más reputados oradores forenses.

Enrique Mac-Iver (1845-1922): Nació en Constitución. Después de recibirse de abogado entró a la Cámara en 1876 en representación del departamento en que naciera. Fué Senador desde 1902, Ministro de Estado en diversas ocasiones y desempeñó en el extranjero comisiones de honor y de confianza. Era Académico de la Facultad de Leyes y miembro de la Academia Chilena correspondiente de la Real Española. Abogado de gran clientela, jurisconsulto de nota, brillante orador, hombre de gran ilustración, Mac-Iver ha sido una de las más notables figuras intelectuales chilenas de los últimos tiempos.

Durante muchos años mantuvo el cetro de la oratoria en nuestro parlamento. Por su palabra armoniosa, su frase correcta y su expresión tranquila, que sólo cobraba vida en las grandes ocasiones, sin caer jamás en la diatriba ni el insulto, sus discursos eran recibidos por la Cámara y por el Senado con el respeto que han despertado siempre los acentos de los patriotas sinceros y de los hombres justos que, despreciando la popularidad y el medro personal, exponen con altura y con serenidad los males que aquejan el país y sus remedios.

NAVEGACIÓN DE CABOTAJE

Yo no necesito encarecer ante la Cámara la importancia que tiene la marina para Chile. Debe ser la primera de sus industrias de transporte y el elemento más poderoso del desarrollo de las demás, grandes y pequeñas; auxiliar de la minería y de la agricultura, y creadora, en cuanto nuestro estado lo permite de la manufacturera. El aprovechamiento de la incalculable riqueza de nuestros propios mares, sólo podremos hacerlo cuando tengamos una marina nacional.

La marina mercante es la base de la marina de guerra, pues sólo por medio de aquella se robustecerá lo que llamaré el espíritu marítimo en nuestro pueblo, y se obtendrá el personal idóneo que esa necesita; y la marina de guerra es la garantía de nuestra seguridad exterior y también de la expansión del Comercio de Chile en el Pacífico y en otras costas.

O'Higgins vinculaba la independencia de la América del Sur a los gloriosos barcos que formaron nuestra primera escuadra nacional; con igual verdad se puede hoy vincular, si no la independencia, si la tranquilidad internacional, el prestigio y el crecimiento mercantil de Chile, a su marina de guerra.

Desacordado fuera intentar la formación de una marina, si los elementos para ello no existieran en el país. Se haría un sacrificio costoso para un objeto imposible. Pero los elementos existen, desde la buena y abundante madera, y el hierro, y el cáñamo, y otras materias, hasta el

hombre con inclinaciones y aptitudes para el mar. No hay exageración alguna en decir que el chileno es uno de los primeros marineros del mundo.

No hace aún muchos años y en época en que tuvo la marina favores en la legislación, nuestro pabellón surcaba todos los mares, desde las costas de la China y de la India hasta las de Europa y las Antillas, y bajo él se hacía un tráfico lucrativo para el país.

Las construcciones navales no eran escasas ni pobres. De astilleros chilenos provenían barcos que han cruzado por todas las latitudes, y que llamaban la atención por sus calidades marineras y aún por su hermosa arquitectura.

Esto demuestra que no se persigue una utopía en la formación de una poderosa marina chilena, sino una idea realizable; y agregaré, fácilmente realizable, pues sin grandes esfuerzos había comenzado ya a ser un hecho manifiesto.

Al acta famosa de Cromwel se atribuye la creación de la marina mercante inglesa; y a la marina mercante, la creación de la marina de guerra; y una y otra han sido los brazos con que la Inglaterra ha recogido las riquezas del orbe y los fundamentos de su progreso y gigantesco engrandecimiento.

Nuestro porvenir está en el mar; y cuantos sacrificios hagamos por conquistarlo, serán pequeños delante de la magnitud de los resultados. Si, como en los antiguos siglos, hablara el oráculo, creo que diría a los chilenos, como dijo a los atenienses, que su defensa está detrás de

murallas de madera, y les diría también que su riqueza y su grandeza están sobre las olas.

Alguna vez, lo espero, el legislador estudiando las condiciones generales del país y su situación con respecto a los demás, y tendiendo la mirada hacia adelante, ha de pensar que no es mera hija de la fantasía sino clara visión del patriotismo, la idea rítmicamente expuesta en nuestro himno, de que el mar que baña nuestras costas es ofrenda de la naturaleza que promete a Chile futuro esplendor.

Rafael Valentín Valdivieso: Nació en Santiago en 1804. Se recibió de abogado muy joven, desempeñó algunos cargos judiciales y fué miembro de la Cámara de Diputados, en donde se hizo notar por su amor a la justicia y por su independencia de carácter. En 1834 se ordenó de sacerdote y después de habersele ofrecido los obispados de Ancud y La Serena que él no aceptó, fué designado miembro de la Facultad de Teología de la Universidad de Chile, más tarde decano y en 1848, consagrado arzobispo de Santiago. Murió en 1878.

Sobresale entre sus discursos *La Oración Fúnebre* a la muerte de don Diego Portales.

José Hipólito Salas: Nació en 1812 en El Olivar, departamento de Caupolicán. Fué secretario del arzobispado, profesor del Instituto Nacional, decano de la Facultad de Teología y obispo de Concepción, en donde murió en 1883.

Ha sido el orador de mayor importancia del clero chileno y su fama traspasó las fronteras del país. En el

tomo de la Biblioteca de Escritores Chilenos *Los Oradores Sagrados*, preparado por el señor M. A. Román, hay un honroso juicio sobre el obispo Salas, y tres oraciones fúnebres y un panegírico que en él se insertan, demuestran la justeza de esta opinión.

Francisco de Paula Taforó: Nació en Valparaíso en 1817. Después de haber sido profesor del Seminario de La Serena, miembro de la Facultad de Teología, diputado y consejero de Estado, murió en Santiago en 1889, siendo arcediano de la Catedral.

Descuella entre sus discursos la *Oración Fúnebre* a la muerte de don Andrés Bello.

Esteban Muñoz Donoso: (1844-1906). Fué periodista y poeta. Autor del poema épico *La Colombia*. Es uno de los oradores sagrados más notables. Se recuerda su hermosa *Oración Fúnebre* de los héroes de Iquique.

ORACIÓN FÚNEBRE

De los héroes de Iquique

Señores: yo no sé si cantar o llorar!... Este fúnebre aparato, el dolor que se pinta en vuestros semblantes, el luto de tantos hogares, arrancan lágrimas al corazón; pero los ecos del vivo entusiasmo que aún resuenan hasta en los confines de la República, la luz de inmensa gloria con que brilla la imagen querida de mi patria, ponen en los labios del alma himnos de admiración y de júbilo.

Ah! esas nobles vidas segadas en flor, esas madres desoladas, tantas esposas sumergidas en llanto, tantos huérfanos que preguntan por sus padres, en medio de la alegría universal, me obligan, sí, me obligan a llorar... Pero esos jóvenes que de un solo golpe se han ceñido la difícil corona de los héroes; esa espléndida victoria, inaudita en los anales de la guerra; ese heroísmo sublime, así en los que sucumben en brazos de la gloria, como en los que, uno contra ciento y en frágil tabla, vengan a sus hermanos, estrellando contra las rocas y pulverizando con valor indomable una poderosa y acerada nave, me obligan a cantar la belleza del heroísmo y las inmortales hazañas que inspira el amor santo de la patria!

¡Oh, señores, sí, cantemos y lloremos! Cantemos a los héroes, lloremos a nuestros hermanos; y, ya que no nos es dado hacerlo sobre su lejana tumba, corran nuestras lágrimas de gratitud ante los altares de Dios; sean ellas, en parte, la expiación y el sufragio que atraigan la misericordia divina sobre las almas de esos muertos queridos!

Al expresar, señores, nuestro duelo por la pérdida de los héroes de Iquique, y cuando aún estamos en el comienzo de la tremenda guerra a que nos han arrastrado los enemigos, debe ser varonil nuestro dolor y nuestras lágrimas ardientes, de modo que enciendan más y más en los corazones el fuego del amor patrio. En tales circunstancias, el elogio fúnebre de los que caen, como cayeron en Iquique esos ínclitos chilenos, debe ser un canto al heroísmo.

Yo leo en el más sublime de los profetas estas palabras de esperanza y de vida: «Tus muertos vivirán... desper-

taos y cantad vosotros los que habitáis en el polvo del sepulcro; porque tu rocío, Señor, es rocío de luz». Aunque ellas en su literal sentido, se refieran a la resurrección de los justos, podemos aplicarlas en sentido moral a la inmortalidad que se han conquistado nuestros héroes de Iquique. Veamos cómo ellos se han glorificado y han glorificado a su patria.

Y tú, Señor, Dios de los ejércitos, que amas a los héroes, tú que encendiste en el corazón del hombre la llama celestial del heroísmo para que lo guiase y lo inflamara en defensa de la patria y en defensa de la justicia, pon en mis labios palabras de verdad y de admiración, palabras de consuelo y de esperanza.

Mariano Casanova: (1833-1908). Arzobispo de Santiago. Considerado como el más literato de los oradores sagrados, de palabra florida y llena de emoción.

DISCURSO SOBRE LA MÚSICA SAGRADA

Viniendo ahora al asunto principal, empezaré por declararos que, aun cuando reconozco mi ignorancia en el noble arte de la música, encuentro en mi alma amor a esa melodía que se siente en toda la creación: en el aire, en el mar, en el bosque, en las aves, en el movimiento, en todo sonido, como nota sublime de un lejano concierto; música misteriosa que eleva y que conmueve nuestro corazón, aún cuando no sea fácil definirla.

Algo ha de haber innato en este sublime sentimiento. Shakespeare ha dicho que «quien no siente esa música

interior, tiene alma de salvaje». Mas, sería el caso de recordar al célebre poeta inglés que los indígenas de Paraguay, fueron atraídos a la civilización por las armonías de la música con que los Jesuítas hacían resonar sus bosques o alegraban las riberas de sus ríos.

En todo ser creado aquel sentimiento aparece como principio constituyente, pues gobierna Dios el mundo por la armonía. Los siglos, dice San Agustín, pasan delante de Dios, como un grato concierto que nos había de producir éxtasis, si pudiéramos oírlo.

Entre estos sonidos o ritmos musicales, hay unos que elevan nuestra alma y otros que halagan los sentidos; unos que llevan a Dios y a la virtud, y otros que exitan las pasiones.

En la naturaleza de las cosas está basada la diferencia entre la música sagrada y la profana. Ante todo, estableceremos con el Padre San León, que en el mundo toda cosa visible puede tener una misión sobrenatural y puede, por lo tanto, revelarnos la inteligencia y el amor de las cosas invisibles. La música, que para los espíritus superficiales es un arte profano, oculta profundos y sublimes misterios, agrega el Doctor Angélico. Por esto la música ha tenido parte en todos los siglos en las fiestas religiosas, en la antigüedad y en el cristianismo.

Así debe ser, porque ella es una de las más dulces expresiones de la idea religiosa, como de lo verdadero y de lo bello. Los paganos sentían tanta veneración hacia este arte, que Quintiliano colocaba en igual categoría «a los músicos, a los poetas y a los sabios».

Entusiasmado San Agustín, proclamaba que la música

era un gran beneficio del cielo para enseñarnos cosas grandes. Desde luego parece ser la voz natural de la creación. La naturaleza es un concierto permanente, concierto que el corazón del hombre celebra y que el músico y el poeta interpretan con primor. La música es, pues, el lenguaje inarticulado del universo, un sonido que nada tiene de material, grito sublime de la naturaleza a su Criador, expresión viva y mesurada de los más delicados sentimientos del alma. Según un antiguo y piadoso autor, «es la lengua de los ángeles»; y según otro, «el idioma que hablaba el hombre antes de su pecado, lenguaje que volverá a hablar en el cielo». «Amamos de tal modo el canto, dice San Juan Crisóstomo, que los niños, cuando lloran, se calman al instante que oyen una voz armoniosa, lo que bien saben las nodrizas, y por esto emplean esta ingeniosa extratagema. La misma influencia se nota en los animales privados de razón, y los conductores cantan para suavizar las fatigas de sus corceles. El cultivador, el que recoge la uva en tiempo de la vendimia, todo el que trabaja, ama el canto. El marino acompaña con su voz las cadencias del remo, y las mujeres gustan que el armonioso concierto de su voz acompañe al movimiento de sus manos cuando trabajan».

¿De donde proviene esta ley general? Es que el alma sabe por un misterioso instinto que la música lo suaviza todo y que el trabajo llegará a ser más fácil con su auxilio. Así, viendo la Iglesia que este amor a la música estaba en el fondo mismo de nuestras entrañas; y queriendo detener el mal efecto de la música peligrosa, ha introducido los cánticos sagrados a fin de que el alma en-

cuentre reunidos en ellos el placer y la utilidad. Parece que la religión conociendo íntimamente nuestra naturaleza, espiara nuestras inclinaciones para darles una legítima satisfacción, y colocara a nuestra vista un puente para llevarnos al cielo.

«Nacida la música sagrada, como todas las virtudes cristianas, de la alianza misteriosa de la verdad y del amor, se expresa en estilo grave y severa, y se presenta como el tipo más elevado del arte. Ella obra sobre el hombre como una enseñanza; inicia su corazón en las grandes verdades morales, y, dando alas a la oración, transporta el alma a las regiones de lo infinito». (Perrin). El órgano en particular tiene algo de majestuoso, de solemne, de grave, de dulce, de suavemente melancólico, que parece darnos prisa para volar a la patria. Nuestra alma se recoge con el órgano, gime con él, ora dando gritos de dolor, ora en actitud suplicante, desaparece como un suspiro que deja la tierra. A veces llora con el Dies irae, en que cree oír la voz de la justicia y los gritos de la angustia, o bien siente agitarse todas las fibras del reconocimiento y de la alegría entonando el Te Deum, o sube al cielo para cantar con los ángeles al Dios tres veces santo.

Ramón Angel Jara: (1852-1917). Obispo de La Serena. Ha dejado la fama del más elocuente y vigoroso de los modernos oradores sagrados de Chile. Su nombre fué conocido en toda la América.

EL PERIODISMO

El movimiento literario que empezó en 1842 tuvo también su efecto sobre la prensa.

Los emigrados argentinos eran casi todos periodistas de lucha que provocaron polémicas y pusieron de actualidad diversos asuntos que se debatieron, en los diarios y revistas de esa época, con singular calor y energía.

Ya hemos dicho que la famosa polémica sostenida por Sarmiento y otros escritores argentinos, desde las columnas de *El Mercurio*, con los autores chilenos que escribían en *El Semanario* y en otras publicaciones, despertó las dormidas actividades de la juventud que se lanzó al palenque en defensa de las letras nacionales. En esa cuestión tan debatida brillaron las plumas de García Reyes, Sanfuentes, Lastarria y Jotabeche.

Ocuparon también un puesto importante en el periodismo de ese tiempo don Hermógenes de Irisarri y don Jacinto Chacón.

Entre las figuras eminentes de este período, después del movimiento de 1842, debemos mencionar a Francisco Bilbao, que publicó en *El Crepúsculo* su célebre artículo «La Sociabilidad Chilena»; a Juan N. Espejo, que recogió la herencia de Bilbao y fué uno de los fundadores del partido radical, cuyas ideas preconizaba desde las columnas de *La Voz de Chile*; y a los hermanos Manuel Antonio y Guillermo Matta.

Más adelante encontramos los nombres prestigiosos de Isidoro Errázuriz, Justo y Domingo Arteaga Alemparte y Vicente Reyes.

Errázuriz unía a su brillante verba de orador, su pluma de periodista enérgico y vibrante. Hizo sus primeras armas en *El Ferrocarril* y desde las columnas de *La Patria*, el valiente diario fundado y sostenido por él, apareció siempre como una figura sobresaliente del periodismo nacional.

De Justo Arteaga Alemparte hablaremos especialmente. Empezó a escribir en *El País*, pasó después a *El Ferrocarril*, que abandonó, según cuenta el señor Huneeus, en un arranque de altiva dignidad, y finalmente colaboró en *La Libertad* y en *Los Tiempos*. El y su hermano Domingo, el poeta, han dejado la fama de los periodistas más finos y agudos que ha tenido Chile.

Su obra *Los Constituyentes de 1870*, en que aparecen los perfiles de los miembros del Congreso chileno de su tiempo, es una de las mejores que en su género se hayan escrito en América.

Vicente Reyes tuvo igualmente una brillante actuación en la prensa de este período.

Fué colaborador y redactor de *El Ferrocarril*.

El enorme prestigio moral que rodeó su gran figura de político liberal y doctrinario, dice el señor Huneeus, ha eclipsado casi hasta el olvido su talento de escritor.

Mencionaremos también a don Manuel Blanco Cuartín, don Zorobabel Rodríguez y don Rafael Egaña, periodistas conservadores, ardorosos campeones de sus

ideas, que gozaron de gran notoriedad y que ilustraron además las letras chilenas como poetas y novelistas.

De los dos primeros haremos más adelante un corto estudio. Daremos también algunas noticias de Fanor Velasco, Máximo R. Lira, Rómulo Mandiola y Juan Rafael Allende.

No cerraremos esta breve reseña sin dedicar un recuerdo a la memoria de Marcial Cabrera Guerra, el valiente periodista de *La Ley*, el fundador de *La Vanguardia* y de otras hojas literarias que sirvieron para dar a conocer al país la juventud radical de hace 20 años.

En la plenitud de su carrera ascendente cayó este luchador, vencido como Juan Coronel, en el combate de la vida y como él, con el cerebro roto por el peso de su enorme labor, fué recogido en una de las celdas del viejo caserón de la calle de Los Olivos.

Manuel Blanco Cuartín: (1822-1890). Estudió en el Instituto Nacional; siguió después la carrera de medicina, pero por enfermedad no alcanzó a obtener su título de médico. Cultivó la poesía en su juventud, pero con poco éxito. Fué redactor de *El Mercurio* de Valparaíso, en sus artículos se manifestaba ecuaníme y tolerante.

Rómulo Mandiola: Nació en 1848. Fué redactor de *El Estandarte Católico* y de *El Independiente*, y más tarde entró a la redacción de *El Tiempo*. Escribió artículos de crítica, semblanzas de escritores y entabló interesantes polémicas periodísticas sobre asuntos sociales y políticos.

Murió en 1881 después de haber pasado una vida llena de peripecias desgraciadas que le agriaron el carácter.

Justo Arteaga Alemparte: Nació en Concepción en 1834. Era hermano de don Domingo de quien ya hemos hablado en la sección de los poetas.

Ahora hablaremos en conjunto de la labor periodística de los dos hermanos que fueron inseparables. Fundaron *La Semana* que fué una revista que, a pesar de su poca duración, ejerció una considerable influencia en las letras chilenas y que reunió en sus columnas los nombres más prestigiosos de su época.

En 1860 fué llamado don Justo a la dirección de *El Ferrocarril* en la cual estuvo hasta 1866. Se retiró este año para fundar *La Libertad*, que duró hasta 1871, y en la cual colaboró también su hermano don Domingo. En 1877 fundó el diario *Los Tiempos*.

Murió en 1882.

La obra maestra de los Arteaga Alemparte, como periodistas, es la colección de siluetas publicadas en *La Libertad* bajo el título de «Los Constituyentes de 1870».

DON ANIBAL PINTO

Los Constituyentes de 1870

I

¿Quién es el señor Pinto?

Todo lo que hasta hoy se sabe de él, es que lleva un

nombre ilustre y ocupa una alta situación social. Si ha podido llegar a la celebridad, al estrépito, formarse una elevada personalidad en las letras, en la ciencia, en la política, no ha tentado, sin embargo, ninguna de esas rudas jornadas ni nada permite sospechar siquiera que hubiese ascendido con fortuna la montaña escarpada. Su existencia ha corrido durante largos años casi ignorada.

II

Su primera aparición en la vida pública fué como secretario de la plenipotencia que el gobierno de Bulnes envió cerca del Pontífice Romano, antes que para tentar un concordato, para dar un destierro espléndido al señor Irrázaval, alto dignatario del Estado y de la popularidad en aquel entonces. Ni el embajador ni el secretario concluyeron su jornada diplomática yendo a reposar en un lecho de laureles.*

El señor Pinto volvió a Chile, donde vivió siempre alejado del movimiento político.

Fué el gobierno de 1861 quien le llamó a los negocios. Adversario linfático del gobierno anterior, al que hizo una oposición llena de prudencias, ligado por los lazos del parentesco al vencido y al vencedor de Loncomilla, a Cruz y a Bulnes, había sabido poner de su lado el prestigio y las relaciones de ambos generales.

He ahí un hombre precioso para el gobierno de 1861. Le hizo intendente de Concepción. El acontecimiento ha probado que eligió bien.

III

Aquella provincia turbulenta, que había hecho revoluciones y había hecho presidentes, es hoy la más obediente de la república. Hace penitencia, se cubre de ceniza, adora en la Iglesia y en el Estado, vota como un solo hombre por los candidatos gubernativos. En vano todo se conmueve a su alrededor. Ella permanece impasible. Reza, comercia, obedece, duerme. La ciudad cuartel ha sido barrida por la ciudad monasterio.

Su intendente, mientras tanto, lee, dormita, deja correr las horas en ese fastidio encantador para la pereza y el egoísmo que se llama la vida de provincia.

Su obispo, por su lado, hace feligreses.

Obispo e intendente se han organizado así en pocos años un pueblo esencialmente dócil.

Esto se explica. El señor Pinto, liberal por deber de nacimiento, es conservador por carácter, por temperamento, por hábito. Hay en él uno de esos hombres que andan la jornada de la vida en una somnolencia descuidada. No comprenden ni al mártir, ni al héroe, ni al sectario. Cuando simpatizan con ciertas ideas, tienen una sonrisa para sus victorias, pero no tienen ni una lágrima para sus derrotas. Aguardan muy tranquilos que lleguen para ellos días mejores. Si el egoísta de Chamfort era capaz de incendiar el mundo para asar un huevo, ellos

se guardarán muy bien de comer castañas si han de sacarlas del fuego por su propia mano.

IV

Desde que el señor Pinto es intendente de Concepción, Concepción ya no cuenta en la vida política.

Si en 1861 nos envió un mandatario independiente, el señor Claro, fué porque en aquel momento aún no había entrado en plena dominación el gobierno de 1861. En 1867 nos envió votos. En 1870 nos ha vuelto a enviar votos. Cuando allí corren vientos de agitación, son los que sopla la Iglesia contra el Estado, el obispo contra el intendente.

En las campañas electorales el intendente se deja estar, pero el hombre va y viene en la sombra. Si el gobierno de 1861 hubiera tenido catorce jefes de provincia como el señor Pinto, indudablemente hoy todavía estaría desplumando a la gallina sin que diera grandes gritos. Porque es preciso no echar en olvido que el señor Pinto ha tenido sus violencias. Los ataques más pequeños irritan su epidermis hasta tal grado que, en época de tolerancia, se permitió prisiones arbitrarias. El intendente reclamaba inmunidades de soberano. No admitía la censura de sus actos. La cosa era un poco enorme. Entonces forzó su temperamento de funcionario, que llega a donde necesita con cierta discreción felina.

V

Se acaba de llevar al señor Pinto al Senado. En 1869 se quiso encargarle la cartera de Hacienda, pero supo libertarse de la tentación ministerial.

Aunque cuenta ya seis años de vida parlamentaria, la voz del señor Pinto no se ha dejado oír en nuestra asamblea. Ha aparecido poco en la Cámara y siempre en los bancos de la mayoría. El señor Pinto no es un orador. ¿Es un administrador? Nada lo revela hasta ahora. El funcionario no ha hecho hablar más de él que el diputado. Se acepta su inteligencia y su instrucción un poco sobre la palabra de sus amigos.

Si viene al Senado, todo anuncia que seguirá la corriente de la mayoría, como en la Cámara de Diputados. Esto es cómodo y es provechoso.

VI

Para resumir al hombre político, diremos que el señor Pinto es un conservador liberal muy respetuoso con las preocupaciones fuertes y con las ideas recibidas. Jamás hará estrépito ni hará escándalo. Sabe que así se llega, y se deja llevar. Su apellido le ayuda. Sin él, quién sabe qué sería hoy el señor Pinto.— *Justo Arteaga Alemparte.*

Zorobabel Rodríguez: Nació en Quillota en 1839. Abogado, muy entendido en cuestiones gramaticales, se dedicó principalmente al periodismo. Durante muchos años fué el campeón de la prensa conservadora. Fué también diputado en diversos períodos, profesor de Economía Política en la Universidad de Chile y por último superintendente de aduanas. Murió en 1901.

Además de sus numerosos artículos sobre política y economía, escribió un *Tratado de Economía Política*, un *Diccionario de Chilenismo* y una novela *La Cueva del loco Eustaquio*.

Máximo Ramón Lira: (1845-1916). Se educó en San Ignacio. Fué redactor de *El Independiente* y después de *Los Debates*. Ardoroso defensor de los jesuitas en su juventud, se afilió más tarde en el partido liberal.

Después de haber sido diputado, ministro diplomático, fué Intendente de Tacna, en donde defendió los intereses chilenos desde las columnas de *El Pacífico*.

Fanor Velasco: (1848-1907). Fué alumno del Instituto Nacional, siguió más tarde la carrera de abogado, pero interrumpió sus estudios para dedicarse al periodismo.

Durante muchos años fué director o colaborador de varios diarios y revistas, principalmente de *La República*, de *El Ferrocarril* y de *La Revista de Santiago*. Poco antes de la revolución del 91 fué nombrado subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Fruto de sus observaciones personales durante su estada en ese puesto,

fué el libro que en forma de diario publicó más tarde sobre la revolución de 1891.

Velasco es autor también de un trabajo titulado *Ensayo sobre el patronato*.

Juan Rafael Allende: Nació en Santiago en 1850. Allende fué periodista desde niño. Después de haber colaborado en algunos diarios de Santiago, fundó varios periódicos satíricos que hicieron conocido su nombre en todo Chile.

Fué además un poeta popular que no ha tenido rival. Sus versos de *El Pequén* en tiempos de la guerra del Perú eran recitados y cantados en todas partes por los estudiantes y el pueblo. Mantenía con ellos el entusiasmo patriótico, celebrando los triunfos de las armas chilenas y ridiculizando con una gracia nunca superada las derrotas y baladronadas de los enemigos.

Fué además autor cómico y dramático. Murió en 1909 con el espíritu amargado por las miserias y las persecuciones que sufrió después de la revolución de 1891.

Joaquín Díaz Garcés: (1878-1921) Nació en Santiago. Se educó en el Colegio de San Ignacio y estudió leyes en la Universidad de Chile.

Fué miembro de la Dirección de *El Chileno* y Director de *El Mercurio de Santiago*. Abandonó el periodismo y entró en la carrera diplomática, pero después de haber servido la secretaría de la Legación de Chile en Italia, volvió a sus tareas de la prensa.

En 1906 fué designado Primer Alcalde de la Capital y

más tarde, Director de la Escuela de Bellas Artes y miembro de la Academia Chilena.

Sus artículos de costumbres, de crítica literaria y política que, junto con sus cuentos de que ya hemos hablado, se publicaron bajo el seudónimo de Angel Pino en *El Mercurio* de Santiago y en el de Valparaíso y en las revistas *Zig-Zag* y *Pacífico Magazine* que él también dirigió, despertaron el interés del público por lo animado de sus descripciones, la gracia de sus ocurrencias, la agudeza de sus observaciones y el carácter criollo de sus escenas urbanas y campestres que dió a sus obras el sello de un nacionalismo de buena cepa y que hizo de él una personalidad entre los jóvenes escritores de su tiempo.

En 1907, bajo el título de Páginas Chilenas, editó una colección escogida de sus artículos y cuentos publicados desde 1897. Es autor también de una novela, *La Voz del Torrente*, publicada después de su muerte.

APENDICE

A principios del último tercio del siglo XIX empezó en Chile un nuevo movimiento literario que, aunque no de tanta intensidad como el de 1842, sacudió los espíritus adormecidos y dió también sus frutos.

Varios hechos contribuyeron a este despertar de las letras.

Mencionaremos algunos:

La formación del Club del Progreso.

La fundación del Ateneo de Santiago.

Las tertulias de *La Epoca* y la sección literaria de este diario; y

La paz y bienestar económico que se siguieron a la conclusión de la guerra del Pacífico.

El Club del Progreso tenía carácter científico. En él se leían con preferencia trabajos de investigación histórica, de crítica literaria o filosófica o de ciencias políticas y económicas.

En el Ateneo predominaba la nota literaria.

En sus sesiones, bajo la presidencia de don Benjamín Dávila Larraín o de otro de sus directores, actuando de

secretario general don Enrique Nercaseau y de prosecretario don Arturo Alessandri, desfilaron ocupando la histórica tribuna de Bilbao que aún conserva el Ateneo actual, todos los jóvenes que entonces se preocupaban del cultivo de la literatura.

Allí leyeron sus chispeantes artículos de costumbres Carlos Luis Hübner y Daniel Riquelme, sus graciosas reseñas en versos picarescos Alfredo Irrarázaval, sus artículos históricos, sus novelas cortas o sus críticas Domingo Amunátegui Solar, Jorge Huneeus, Nicolás Peña, Luis Navarrete Basterica, Eduardo Lamas, Julio Pérez Canto y Alejandro Fuenzalida G.; sus versos Roberto Huneeus, Francisco Concha Castillo, Narciso Tondreau, Ricardo Montaner Bello, Julio Vicuña Cifuentes, Ricardo Fernández Montalva y otros.

De vez en cuando iban algunos de los maestros que la juventud de entonces respetaba, como don Eduardo de la Barra y don Luis Rodríguez Velasco.

El Club del Progreso y el Ateneo influyeron también en la cultura de esos años con la celebración de varios certámenes literarios que tuvieron grande éxito.

La Epoca, dirigida hábilmente por el doctor Orrego Luco, abrió sus puertas a los escritores jóvenes sin distinción de grupos.

En sus salones de redacción se reunían Rubén Darío, Pedro Balmaceda y la mayor parte de los nombrados más arriba.

En su sección de Literatura publicó Rubén Darío sus «Abrojos», muchos de los trabajos de «Azul» y sus cantos premiados.

Al estallar la revolución de 1891, el Gobierno clausuró *La Epoca* y la juventud dejó el Club y el Ateneo para enrolarse algunos, en el ejército constitucional, y otros, en las filas del Gobierno.

Después de la revolución, el Club del Progreso siguió funcionando algunos años todavía; pero el Ateneo no resucitó hasta 1899 para continuar sesionando hasta la fecha.

Al empezar el último tercio del siglo XIX había ya declinado la influencia avasalladora de Espronceda y de Zorrilla. Quedaban todavía algunos discípulos e imitadores de Quintana que pulsaron la lira heroica durante la guerra de 1879 y que concurrieron a los certámenes abiertos después de 1886, con algunos cantos de gran sabor quintanesco.

Hasta Rubén Darío se presentó a ellos con odas patrióticas.

Pero ya empezaba a perfilarse la enorme influencia de Becquer en la juventud. El Club del Progreso, haciéndose eco en mala hora de esta corriente de imitación, abrió el certamen de 1887 a que nos hemos referido ya, con fondos del filántropo don Federico Varela y fijó para la poesía como tema una colección de rimas becquerianas. Numerosas colecciones se presentaron y fueron premiadas las dos de don Eduardo de la Barra como se sabe.

Igualmente en ese tiempo empezó la devoción por Núñez de Arce, cuyos poemas, una casa editora de Santiago, derramó en ediciones baratas por todo el país.

Hasta hace muy pocos años ha tenido este poeta en Chile fervorosos imitadores.

Parte de la juventud opuso a estos modelos de España los poetas y prosistas franceses. En este grupo se destacó luego con personalidad propia Emilio Rodríguez Mendoza, que se hizo conocido dentro y fuera del país con su seudónimo A. de Géry. Se hicieron notar también Pedro Balmaceda Toro, Gustavo Valledor Sánchez, René Bricles, Federico Gana, Abelardo Varela, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Marcial Cabrera y sobre todo Pedro Antonio González que se colocó a la cabeza de la joven caravana que buscaba la renovación de los viejos moldes.

PRINCIPALES PERIODICOS Y REVISTAS DE CHILE

- 1.—*El Semanario*.—1842-1843.
- 2.—*Revista de Valparaíso*.—1842. Directores: López, Gutiérrez y Alberdi.
- 3.—*El Crepúsculo*.—1843-1844. Fundadores: J. V. Lastarria, Juan N. Espejo y Juan J. Cárdenas.
- 4.—*Revista de Santiago*.—1848. Director: J. V. Lastarria.
- 5.—*El Museo*.—1853. Director: Diego Barros Arana.
- 6.—*Revista de Santiago*.—1855. Director: Eusebio Lillo.
- 7.—*La Semana*.—1859-1860. Directores: los hermanos Arteaga Alemparte.
- 8.—*Revista de Sud-América*.—1860-1863. (Anales de la Sociedad Amigos de la Ilustración).
- 9.—*El Correo del Domingo*.—1862. Director: Diego Barros Arana.
- 10.—*Revista del Pacífico*.—1858-1861. Directores: G. Blest Gana, Jacinto Chacón, M. L. Amunátegui y J. V. Lastarria.

- 11.—*La Estrella de Chile*.—1867-1879.
- 12.—*Revista de Valparaíso*.—1873. Directora: Rosario Orrego de Uribe.
- 13.—*Sud-América*.—1873-1874.
- 14.—*Revista de Santiago*. — 1872-1873. Directores: Augusto Orrego Luco y Fanor Velasco.
- 15.—*Revista Chilena*. — 1875-1880. Directores: Diego Barros Arana y M. L. Amunátegui.
- 16.—*Revista de Chile*.—1881. Director: Luis Montt.
- 17.—*La Lectura*.—1884-1885. Editor: Rafael Jover.
- 18.—*Revista de Artes y Letras*.—1884-1890.
- 19.—*Revista del Progreso*.— 1888-1890. Organo del Club del Progreso.
- 20.—*La Estrella de Chile*.—1892-1893. Director: Rafael Luis Díaz Lira.
- 21.—*La Revista Cómica*.—1896.
- 22.—*La Revista de Chile*.—1898-1901. Propiedad de S. Aldunate B., Paulino Alfonso, Luis Arrieta, Domingo Amunátegui Solar, V. Bianchi, Javier Figueroa, Víctor Grez, G. A. Holley, Alamiro Huidobro, Roberto Huneeus, Eduardo Lamas, Samuel A. Lillo, Alberto Mackenna, Carlos Newman, Francisco Noguera, Eduardo Opazo, Ernesto Reyes, R. del Río, G. Valledor y Julio Vicuña Cifuentes.
- 23.—*La Revista Nueva*.— 1900-1903. Editor: Carlos Baldrich.
- 24.—*Pluma y Lápiz*.—1900. Director M. Cabrera Guerra.

INDICE

	Pág.
Bibliografía	5
Advertencia	7
<i>Primer Período</i>	9
La Araucana	10
El Arauco Domado	20
El Purén Indómito	26
Los Romances	32
Los improvisadores, El Padre López	33
El Padre Oteiza, el Padre Escudero y el capitán Mujica.....	34
Palladores	35
Historiadores y cronistas del 1.er Período	37
El Clérigo don Cristóbal Molina, Pedro de Valdivia y Gón- gora Mariñoos	37
Alonso Ovalle	38
El Padre Rosales	39
El abate Molina	42
Escritores místicos y didácticos.—Novelistas, Lacunza, Val- divia, Febres y Núñez de Pineda	43
El Cautiverio Feliz	44
La Instrucción en la Colonia	47
<i>Segundo Período</i> . Primeros escritores nacionales.....	48
La Poesía en el 2.o Período.—Camilo Henríquez.....	51
J. J. de Mora. Mercedes Marín del Solar.....	54
El Teatro en el 2.o Período	58

	Pág.
<i>Tercer Período. Movimientos Literarios de 1842</i>	60
Poetas líricos y épicos.—Salvador Sanfuentes.....	62
H. de Irisarri	67
Eusebio Lillo	69
Guillermo Matta	74
Eduardo de la Barra	79
Guillermo Blest Gana.....	83
J. A. Soffia.....	85
D. Arteaga Alemparte.....	97
Víctor Torres Arce	102
Pablo Garriga.....	103
Ricardo Fernández Montalva, Luis Rodríguez Velasco.	103
Pedro Antonio González.....	110
Pedro N. Préndez	117
Carlos Pezoa Véliz	118
<i>El Teatro.</i> Carlos Bello.....	125
Minvielle Torres Arce.....	126
C. Walker M., D. Caldera	127
Rodríguez Velasco.....	128
Víctor Torres Arce, Fernández Montalva, Antonio Espiñeira, Román Vial y Allende.....	128
<i>La Novela.</i> —M. Bilbao.—A. Blest Gana.....	126
Barros Grez, Vicente Grez, L. Briebe, M. Palma	130
Ramón Pacheco, Bruno Larraín, Enrique del Solar, Valentín Murillo y R. Cruz Cocke.....	131
<i>El Cuento.</i> —Lastarria	131
Jotabeche.—Riquelme.—Díaz Garcés.—Baldomero Lillo.....	132
<i>Historiadores.</i> Amunátegui	133
Barros Arana	139
Vicuña Mackenna.....	146
Sotomayor Valdés	150
<i>Otros Escritores</i>	155
F. Bilbao.....	156
J. V. Lastarria	160

	Pág.
J. J. Vallejos (Jotabeche).....	167
V. Pérez Rosales.....	173
Dr. Nicolás Palacios.....	180
José Zapiola.....	184
Daniel Riquelme.....	184
Carlos Luis Hübner, Jorge Huneeus Z.....	185
Valentín Letelier.....	186
<i>Oradores</i>	186
Isidoro Errázuriz.....	187
Ambrosio Montt, Eulogio Altamirano, José Manuel Balma- ceda, Julio Zegers.....	193
Carlos Walker Martínez.....	194
Marcial Martínez, Enrique Mac-Iver.....	194
Rafael Valentín Valdivieso, José Hipólito Salas.....	197
Francisco de P. Taforó.....	198
Esteban Muñoz Donoso.....	198
Mariano Casanova.....	200
Ramón Angel Jara.....	203
<i>El Periodismo</i>	204
Isidoro Errázuriz, Vicente Reyes, Rafael Egaña.....	205
Manuel Blanco Cuartín, Rómulo Mandiola.....	206
Justo Arteaga Alemparte.....	207
Zorobabel Rodríguez, Máximo R. Lira, Fanor Velasco.....	212
Juan Rafael Allende, J. Díaz Garcés.....	213
<i>Apéndice</i>	215
<i>Principales periódicos y revistas de Chile</i>	219

FE DE ERRATAS

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
27	21	disenciones	disensiones
63	23	poema	poeta
85	13	Que	que
132	7	Ernesto	Daniel
133	20	de EE. Unidos	Argentina